

MEMORIAS DE UN ESPÍRITU

ITE PERDONO!

11
012783
X
Casa editorial de Carbonell y Esteva S. en C.

MEMORIAS DE UN ESPÍRITU

¡TE PERDONO!

Comunicaciones obtenidas
por el médium parlante del Centro Espiritista
«La Buena Nueva» de la ex-villa de Gracia

copiadas y anotadas

POR

Amalia Domingo Soler



TOMO SEGUNDO



BARCELONA

Imprenta y Librería de Carbonell y Esteva S. en C.
Rambla de Cataluña, 118

1904



XV

AQUEL sueño, (llamémosle así) fué para mí muy reparador; las fuerzas de mi organismo se equilibraron por completo; mi cuerpo, muy desfallecido, había recobrado aliento anteriormente con las gotas balsámicas del anciano doctor, pero mi alma se había quedado dominada por el dolor, que no son las medicinas del cuerpo las que dan aliento á el alma; pero después de haberle visto, después de haber oído sus palabras, mi espíritu renació á la vida de la esperanza y tener esperanza es vivir. Me levanté tan risueña y tan sonriente, que á mí misma me pareció imposible encontrarme tan ágil y tan buena. Deseaba correr, jugar como los niños, deseaba decirle á las flores y á las avecillas que mi alma esperaba un día de felicidad. Pensé en Abelín y fuí á buscarle; el niño salió á mi encuentro y al verme se iluminó su hermoso semblante con la esplendente

luz de la alegría, se arrojó en mis brazos y mirándome fijamente me dijo con la mayor ternura:—¡Qué hermosa estás! hoy brillan tus ojos, hoy tus mejillas no están marchitas por el llanto, así quiero verte siempre, así, y no quiero que te vayas, ¿oyes? porque yo quiero salir contigo, quiero tenerte siempre á mi lado, porque cuando tú estás junto á mí me encuentro mucho mejor. Ven, vamos á los jardines, que quiero enseñarte unas flores muy bonitas. Iba á seguir al niño, cuando de pronto sentí en todo mi ser un estremecimiento extraño; cruzó por mi mente el pensamiento de irme al campo, pero sin demora, y besando al niño, le dije:—Mira, ahora recuerdo que no he cumplido un encargo que me han hecho, me voy y volveré muy pronto.

»Abelín me miró enojado y me dijo:—Siempre me dejas, me dejas sabiendo que cuando tú no estás conmigo estoy muy triste.

»La voz del niño me conmovió profundamente, pero al mismo tiempo sentía vivísimos deseos de salir al campo; le dí muchos besos, le prometí que volvería pronto y me dirigí á mi aposento; miré varias veces hácia atrás, y ví que Abelín se había sentado muy pensativo. ¡Pobre niño!

necesitaba del calor de mi alma, pero á pesar de todo, no dejé de arreglarme y salí de la ciudad precipitadamente. Cuando me ví en el campo, no pude menos de decir con extrañeza:—He salido, pero ¿para qué he salido? anduve mucho por un camino estrechito bordeado de flores y sombreado por árboles floridos; era un caminito delicioso; cruzándole se sentía amor á la vida, porque todo lo que se miraba era bello, tan bello era, que insensiblemente anduve más despacio para contemplar mejor lo que me rodeaba. Al fin salí de la florida senda y encontré una inmensa llanura tapizada de una verde alfombra, sombreada ésta por añosos olivos; al pie de uno de éstos ví á una mujer sentada en el suelo, reclinando su cabeza en el tronco del árbol; parecía una mendiga por la pobreza de su traje, cubierta con un manto negro, no le veía desde lejos el rostro; me fuí acercando lentamente hasta llegar junto á ella; la mujer no hizo el menor movimiento al verme llegar; parecía que miraba sin ver, era relativamente joven, pero su semblante estaba tan ajado y tan marchito que parecía una anciana sin serlo. Se adivinaban en su rostro las huellas de la belleza, sus ojos especialmente eran muy grandes y hermosos, pero estaban empañados, sin brillo

alguno, y en sus largas pestañas se detenían las lágrimas sin resbalar por sus demacradas mejillas. A pesar de la pobreza de su traje, no parecía una mujer vulgar, imponía respeto, al menos á mí me lo impuso; me postré ante ella y la pregunté con cierto temor:

»—¿Estais enferma?

»—Sí; (contestó la mujer).

»—¿Qué os duele? ¿qué lesión teneis en vuestro cuerpo?

»—Tengo enferma el alma, y cerró los ojos como si diera por terminada la conversación.

»Yo entonces pensé y dije:—¿Si podré ser útil á esta mujer? probemos; y tratando de cogerle una de sus manos le dije con cariño:—Parece que estais muy abatida, ¿quereis morir?...

»—Si pudiera, sí; sufro mucho.

»—Los desgraciados deben ser muy amigos, los desgraciados se comprenden fácilmente, y creo que vos y yo, nos comprenderemos; miradme bien.

»La mujer se incorporó con trabajo y abriendo sus grandes ojos me miró fijamente. ¿Qué leí yo en aquellos ojos? ¿qué encontró ella en los míos? no lo sé, pero lágrimas abundantes bañaron su rostro y respiró con menos dificultad. Yo entonces

estreché sus manos entre las mías; las suyas estaban secas, ardientes, rígidas. ¡Pobre mujer! sentí por ella una compasión inmensa, estaba sola como yo, quería hacerla hablar pero ella solo contestaba: sí, no, y eso haciendo un esfuerzo. Al fin me dijo:

»—Dejadme, necesito reposo, estoy muy cansada, vengo de muy lejos.

»—Bueno, ya reposareis; esto no es lugar apropiado para descansar, aquí estais muy mal.

»—No, que estoy muy bien, estoy sola, lejos de los hombres.

»—No, no; no me convenceis, vendreis conmigo, y en mi aposento encontrareis un lecho blando y allí podreis dormir.

»—Pero... ¿dónde vivís?

»—En la ciudad, en el palacio del gobernador.

»—¡Allí! ¿vivís allí?... pues allí no quiero ir, no quiero entrar en las grandes ciudades, porque en ellas la justicia comete injusticias, se persigue á los inocentes, y no quiero que me persigan como le persiguen á EL.

»—¿Y quién es EL? (le pregunté temblando) porque inmediatamente pensé que aquella mujer se refería al hombre-Dios.

»—¿Qué quién es EL? no lo sé, le voy

siguiendo, pero nunca le encuentro, ¡siempre llego una hora más tarde!... Y la mujer se cubrió el rostro con las manos y lloró con el mayor desconsuelo. Yo al verla tan desconsolada, sentí celos, sí, celos terribles; aquella mujer le quería y era muy hermosa, valía mucho más que yo. ¡Ah! necesitaba saber por qué le seguía, y con tono imperioso la dije:

»—Estoy celosa de vos, ¿quién sois? ¿qué lazos os unen al hombre-Dios?

»—Todos... y ninguno; son misterios de familia.

»—¿Misterios de familia? luego no le amais como se ama al hombre?

»—No mujer, no; le amo sobre todas las cosas de este mundo; por EL sentí el placer más puro que siente la mujer en la tierra, le he besado antes que nadie le besara, le he sentido llorar antes que nadie le sintiera, le he visto andar antes que nadie le tendiera sus brazos para sostenerle, ese hombre es mío... y no lo es, tengo poder sobre su voluntad y mi voluntad obedece sus mandatos; hay entre EL y yo todos los amores, y sin embargo... hace mucho tiempo que no le veo!...

»Cuando hablaba aquella infeliz, sus miradas divagaban de tal modo, que creí que estaba loca, pero necesitaba cerciorar-

me de ello, así es que le dije:—Bueno, bueno, aquí no podeis permanecer.

»—Pero si no puedo andar.

»—Sí podreis, porque lo quiero yo; y pensando en EL, le dije:—Mujer, levántate y anda; y la mujer se levantó dócilmente sin saber lo que le pasaba. Rodeé su cintura con mi brazo y emprendimos la marcha; la mujer caminaba en silencio, pero al ver los muros de la ciudad se detuvo y dijo:—Ahí no quiero entrar.

»—Entrarás, porque lo quiero yo.

»La mujer se resistió violentamente, pero como estaba tan débil al fin se rindió; yo pedí auxilio á unos hombres de armas, éstos me ayudaron á conducirla, porque la mujer estaba sin conocimiento. Al llegar á mi morada la coloqué en mi lecho y me dije contemplandola: de aquí no saldrá hasta que yo sepa si está loca ó cuerda. Es muy hermosa esta mujer, está marchita por el dolor y yo estoy celosa de su hermosura y de esa intimidad que ha tenido con EL.

»Ahora busquemos un médico, y me dirigí en busca del gobernador para contarle lo que me pasaba. Abelín salió á mi encuentro amenazándome con sus blancas manecitas y abrazándome después diciéndome:—¡Siempre te vas! me voy conven-

ciendo de que no me quieres. En esto llegó el gobernador y le conté mis cuitas pidiéndole la asistencia de un médico.—¿Por qué no la curas tú? (me dijo el gobernador), ¿ya no recuerdas el poder que tienes?

»—Teneis razón, y corrí presurosa mientras Abelín lloraba pidiéndole á su padre que me detuviera.

»Entré en mi aposento y la enferma seguía desmayada; apoyé mis manos en su frente, pensé en EL y el rostro de la mujer se fué coloreando, sus labios secos se humedecieron, sus manos crispadas se abrieron y las dirigió á su corazón; abrió los ojos y miró asombrada en torno suyo; al fin me vió y se incorporó con viveza diciéndome:— ¡Otra vez nos encontramos!

»—Es que no os he dejado porque quiero saber vuestro secreto; quiero saber por qué antes que nadie le habeis besado, por qué antes que nadie le habeis oído llorar, por qué antes que nadie le habeis visto andar, á ese hombre que es mi vida, que es mi salvación. Yo hace ya tiempo que le conozco, le conocí junto á una fuente, allí me habló con la mayor dulzura, allí me prometió que pasando muchos siglos volveríamos juntos á la tierra; ¡ese hombre es mi vida! ¿lo entendeis? yo no puedo telerar que nadie le quiera más que yo; si otra

mujer le quisiera más que yo, me moriría de angustia y de dolor, al pensar que sería de ella y que yo tendría que renunciar á su posesión.

»La mujer me miró compasivamente y me dijo con ternura:—No me extraña tu lenguaje apasionado, cuantos le ven le quieren, ¡es tan hermoso!... ¡es tan bueno!... habla de un solo Dios y de una sola familia; antes que nadie yo escuché su palabra divina, y le quiero sobre todas las cosas de la tierra, le quiero en el seno de los placeres celestiales; no te lo quitaré ni como hombre ni como Dios, las madres aman á sus hijos y yo amaré siempre al hijo de mi alma!

»—¿Qué dices? ¿EL?...

»—EL... es ¡¡mi hijo!! —Al oír esto yo caí de rodillas ante ella, besé sus manos diciéndole:—Si EL es tu hijo yo debo idolatrarte como le idolatro á EL. Ella me levantó y me estrechó contra su corazón, diciendo:—Amale, sí, ámale mucho, porque mi hijo merece ser amado; y ahora que sabes mi secreto, ahora que me has devuelto la vida, déjame partir, acompáñame hasta dejarme fuera de la ciudad, que yo en las ciudades me ahogo, y además necesito verle á EL. ¡Hace tanto tiempo que no le veo!

»—Bien, ya os ireis, pero yo no quiero que vayais de esa manera, pareceis una mendiga y vos no debéis mendigar mientras EL va dando cielos á cuantos le quieran oír; no quiero tampoco que vayais sola, yo haré que una persona os acompañe y ésta nos tendrá en relación constante. No temais, yo lo arreglaré todo, todo, y como para ir por el mundo se necesita oro, yo tengo un pequeño tesoro en piedras preciosas, que lo cambiaré por un puñado de útiles monedas, las que os entregaré para que podais adquirir noticias ciertas de vuestro hijo. Y acto seguido saqué mi hermoso traje blanco, aquel traje que yo guardaba como el último recuerdo de mi juventud, y desprendiendo de él las ricas joyas que lo adornaban la dije:—Esperadme, pronto vuelvo. Ella me dejó hacer y yo salí presurosa, pero á los pocos pasos Abelín salió á mi encuentro diciéndome:—¿Dónde vas? te estoy esperando y ahora ya no te escaparás; y la inocente criatura se abrazó á mí sin quererme soltar. Llegó en esto el gobernador y debió leer en mi rostro la angustia y la contrariedad, porque me dijo:

»—¿Qué tienes? ¿qué te pasa? nunca estás tranquila, dime la verdad. Yo entonces

le dije cuánto me había ocurrido y á donde iba.

»—Ibas á deshonrarme—replicó él con enojo, vuélvete con tus joyas que tuyas son, mas no para que te desprendas de ellas, y en cuanto á esa mujer yo veré si es una impostora (que quizá lo sea) pues no puedo creer que un hombre que promete cielos y vida eterna, tenga á su madre mendigando por esos mundos.

»Viendo que no tenía más remedio que obedecer, volví con el gobernador á mi aposento; la mujer al verle sin duda le reconoció porque se arrojó á sus plantas diciendo:—¡¡Perdón!!

»—Levántate—replicó él,—solo los criminales necesitan ser perdonados y como no sé si tú lo eres, me abstengo de darte lo que es probable que no necesites. Esta me ha dicho algo muy importante sobre tí, quiero saber la verdad de todo, siéntate y habla que te escucharé con atención y te defenderé si alguien te acusa y no debes ser acusada.

»La mujer animada por aquel lenguaje casi cariñoso, se sentó; lo mismo hicimos el gobernador y yo; ella parecía que coordinaba sus recuerdos, porque se pasaba la mano por la frente, hasta que al fin habló y habló largamente; de su extenso relato

solo diré la síntesis, por no ser de interés capital la relación con todos sus detalles. Dijo que pertenecía á una familia noble, que casi niña la casaron contra su voluntad con un hombre, que á pesar de ser bueno, le fué á ella tan profundamente antipático, que en la noche de bodas le pidió como una gracia especial que no hiciera uso de sus derechos conyugales; el marido accedió á los deseos de su infantil esposa, y al día siguiente se marchó de la población quedando la niña libre del yugo marital; ella, pasado algún tiempo, encontró su situación muy dificultosa, murmurada de unos y de otros sin dar en realidad motivos para ello, y arrepentida de su irreflexión, se fué en busca de su marido suplicándole que la recibiera en sus brazos que arrepentida volvía á ellos reconociendo y sintiendo su infantil ligereza; el marido reconoció que el yerro de su esposa debía ser perdonado, y con ella volvió á su hogar; en él vivieron algunos meses hasta que la jóven esposa dió á luz un niño admirable por su belleza y por la expresión de sus ojos, y á pesar de que aquel niño era el encanto de cuántos le veían, no lo fué de su padre, que siendo aún el niño muy pequeño, abandonó á su esposa y á su hijo, yéndose á vivir muy lejos de ellos; quedó

la madre con su hermoso niño que antes del tiempo prefijado por la naturaleza, habló y anduvo asombrando á las gentes por su rara belleza, por su precoz inteligencia y por algo superior que no tenía nombre. Contaría el niño pocos años cuando un día salió con otros niños á jugar al campo, los demás volvieron á sus hogares, pero él no volvió; la madre le buscó desolada hasta que no faltó quien le dijera que de su hijo se había encargado una asociación religiosa, asociación que no seguía la religión del estado, pero que era tolerada, porque sus enseñanzas eran muy buenas; la pobre madre pidió ver á su hijo, pero no lo consiguió, mas no por esto desistió de su maternal empeño; siempre estuvo cerca de la fortaleza donde sabía que estaba su hijo, hasta que al fin supo que su hijo iba á recobrar su libertad, dando sus mentores por terminada su educación; la madre solícita estaba segura de que le conocería entre mil, sabía que con su hijo saldrían otros muchos; y se colocó junto á la puerta por la cual habían de salir las alegrías y las esperanzas de tantas otras madres. Comenzaron á salir varios jóvenes; de pronto la infeliz mujer lanzó un grito de júbilo porque había visto á su hijo más hermoso que nunca; ya no era el niño, era el hombre.

en lo más florido de su juventud, apuesto, gallardo, con una cabellera hermosísima, con unos ojos que parecían soles, con una sonrisa celestial. Su madre al verle se lanzó á su encuentro gritando:—¡¡¡hijo mío!!! ¡¡¡hijo mío!!!...—Quiso abrazarle, y el joven la rechazó con frialdad, diciéndole:—Aparta, mujer, no te conozco, no tengo madre; mi madre no está en la tierra, mi madre es la naturaleza.





XVI

LAS frases de aquella desdichada nos impresionaron profundamente, especialmente al gobernador; éste demostró su asombro diciendo:

»—Mujer, tengo formado de tu hijo muy buen concepto, si mi posición social hubiera sido otra, hubiese ido tras de él para escuchar su palabra divina, y me parece imposible que un hombre que tanto atrae, que quita sufrimientos crueles solo con su voluntad, tenga á la vez tan malas condiciones no queriendo á su madre; y á no ser que me pareces muy sencilla, que revelas gran sentimiento y que hay en tus ojos algo inexplicable que habla en tu favor, te creería una impostora, un instrumento de los enemigos del hombre-Dios, y si así fuera... ¡Oh!, si así fuera no saldrías de aquí, que hay encierros en mi palacio para los viles acusadores.

»La pobre madre miró fijamente al gobernador y le dijo:

»—No he mentado jamás, ese hombre que quiere redimir al mundo es mi hijo, lo he sentido agitarse en mis entrañas, he recibido sus primeros besos y buscándome ha dado sus primeros pasos; me amenazais con un encierro: ¡encierros!... ¡qué más encierro que ir por la tierra buscando lo que no encuentro!... mi dolor es inmenso, es el dolor de los dolores.

»—Ciertamente que tu semblante no desmiente tus palabras, porque tu rostro llora, y en verdad que motivos tienes para llorar, porque debe ser horrible verse abandonada por un hijo, que para los demás vale tanto, que para los otros dispone de tantos bienes y á tí te abandona diciendo: *mi madre es la naturaleza*.

»—Es que yo ahora comprendo que mi hijo no es hombre como los demás, y no creais que al contaros lo que EL me dijo, lo haga para acusarle de ingratitud, no; porque siento por EL un amor que no tiene nada de humano, desde que sé que EL cura y sana, le busco con empeño para que cure mi alma; no tengo sed de ser su madre, mejor dicho, de que EL me considere como á tal, quiero que me quiera como si en mí viera algo superior á lo te-

rreno sin exigencias de ninguna especie. Yo sé que EL viene á destruir las preocupaciones humanas diciendo que no hay más que un Dios, que no tiene hijos predilectos, y aunque sé muy bien que soy su madre en lo humano, no deseo hacer valer mi maternidad, prefiero que me considere como su hermana en la naturaleza, porque para ser su madre me parece que valgo muy poco, esto es lo que yo quiero decirle y nunca le encuentro.

»—En verdad, mujer, que no te comprendo, porque una madre siempre tiene derechos sobre sus hijos; tu hijo te rechaza y casi casi estás conforme con su abandono.

»—Es que el hombre-Dios, (repliqué yo), no parece un hombre como los demás, porque solo á El he visto yo atravesar los abismos sin caer al fondo y elevarse á los cielos en medio de oleadas de luz.

»—¿Pero en qué quedamos entonces? ¿su cuerpo es como el nuestro? Sí que lo es, puesto que esta mujer asegura que lo ha llevado en sus entrañas; los demás dicen como tú, que salva las simas más espantosas, y que en las cumbres de las montañas le ven envuelto en nubes luminosas elevándose magestuosamente hasta perderse en las profundidades de los cie-

los. ¿Quiénes son los que mienten, la madre ó los otros?

»—Ninguno, señor, ninguno;—le dije yo—su madre dice la verdad, y los demás también; yo le he visto como un simple mortal al lado de la fuente hablándome con la mayor sencillez, y en aquel mismo lugar le he visto perderse en las nubes cubierto su cuerpo con una túnica de luz, siendo EL todo luz.

»—Pues hay que confesar que ese hombre es un ser incomprendible que atrae y seduce; yo por mí lo confieso, siento por EL una especie de adoración, y ya que con EL no puedo hablar ni me es dado protegerle, sirva mi protección para su madre; mujer, dispón de mí, pide cuanto quieras que todo te será concedido.

»--Pues entonces dejadme marchar tranquila, y digo tranquila porque aquí dejo amigos de mi hijo; y volviéndose á mí, dijo sonriendo con dulzura:—¡Celos tenías de mí!, ¡pobre criatura!... ¿tú no sabes que yo quiero los cielos de sus dulzuras y no los cielos de sus deleites? Si El muriera, te quiero á mi lado, necesito aliento, y este aliento está en tí; y se arrojó en mis brazos llorando silenciosamente.

»El gobernador estaba impresionadísimo, y aunque entre el sentimiento del

hombre y de la mujer hay una distancia inmensa, como el gobernador era muy bueno en el fondo, el dolor de aquella madre sin ventura le impresionó profundamente, y tuvo para aquella desdichada frases de consuelo facilitándole además un guía para que la acompañara, y todo lo necesario para que no careciera de lo más indispensable, encargándole mucho que dijera á su hijo que en él tenía un amigo porque le debía la vida de su hijo. Ella se mostró muy agradecida de tantas atenciones, y emocionadísima se marchó prometiendo tenernos al corriente de todo cuanto le aconteciera.

«Cuando nos quedamos solos, me dijo el gobernador:—No sé qué misterio hay en ese hombre, cuanto se relaciona con EL es misterioso, esa madre sin ventura disculpa la ingratitud de su hijo, y éste, que parece un Dios, repartiendo bienes y consuelos, tiene para su madre un proceder incalificable; tú que has estado cerca de EL, también eres un problema indiscifrable, eres buena, eres agradecida, y al mismo tiempo eres ingrata. Mi hijo que tanto necesita de tí, el pobrecito apenas puede disfrutar de tu compañía; á lo mejor te vas sin dar la más leve explicación sabiendo que aquí haces mucha falta, por-

que Azara se entristece cuando Abelín le pregunta por tí, y llora desconsolada. Yo también te necesito, te quiero con todos los amores, y á pesar de todo, cuando te da por irte, te vas...

»—No creais que me voy por capricho, ni que disfruto lejos de aquí, al contrario; este lugar es mi puerto de salvación, las caricias de vuestro hijo son un cielo para mí, pero cuando me impulsa una fuerza desconocida, si no pudiera salir por las puertas, creo que me arrojaría desde la mayor altura; mas, descuidad, que por ahora me encuentro muy tranquila. Y efectivamente, estuve muchos días consagrada al niño. Abelín estaba hermosísimo; corría por los jardines y su mayor placer era cubrir de flores el sendero que él me indicaba para que por él fuera, diciéndome muy entusiasmado:—¿Ves? esto debías encontrar por todas partes, flores, porque tú eres muy buena, pero eres tan buena como desdichada, tus desdichas las llevas pintadas en tus ojos, ¡tienes unas miradas tan tristes!... no te separes nunca de mi lado, que soy el único que te dará flores, ¿entiendes? el único. Yo le escuchaba y me conmovía su cariño y hacía todo lo posible por complacerle; su madre me agasajaba y todo marchaba bien, cuando una tarde

sentí la inquietud y la ansiedad precursora de mis deseos de salir; Abelín lo conoció, y poniéndose muy triste me dijo:—No me digas nada, sé lo que vas á decirme, que te vas.—Volveré pronto, hijo mío.—Sí, como siempre; Azara trató de detenerme diciéndome:—¿Dónde quieres ir? el cielo amenaza tempestad, la noche se acerca, espera que sea de día.—No, no; no puede ser; alguien me dice que me vaya.

»—¿Pero dónde?

»—No lo sé, si yo no puedo explicarme lo que pasa por mí, solo sé que una voluntad superior á la mía me dice: *levántate y anda*, y me levanto y me voy.

»Abelín enojado me negó sus besos refugiándose en los brazos de su madre, mientras yo, dominada por un deseo vehementísimo, cogí el salvo conducto ó sea el permiso del gobernador, y me dirigí á una de las puertas de la ciudad que ya estaba cerrada por ser de noche. Cuando me ví en el campo me pregunté con angustia: ¡Dios mío! ¿me voy enloqueciendo?... ¿por qué he salido de noche? ¿quién me llama? ¿quién me espera? nadie; y allí tenía un angel que encuentra el cielo en mis brazos. Miré por todos lados, y maquinalmente seguí un camino que luego reconocí, era el que conducía á la Granja;

anduve apresuradamente porque las nubes se amontonaban formando negras montañas; comenzó á llover á torrentes; brilló el rayo y retumbó el trueno y yo seguía preguntando: Pero... ¿á dónde voy?

»Al fin llegué á la Granja, llamé sin saber por qué llamaba, y una mujer me abrió la puerta, no tuve tiempo más que de atravesar el dintel y me dejé caer sin aliento; cuando recobré el sentido me encontré con dos de mis antiguas compañeras, por mis consejos redimidas.

»—¿A qué vienes? (me dijeron).

»—No lo sé, y vosotras ¿qué haceis aquí?

»—Estamos de paso, mañana seguiremos nuestro camino, pero tú, ¿por qué has venido?

»—¿No os digo que no lo sé? y tanto es así que no lo sé, que en cuanto cese la lluvia me iré.

»—¿Pero á dónde?

»—Donde encuentre lo que busco.

»—¿Pero qué buscas?

»—Saberlo quisiera, pero no está aquí lo que yo busco, porque me sigue la misma ansiedad, la misma inquietud, dejadme, dejadme salir.

»Aquellas pobres mujeres que me querían, con hartó sentimiento me dejaron

salir; al verme sola respiré mejor, la lluvia había cesado, las estrellas brillaban de un modo sorprendente, el viento movía los árboles, y las ramas al agitar sus hojas dejaban caer el agua contenida en ellas, viento y agua que calmaban mi angustia; instintivamente entré en el caminito que conducía á la fuente. ¡La fuente! mi paraíso en la tierra, ¡mi templo! ¡mi oasis!... llegué y me senté sobre una piedra; el agua brotaba y caía con la abundancia de siempre, y aquellas gotas al caer parecían palabras que repetían su himno á Dios.

»Al encontrarme en aquel lugar delicioso respiré con viva satisfacción; perdí aquella tirantez y rigidez de mis miembros que tanto me molestaba, evoqué mis recuerdos y todos acudieron en tropel, pero no cesaba de preguntarme: ¿Para qué habré venido? porque para evocar mis recuerdos no era necesario abandonar mi tranquila estancia, ni hacer aquel viaje desafiando á la tempestad. Esperemos, me dije á mí misma, y mirando las estrellas estuve un corto rato; de pronto, me pareció oír algunas pisadas; escuché atentamente y sentí también el leve rumor de algunas palabras, comprendí inmediatamente que yo había ido allí á escuchar, y busqué el hueco de una peña donde gua-

recerme para que nadie me viera; apenas me había colocado, cuando dos hombres salieron de la espesura; uno de ellos se acercó á la fuente y comenzó á beber tan ansiosamente que pareció que el pecho de aquel hombre era un volcán que necesitaba las cataratas de los cielos para apagar el fuego que le consumía.

»Su acompañante no bebió, se sentó y con tono imperioso exclamó:—Pero Isac, ¿á qué hemos venido aquí á beber ó á recibir mis órdenes?

»—Dispensadme, señor, tengo una sed abrasadora, y ¿quién se resiste á calmarla ante un buen manantial?

»Bien, bien, despachemos, que no tardará mucho en ser de día y no quiero en manera alguna que nadie nos vea juntos.

»—Me despreciais, eh? dijo Isac con amarga ironía.

»—No hombre, no; es que no nos conviene ni á tí ni á mí, y vamos al asunto: ¿te decides á delatar á ese hombre y á entregarlo á los sacerdotes como perturbador del orden público, que conspira contra el rey y los dioses?

»—Sí, me decido, pero... para dar semejante paso necesito garantías para mi porvenir.

»—Por ser dueño de inmensos tesoros

no te apures, ya sabes que el oro nos sobra, lo que nos falta hace algún tiempo es la tranquilidad, la estabilidad en nuestros destinos; ya el pueblo no es el manso corderillo que acude á nuestro llamamiento; se permite pensar por sí mismo desde que ese hombre dice á las multitudes que no hay más que un solo Dios, y que éste no tiene hijos predilectos; que la humanidad ha sido creada para ser libre, y que los que crean en sus palabras sanarán si están enfermos; y efectivamente, legiones de pordioseros llenos de calamidades le rodean y le dicen: ¡Danos la salud! y EL los sana con su palabra y con su mirada de amor, y este movimiento, este despertar de las inteligencias es necesario ahogarlo en sangre; y como ese hombre tiene tantos partidarios, el rey no se atreve á luchar con su pueblo; es necesario formular una acusación en toda regla, tú que vas con EL, tú que sabes sus más íntimos secretos, eres el más indicado para perderle, porque tienes motivos para repetir sus propias palabras dando el sentido subversivo que nos conviene; tú que ves las mujeres que le siguen, puedes acusarle con pruebas de que es un hombre inmoral que arrastra tras de sí la paz de los hogares, y como es tan querido de todos es necesari-

rio que la acusación sea terrible para que incline la balanza y venza por el peso de sus iniquidades á la admiración que el pueblo en general siente por EL; hay que inventar todos los abusos, todas las ambiciones, hay que hacerle aparecer como un hombre sediento de poder que quiere ser adorado como Dios y como rey, absorbiendo todos los poderes en uno.

»—Es que no es tan fácil como os parece perderle, porque yo mismo, lo confieso, cuando escucho sus palabras me siento dominado por EL y...

»—¿Y acaso tienes tú libertad de pensar? ¿no sabes que solo puedes obedecer? ¿Has olvidado que si has dejado la prisión, á donde tus crímenes te habían conducido, ha sido únicamente para servir como un esclavo á los grandes sacerdotes? ¿no sabes que no tienes más que dos caminos?

»—¿Cuáles son?

»—Si acusas á ese hombre en la forma que yo te diga, tendrás por tu trabajo una crecida recompensa y libertad absoluta para irte donde quieras que no seas conocido; y de no querer cumplir mis órdenes, volverás á la prisión de la cual no saldrás sino para morir, como mueren los criminales.

»—La elección no es dudosa, disponed

de mí, que á todo estoy dispuesto, pero... ¿me dareis mucho oro?

»—Ya te lo he dicho, tendrás más de lo que tú sueñas; los sacerdotes son aún los reyes del mundo y para sostener su reinado dan minas de oro. Ahora nos separaremos, tú te reunes á EL, y cuando yo te avise vienes á la ciudad y presentas tu acusación, lo demás corre de mi cuenta, y no sólo presentarás la acusación, sino que lo entregarás cuando se disponga prenderle. No te muevas de aquí hasta dentro de una hora; Isac se inclinó humildemente y desapareció su interlocutor, en el cual reconocí á uno de los grandes sacerdotes que en el templo apoyó la proposición de hacer morir al hombre-Dios.

»Cuando Isac se quedó solo volvió á beber con afán, ¡qué horrible me pareció aquel hombre!, la traición estaba simbolizada en él y, ¡pensar que aquel miserable estaba tan cerca de EL, que sabía sus secretos y yo que tanto le amaba no me era dado verle!... yo creía volverme loca. En esto, la aurora comenzó á difundir su indecisa claridad, y yo temblé al pensar que Isac podría verme, y entonces... sabe Dios lo que me sucedería, y en aquellos momentos yo no quería morir.

»Aprovechando un instante que Isac se

volvió para buscar donde sentarse, salí de mi escondrijo y dí la vuelta por detrás de la fuente, más no con tanta ligereza que Isac dejara de verme, por el contrario, me vió, y lanzando un rugido se abalanzó á mí diciendo:

»—¿Qué haces aquí? ¿has venido á espiar mi traición? ¿y tú no ves que yo mato sin piedad? Ya te conozco, tú eres la mujer que tanto entra y sale en el palacio del gobernador, ¿qué haces aquí?

»En aquel instante tuve miedo de morir, porque las manos de Isac rodeaban mi garganta, pero súbitamente sentí una sacudida violentísima y mis manos débiles y flacas, adquirieron una fuerza extraordinaria y cogiendo las de Isac que ya oprimían mi garganta las separé con un empuje tal que aquel miserable se bamboleó y cayó de espaldas sobre las rocas; entonces mirándole fijamente le dije:

»—¿Sabes por qué estoy aquí? para detener tus pasos, para dejar paralizado tu cuerpo para que tu lengua no pueda moverse, para evitar el mayor crimen que han visto los siglos.

»Isac me miraba espantado, quiso recobrar su serenidad y lanzó una ruidosa carcajada diciendo:—¡Pobre mujer!, tu deliras, ¿quién eres tú para sujetarme?—y

quiso levantarse pero no pudo porque extendí las manos hasta él y quedó como paralizado porque así lo quiso mi voluntad. Entonces le dije:—Ahí te quedas encadenado mientras yo voy á delatar tu crimen, que no merece andar aquel que corre para hacer el daño, y tú querías consumir la traición más horrible que han visto los tiempos. ¿Y estando tan cerca de EL, cómo puedes ser tan miserable? parece imposible que junto al ser más grande de la tierra se arrastren los reptiles como tú. ¿Cómo su luz no te ciega? ¿Cómo al escucharle no le adoras? ¡Dios mío! ¡Dios mío!, tú eres la perversidad encarnada en la tierra!...

»—¡Mujer, no sé que poder tienes que me encadenas; corre á delatarme, no me importa, mi suerte está echada!





XVII

LAS últimas palabras de Isac me parecieron una sentencia inapelable, y por lo mismo que parecía imposible que aquel miserable dejase de cometer un crimen tan horrible, por lo mismo mi desesperación aumentaba y mi odio hácia aquel malvado se acrecentaba más y más, por eso le cogí las manos con el deseo de triturrárselas y le dije loca de dolor:—¿Conque, tú serás un ser tan infame que cometerás el más horrible de los crímenes?

»—Ya te he dicho que *mi suerte está echada*, no tengo más que dos caminos, ó matar ó morir.

»—¿Y no sabes que es preferible morir antes que matar? ¿no sabes que EL será siempre luz, y tú serás siempre sombra? ¿no sabes que no es hombre el que vende á otro hombre, y más siendo el acusado un inocente, y no solo un inocente, sino un

ser perfecto que quiere redimir á la humanidad? ¡Ah! tu infamia no tiene nombre.

»—Cualquiera al oírte diría que eres un ser perfecto, y yo sé que tienes una historia muy poco edificante, puesto que hasta hace poco eras una mujer perdida, y entre las rameras y los malhechores hay poca diferencia. Sé quien eres, lo que has sido, porque todo el mundo te conoce.

»—Tus frases no me ofenden y mi pasado oprobio me sirve para reconocer la grandeza de ese hombre divino que salva con su palabra, encanta con sus ojos, y seduce con sus sentimientos. EL en la dura piedra hace brotar flores de embriagador perfume, y yo en agradecimiento de sus buenas obras, sacrificaría la eternidad de inacabables goces y deleites, por vivir de hinojos ante EL, por adorarle como se adora á Dios, porque ese hombre es la verdad y la vida.

»—Acabemos de una vez, vete de aquí, que no puedo moverme mientras te miro, siga cada cual su camino y no perdamos el tiempo inútilmente.

»Sentí entonces que una voz lejana me decía:—Déjale—solté sus manos, y sus brazos cayeron sin fuerzas, revelando su semblante el más profundo asombro.

»—Te dejo—le dije—porque me ordenan

que te deje solo con tu infamia; y llorando tristemente abandoné la fuente, antes lugar de reposo para mí, y que la iniquidad de miserables ambiciosos había convertido en antro de sombras y de horror. Hasta me causaba enojo el agua que corría incesantemente; me parecía que hasta el manantial debía tomar parte en mi profundo desconsuelo; Isac entre tanto se reía ruidosamente y me decía: Llorá, llorá, que para tiempotienes, *mi suerte está echada*.

«Las carcajadas de Isac resonaban en mis oídos lúgubrementé, de un modo tan siniestro y tan aterrador, que por no oírle apresuré el paso. ¿Dónde iré—me pregunté—que no encuentre hombres infames? ¿volveré á la ciudad? no; conozco que tengo algo más que hacer, que no he salido únicamente para enterarme de la más horrible traición que han visto los siglos; queda en mi mente ansiedad, queda en mi corazón angustia, quedan en mí deseos de conocer nuevos dolores. Pero, ¿á dónde iré? y maquinalmente me dirigí al punto donde conocí al infeliz Arael y á sus compañeros; llegué á la cueva y llamé á la pequeña puerta que cubría su estrecha entrada; á corta distancia ví aparecer la cabeza de un hombre entre unas piedras; era

un hombre más que feo, antipático, me miró fijamente y me dijo:

»—Ya te conozco, estuviste aquí una noche y gracias que Arael te salvó de una muerte segura, pues todos te creímos contraria á nuestra causa. ¿Qué buscas aquí? Arael se fué para no volver.

»—Ya lo sé, vengo para saber qué noticias teneis del hombre-Dios.

»—Ninguna; nuestro jefe siguió en mal hora á ese hombre y por EL se ha perdido; los demás no queremos morir por ese embaucador, que con su predicación ha hecho más daño de lo que parece; promete cielos y por seguirle solo se encuentran sombríos calabozos; las únicas que han salido ganando son las mujeres perdidas, esas se han enamorado del hombre que las perdona y le siguen, como le sigues tú, fanatizada por sus palabras.

»Amonesté cuanto pude á aquel desgraciado, que escuchó mis frases sin conmoverse en lo más leve, él solo sentía que su jefe estuviera encerrado; lo demás todo le era indiferente; comprendí que aquel hombre no podía dar más de sí, y le dejé sumergido en las sombras de su ignorancia y de su degradación. Cuando se encuentran seres miserables ¡cuánto se sufre! ¡qué sensaciones tan dolorosas se experi-

mentan! Cuántos más seres abyectos encontraba, más se engrandecía ante mis ojos la magestuosa figura del hombre-Dios; con los ojos del cuerpo admiraba su escultural belleza, con los ojos del alma, la elevación y la grandeza de su sentimiento; le veía tan superior á los demás hombres, que mi amor hácia EL se espiritualizaba de tal manera, que se apagaban mis deseos de ir en su seguimiento; su ideal llenaba mi alma de purísimos deleites, no tenía que correr para encontrarle, porque le sentía en mí, me parecía que su aliento refrescaba mi frente y era dichosa sintiéndole en mí misma. Me detuve algunos momentos en un caminito bordeado de flores y allí me dirigí á EL; allí le conté todo lo que sentía, y allí le supliqué que no me alejara de su lado en el momento de su sacrificio; que sellara mi boca, para que no gritara, pero que me dejara verle hasta su último momento. Allí, en la más completa soledad, le llamaba diciéndole: ¡amor mío! ¡amor de mis amores!... ¡vida de mi vida! ¡cielo de mis ilusiones!... allí se desahogaba mi alma; todo cuanto me rodeaba era bello; bien necesitaba mi espíritu aquellos instantes de reposo.

»Comencé á sentirme fatigada, conocí que mi organismo necesitaba alimento y

me dirigí á un pequeño lugar donde encontré muchos niños jugando; éstos al verme llamaron á un hombre y de una casita salió un anciano, que me reconoció en seguida, era el padre de una niña que yo curé en medio del campo; mucho me agasajó, mucha alegría demostró al verme, brindándome su hogar para dar á mi cuerpo alimento y reposo. Allí encontré á la niña que me abrazó diciendo:— No te he olvidado nunca, te quiero, porque me has devuelto la vida, y mi padre, cuando me ve triste, me dice tus mismas palabras y me reanimo en seguida.

»Pasé en aquel humilde hogar unas cuantas horas tranquilas, entre seres buenos y sencillos y, ¡se está tan bien al lado de seres buenos!... Conté al anciano cuanto había oído en la fuente; el pobre viejo se indignó y me dijo:—El peso de los años me abrumba, pero para evitar la consumación de ese crimen, creo que recobraré mis energías juveniles, y en unión de otros muchos rodearemos al hombre-Dios y le salvaremos ó moriremos con EL.—Yo también iré, padre mío—dijo la niña—porque desde que ví á aquel hombre rodeado de luz, que vive en mi pensamiento, le veo despierta y dormida, ¡qué hermoso es! A un ser tan hermoso no debemos dejarle

morir, ¡le quiero tanto!... ¡tanto como á tí! y la niña se arrojó en mis brazos besándome con la mayor ternura.

»Cuando pasan horribles tempestades ¡qué hermoso es un rayo de luz! Escuchando á la niña y á su padre mi alma se regocijaba, y me despedí de ellos, persuadida de que se pondrían en camino con otros muchos para seguir al hombre-Dios, mejor dicho, para rodearle y evitar que hasta EL llegara el traidor Isac.

Seguí mi camino con el cuerpo fortalecido y el alma serena; estaba contenta de ellos y de mí, porque iba despertando á las almas que dormían; cuando más embebida iba en mis reflexiones oí gritos y blasfemias, miré y ví á dos mujeres que se insultaban violentamente y se disponían á destrozarse la una á la otra; inmediatamente me puse entre ellas, conseguí separarlas después de luchar mucho, y escuchar insultos á cual más grosero y soez; la que los profería era una mujer hermosa en cuyos ojos brillaban las llamas de los celos; la otra se sinceraba, mas se conocía que no estaba exenta de culpa; la mujer celosa no se dejaba convencer por mis argumentos, pero tanto me esforcé, que al fin le dije á su rival: te dejo entregada á tu infamia, que el tormento de la infamia

es el más horrible. Tú le has salvado la vida á esa mujer,—me dijo la ofendida,—te prometo dejarla abandonada á sí misma, me has evitado un crimen, nunca te olvidaré; y se alejó la mujer celosa, mientras la otra avergonzada y confusa siguió otro sendero sin dirigirme una mirada; el peso de su oprobio la abrumaba por completo.

»Aquella escena me impresionó profundamente, y me decía á mí misma: Las mujeres que matan es porque aman, ¡amar! ¡amar á un hombre! ¡qué hermoso debe ser! pero á un hombre de carne y hueso, á un hombre que no se eleve por los aires, el amor de la tierra con sus luchas, con sus tormentos, pero con sus goces delirantes al fin. ¡A mí nadie me ha querido! yo no he podido disputar mi presa, ni yo he amado ni me han amado, luego no he vivido; ¡qué más morir que sufrir el desvío de todos!... ¡la soledad! ¡el abandono! ¡siempre sola! Aquí, ahora lo reparo, en esta llanura, sí, aquí es, el hombre-Dios ni aún quiso que le viera, ¡me cegó! ¡qué inhumanidad!... ¡qué crueldad! ¡no verle!... ¡no verle cuando verle era mi vida!... ¡y aún vivo!... ¿y para qué? ¿para qué? para hacer algo bueno, no debo quejarme de esta jornada, he conocido al traidor, y he dado sus señas á

muchos, para que le conozcan y le denuncien; he dado aviso á una familia buena, y ésta reunirá gente y se irán de avanzada por el camino que quiera recorrer el hombre-Dios; ahora mismo he podido evitar la consumación de un crimen, ¿y aún me quejo? ¡Oh! soy una ingrata. Y reanimada nuevamente descendí por una pendiente que era una senda deliciosísima sombreada por árboles floridos; á corta distancia se veían unas cuantas casitas tapizados sus muros de floridas enredaderas; parecían aquellas casitas pequeños paraísos, me detuve á contemplarlas y dije:— ¡Qué dichosos serán los dueños de esos oasis! ¡vivir entre flores! respirar un ambiente perfumado! eso, eso será vivir; pero como si un ser invisible me dijera: no juzgues por apariencias, escuché un leve gemido, y tras de aquel otros y otros, y muchos lamentos; miré por todas partes y no comprendía en qué casita estaban los que gemían amargamente; de pronto, de uno de aquellos paraísos salió una mujer jóven y hermosa, con el cabello suelto y el traje en desórden, miró al cielo, como si le acusara de su dolor; y exclamó:— No puedo más; y se dejó caer al pié de un árbol. Yo corrí hácia ella, y le pregunté qué tenía; la mu-

jer me miró sorprendida y contestó con sequedad:

»—Dejadme; mi dolor no tiene remedio.

»—Todos los dolores lo tienen.

»—Como se conoce que no sois madre, y si lo sois, no habeis perdido ningún hijo; tengo un hijo y éste ¡¡se muere!! y la mujer lloraba sin consuelo.

»—Calmaos un poco, si aun vive hay esperanza; corred en busca del hombre-Dios.

»—¿Quién? aquel que pasó hace poco por aquí; nunca hubiera venido, curó á muchos, es verdad, pero mi hijo estaba bueno, enfermó en cuanto EL se fué, y se muere poco á poco.

»—Dejadme que lo vea.

»—Qué, ¿sois también de esas alucinadas que le siguen? idos de aquí que no quiero ver ni su sombra.

»Bajé la cabeza y me alejé, pero á los pocos pasos me detuve porque oí que la madre desesperada me decía: — ¡Venid! ¡venid! ¡pronto! ¡pronto!...

»Subí la cuesta y entré con la mujer en una casita; en ella, sobre blandos almohadones había un niño que tendría unos doce años; su rostro estaba cadavérico, miró á su madre, y la miró con cierto enojo. Yo, dominada por una fuerza supe-

rior á la mía, y dotada en aquellos instantes de maravillosa lucidez, miré al niño y poniéndole la mano en la frente le dije:— ¿Por qué te quejas? ¿por qué te quejas si tu cuerpo está bueno? lo que tú tienes es otra enfermedad. — ¿Cuál?—preguntó la madre.

»—El vehemente deseo de ser amado. Tú amas á un hombre, ese hombre no es el padre de tu hijo, y tu hijo, aunque niño odia al que ocupará en tu tálamo el sitio de su padre; no te cases, mujer, no te unas á otro hombre si quieres la vida de tu hijo.

»La mujer me miró asombrada, miró al niño, y éste le dijo:—Vive para mí, y yo viviré para tí; venció la madre á la mujer, la madre abrazó á su hijo y murmuró en su oído algunas palabras que debieron ser una promesa, porque el niño se sonrió gozoso y volviéndose á mí me dijo:—Acábame de curar, que ahora quiero vivir, desde que tú has entrado me parece que he renacido.

»—Nada tengo que hacer, curado estás, porque el amor de tu madre era la medicina que tu cuerpo y tu alma reclamaban; y tú, mujer, si la fortuna te sonríe, si no tienes que dar la vida por la vida, conságrate á tu hijo, agradece tu fecundidad, muéstrate agradecida y gozosa de ser un árbol que

ha dado tan hermoso fruto, ¡dichosa la mujer madre! ¡dichosa la que es útil á la humanidad; enlázate á tú hijo, quiérole mucho, ¡dichosa tu mil veces que tienes un hijo á quien querer!

»La madre y el niño se abrazaron de nuevo, y yo salí de la estancia satisfecha de mi obra. Cuando me ví en el campo me encontré tan fuerte, tan contenta que me dije á mí misma: curo los males, leo historias íntimas, ¡qué fuerte soy! soy el bien, y en el bien se encuentra el prado florido de la esperanza, el bien es la vegetación del espíritu. Yo puedo hacer mucho porque he vencido á la flaqueza humana. ¡Ya puedo regenerar á un mundo! después... después se entibió mi entusiasmo y murmuré con desaliento: ¿Cómo quieres dar agua á la fuente? una cosa es utilizar lo que se recibe, y otra trazar la órbita en que deban girar los demás; y luchando entre desalientos y esperanzas, recordé al pobre Arael, y me acusé de ingrata; solo una vez le había visitado en su prisión, dejaba lo cierto por lo dudoso; dejaba de consolar al más necesitado de consuelo y daba á los desconocidos lo que á él le pertenecía. ¡Ay! yo era tan pequeña y tan ingrata como los demás ¡y quería regenerar un mundo!...

»Anduve por la orilla de una vertiente; un salto de agua derramaba en distintas direcciones la fecundación y la vida; pequeños riachuelos se ensanchaban gradualmente y por todas partes se veían arroyos y prados floridos, el lugar no podía ser más delicioso; pero las brumas de la tarde extendieron su manto de nieblas, la humedad comenzó á dejar sentir su influencia, mis piernas flaqueaban y no podía descansar en ningún paraje porque todo era pantanoso; ¡el agua corría por todas partes en mayor ó menor cantidad! y me ví obligada á seguir andando; la noche llegó con su silencio á la vez que sus misteriosos ruidos, y yo rendida de cansancio andaba sin poder; al fin, me pareció que lejos, muy lejos, distinguía una ténue claridad y era preciso llegar hasta allí, que indudablemente en aquel paraje habría alguna casa hospitalaria; bebí agua para recobrar fuerzas y ¡qué agua tan buena era aquella! Caminé largo rato á la orilla de un río, sus aguas eran tranquilas, en la orilla opuesta me parecía que se destacaban montañas gigantescas, y sobre una de ellas era donde yo veía una ténue claridad. De pronto me asaltó la idea de atravesar el río como EL los atravesaba, ¿no curaba yo como EL? pues sirviendo á los

otros bien podía serme útil á mí misma: si yo pudiera flotar como flotaba EL, cuánto camino adelantaría. Probemos, y ya mis piés se hundían en la márgen del río, cuando escuché una voz potentísima que me dijo airada: — No te atrevas á dar un paso, no puedes pasar flotando, que los cuerpos no vuelan, las fantasías solo sirven para turbar las almas, retrocede y encontrarás lo que deseas.

»Retrocedí, y efectivamente, á los pocos pasos encontré un puentecillo, que aunque endeble, era lo suficiente para ganar la otra orilla, donde el terreno era firme y seco; altas montañas elevaban sus cimas buscando las nubes, trepé por una de ellas y al llegar á la cumbre, ví que la débil claridad que yo había visto desde la hondura del valle, era... ¡la luz de la aurora!... había caminado toda la noche con la esperanza de encontrar un puerto; del mismo modo caminamos todos por el erial de la tierra esperando llegar al paraíso que nos ofrecen los distintos ideales religiosos ó filosóficos, según el adelanto de las épocas y el desarrollo de las civilizaciones.

»Con el nuevo día contemplé un paisaje hermosísimo, una gran ciudad medio oculta entre árboles y flores; sus murallas, anchos caminos, sombreados por frondo-

sas arboledas; me parecía imposible que hubiese andado tanto porque me sentía fuerte; de pronto oí voces cerca de mí, y ví á dos hombres de buena apariencia que hablaban acaloradamente de EL; ajusté mi paso al de ellos y escuché su conversación, que era muy fácil de oír, porque hablaban poco menos que á gritos, tanto y tanto se iban exaltando, el uno hablaba muy mal de EL, el otro más reflexivo, decía: Para juzgar hay que ver.

»—A mí me basta para odiarle el saber que habla de un solo Dios y que pretende desvirtuar el poder de los dioses.

»—Cuando le oiga y me haga cargo de sus argumentos, entonces lo acusaré ó le adoraré.

»—¿Serías capaz de dejar la religión de nuestros padres?

»—Si el Dios de que me hablan, habla á mi alma, desde luego.

»—Pues yo había de ver morir á toda mi familia y si ese hombre quería y podía salvar á mis deudos, los dejaría morir á todos antes que EL les diera la salud.

»—Pues yo tengo á mi esposa como muerta y si el genio del mal me dijera que él la curaría, admitiría sus servicios para ver volver á la vida á la madre de mis hijos.

»Yo aproveché aquel momento para dirigirle la palabra y ofrecerle mis medios de curar; el hombre me miró asombrado pero me cogió de la mano y me dijo:—Corre, si puedes, tanto como yo, que la salud, la vida, venga de donde venga, yo la quiero.

»El contrario se enfureció más y más con mi compañía y dijo que EL, si bien curaba en el acto, sus curaciones eran falsas, porque los enfermos recaían de nuevo; á lo que yo le dije:—Las almas las cura EL, pero si las almas persisten en ser malas enferman de nuevo.

»—El no levanta á los muertos.

»—Pero despierta á los que duermen como los despierto yo.

»Al fin llegamos á la casa de la enferma; ésta era jóven aún y simpática, descansaba sobre su lecho rodeada de sus deudos y amigos que eran muchos; me acerqué á ella y todos me miraron con desdén y desconfianza diciendo una mujer:—Pero, ¿qué viene á hacer esta aquí si ya está muerta? Yo no hice caso y me incliné sobre la enferma; efectivamente no respiraba y tenía los ojos cerrados, pero su corazón latía débilmente.

»—Esta mujer no ha muerto, su corazón late.

»—Late tu mano, replicó un anciano, no profanes á los muertos.

»Yo sintiéndome impulsada por EL, dije con la mayor energía: Mujer, abre los ojos. La muerta abrió los ojos y dominada por mi voluntad se incorporó y se sentó en su lecho. Su marido, loco, delirante, la estrechó en sus brazos y me preguntó:—¿Quién eres?... quien quiera que seas, tuya es mi vida, ya que la vida has dado á mi Raquel.

»Pintar la confusión que allí se produjo es imposible, todos me asediaban á preguntas, hasta que Raquel pidió que reinara el silencio para contar cuanto había sufrido, pues quedó su cuerpo inmóvil, pero no su entendimiento; éste funcionaba admirablemente, así es que pudo medir el abismo de su tumba á donde todos estaban dispuestos á llevarla menos su marido; éste se empeñaba en no enterrarla; sintió sobre sus labios los besos de sus pequeños hijos, cayeron sobre su rostro las amargas lágrimas de sus padres y de su esposo, y solo al escuchar mi voz pudo abrir los ojos.

»—Pero ¿quién eres—me decía Raquel, que me has devuelto á las caricias de mis hijos, á los cuidados de mis padres, al amor de mi marido, que es mi Dios en la tierra?

»—Soy una hoja seca que EL levantó del polvo; soy una pobre mujer que adora al hombre-Dios.

»—Yo también le adoraré, dijo Raquel.

»—Pues levántate y sal á su encuentro; ve á esperarle y dile que en su nombre yo te ha curado.





XVIII

DESPUÉS de la curación de Raquel, me despedí de aquella familia, deseosa de adelantarme á la multitud para salir al encuentro del hombre-Dios, pues oí decir á muchos que ya estaba muy cerca de la ciudad; salí presurosa y una legión de infortunados me indicó el camino que debía seguir, ¡cuántos enfermos, Dios mío! ¡cuántos seres inútiles! cojos, mancos, ciegos, paralíticos colocados en distintos puntos, leprosos, otros que gritaban como locos rabiosos haciendo contorsiones y dando saltos y corriendo en todas direcciones sin poder descansar un segundo. Me llamó la atención un pobre que estaba parado alargando los brazos y enseñando las manos roídas por repugnante enfermedad; aquel desdichado tenía un semblante muy expresivo, especialmente los ojos que eran muy grandes y muy hermosos; los dos nos

miramos y él me dijo en son de mofa:— ¿Por qué corres? ¿no sabes que nunca llegarás al reino de los cielos? ¿que para tí no hay sitio en el reino de Dios?

»La voz de aquel desventurado me impresionó tristemente; me detuve sobreco-gida, pero oí dentro de mí misma otra voz que me decía: ¡adelante! ¡adelante!

»Seguí andando, pero conforme me acercaba á EL, se iba apoderando de mí un temor inexplicable, temblé ante la idea de si no me dejaría verle, y decidí ocultarme entre unas matas para verle pasar y luego seguirle; así lo hice, me senté al pié de unos arbustos floridos y allí esperé, ¡cómo latía mi corazón!; en las sienes, parecía que una mano invisible armada de un martillo las golpeaba sin piedad; mis ojos se cubrían de lágrimas, ¡qué inquietud! ¡qué angustia!... ¡qué zozobra! aumentó el rumor, todos hablaban á un tiempo, todos pedían misericordia; de pronto oí la voz de EL, dulce, acompasada, armónica, hablaba con un anciano venerable de lüenga barba blanca, al que le decía:

»— ¡Cuántos me esperan!... pero... ¡cuántos me rechazan!... vengo á sembrar, no á recoger, vengo no para que me sigais sino para que trabajéis en mi obra, y os enla-ceis por medio del amor; allí donde impera

el bien está la paz de las almas, una es la ley y uno es el bien. Todos le escuchaban en silencio, porque su voz tenía una vibración tan particular que sin hablar á gritos, resonaba á larga distancia; eran sus frases una melancolía divina. ¡Qué hermoso estaba! se detuvo delante de los arbustos que me ocultaban y pude mirarle, adorarle y bendecirle. EL, sin mirar al punto donde yo estaba, se sonrió con dulzura y dijo á media voz:

»—Levántate mujer, y ven, ven y verás mis obras y lleva en tu alma la impresión de cuanto veas.

»¿Cómo me levanté? no lo sé, no me di cuenta de ello, solo sé que me ví muy cerca de EL, tan cerca que podía tocar su túnica; no me saciaba de mirarle y de escucharle, porque cada palabra suya era una sentencia. De pronto se escucharon muchas voces que gritaban: ¡abridle paso! ¡que nadie le toque! los enfermos se retiraron y se adelantó un hombre terrible, todo su cuerpo estaba ulcerado, un lienzo manchado de sangre y materia sugeto á la cintura le cubría hasta las rodillas, pero su pecho, sus espaldas y sus brazos presentaban llagas asquerosísimas, su cabeza estaba deforme, mal cubierta con vendas ensangrentadas. El infeliz al ver al hombre-

Dios se detuvo avergonzado, no tuvo valor para mirarle. ¡Qué contraste formaban los dos! ¡el uno era tan hermoso! ¡el otro tan horrible! ¡el uno tan bueno, tan sano, tan fuerte, tan poderoso!... ¡el otro tan débil, tan enfermo, tan repugnante!... ¡el uno era la fuente de la vida y de la salud! ¡el otro el manantial del virus ponzoñoso! porque todas sus llagas arrojaban un líquido amarillento y apestoso. El hombre-Dios se detuvo y mirando á aquel desventurado le dijo con tristeza: — ¡Ay! ¡qué horrible es la herencia del pecado!... ¡qué expiación tan espantosa es la tuya!... ¡infeliz! tu sufrimiento debe asemejarse á tu culpa... ¡cuántos siglos de sombra se cuentan sobre tí! pero acércate, ¿no te acercas? pues yo iré junto á tí, que yo he venido á este mundo para curar á los enfermos; ¿no lo crees tú así? Y uniendo la acción á la palabra, el hombre-Dios se acercó al enfermo que estaba inmóvil en medio del círculo sin atreverse á dar un paso, avergonzado sin duda por las miserias; el hombre-Dios le cogió la diestra y apoyándola en su mano izquierda, miró con interés sus llagas y le dijo: — ¡Pobrecito! debes sufrir mucho ¿verdad? — Mucho, Señor. — Pero tú quieres curarte, ¿es cierto? — ¡Ah!... ¡si se pudiera! — Todo se puede habiendo vo-

luntad. Yo trataré de curar tu cuerpo, ayúdame tú curando tu alma. Y mirándolo fijamente siguió diciendo: yo sanaré tu materia putrefacta, haz tú el mismo trabajo con tu espíritu, haz tantas obras buenas como abusos has cometido; quiero que tu organismo esté sano, ¡quíerelo tú también! Y apoyando ligeramente su diestra sobre la mano del enfermo, los más cercanos vieron con asombro que aquella mano de la cual destilaba agua sanguinolenta, como por encanto quedó enjuta al igual que todo su cuerpo. El desdichado se estremeció de júbilo y quiso arrodillarse diciéndole: ¡tú eres Dios! ¡tú eres Dios! ¡bendito seas! más EL le detuvo diciéndole:—Los hombres no se arrodillan, los hombres se levantan y se elevan trabajando y haciendo el bien; el cielo es grande como es grande la esperanza, cura tu alma, que á medida que ésta se cure sanará tu cuerpo.

»No es posible pintar ni describir aquella curación maravillosa; el cuerpo de aquel desdichado adquirió fuerzas instantáneamente, sus llagas quedaron secas, el infeliz se miraba los brazos, las manos y el pecho, reía y lloraba y pronunciaba frases ininteligibles, que cuando mucho se sienten todas las manifestaciones del senti-

miento parecen pocas para demostrar el placer y el asombro que embargan el ánimo.

»Los otros muchos enfermos que había á lo largo del camino extrañaban la tardanza del hombre-Dios, y comenzaron á murmurar, era la impaciencia del dolor. EL escuchaba aquel murmullo sonriendo melancólicamente; al fin siguió su camino y extendiendo los brazos exclamaba mirando á la multitud:— ¡Sálveos vuestra fé! ¡sed sanos para ser más buenos! resucitad para la vida del bien, de la abnegación y el sacrificio.

»Sus palabras resonaban repitiéndolas el eco, ¡qué voz la suya tan sonora, tan dulce, tan melódica! ninguna he oído que se le asemeje.

»El anciano que le acompañaba le propuso hacer alto, y que los enfermos de la ciudad salieran al campo, que allí estaría mejor; más EL replicó:— No; antes más bien debemos apresurar el paso, que son muchos los que me esperan y es mi deber acudir á su llamamiento.

»Y efectivamente, entramos en la ciudad y visitó á muchos desgraciados dejando en todas partes el consuelo y la esperanza.

»Llegamos ante una casa cuyo dueño al verle venir salió á su encuentro diciéndole:

—¡Ah! ¡señor! vos no sois hombre, sois un Dios.

»—No digas que soy más que un hombre, soy un hombre que vengo á hablaros para que mañana me escuchéis.

»Entraron en la casa, y el dueño medio entornó la puerta para evitar sin duda que entraran los demás; muchos hombres entraron, pero yo no me atreví á entrar, porque ninguna mujer entró; todas se quedaron en la calle, pero como yo no me cansaba nunca de verle y admirarle, me coloqué junto á la puerta pensando como entraría; en esto, oí la voz de EL que me dijo con dulzura:—¿Ahí estás? ¿qué quieres ver? tú que trabajas y en mi nombre curas, entra y mírale.

»Me faltó tiempo para entrar y ponerme á su lado; y entonces nos dirigimos á una habitación donde había un jóven al parecer muerto. EL me dijo:—Mírale, á ver que te parece. Me acerqué, toqué su frente y la encontré helada, puse mi diestra sobre su corazón y no sentí el menor latido.

»—¿Qué te parece? habla.

»—Yo señor, creo que está muerto.

»—¿Por qué?

»—Porque su corazón no late.

»—¿Y tú crees que se muere?

»—Yo... yo sí.

»—Pues no se muere, porque se renace eternamente, y si hay cuerpos que permanecen inmóviles, en cambio las almas se despiertan, en éste, ó en otro mundo mejor.

»Todos escuchaban nuestro diálogo; EL entonces mirando al enfermo que parecía un cadáver le dijo:—Vuelve á la vida, que lo quiero yo; el muerto se incorporó, é hizo más aún, porque se puso en pie y quedó inmóvil, junto á su lecho.

»—Esto no es bastante, reanímese la estatua, circule la sangre por sus venas, brillen sus ojos; y conforme iba dando órdenes, el enfermo las iba obedeciendo. Una mujer gemía en un rincón, y el hombre-Dios la dijo:—Mujer, abraza á tu hijo y concluye mi obra; la mujer abrazó al resucitado y con sus besos delirantes coloreó sus mejillas y dió brillo á sus ojos; el padre en tanto le decía á EL:— ¡Señor! ¡tú eres Dios!

»—No, no soy un Dios, voy en busca de Dios.

»Cuando salimos de aquella casa, las mujeres que se habían quedado en la puerta me dirigieron los insultos más soeces; yo me avergonzé y hasta me arrepentí de haber entrado, sintiendo que EL oyera aquellos insultos hijos de la envidia;

más EL las miró á todas diciendo con tristeza:—¡Quereis curar y atropellais!... ¡quereis curar y sembrais el mal! ¡Pobres generaciones! ¿cuándo comprendereis que solo la paz es el bien?

»Siguió curando á todos aquellos que lo reclamaron; al fin se detuvo ante una casita rodeada de árboles, y al ver que muchos que no estaban enfermos le seguían, exclamó:

»—¿Quereis seguir mis huellas? ¡cuánto vais á llorar!

»Alguien le dijo que EL era grande como Dios, y EL replicó:—No soy grande como Dios, soy grande, porque soy un hijo de Dios. Hoy las muchedumbres me siguen con sus miserias, mañana me seguirán con sus vicios. Estoy cansado de alma; ¡ah! ¡si no fuera por el progreso eterno yo también desfallecería! pero viviendo eternamente no debemos desfallecer. Y mirando al cielo, sus ojos se iluminaron, su rostro adquirió aquella transparencia especial, que yo no acierto á describir, todo su ser se revistió de aquel encanto inexplicable, todo EL era luz, rostro, cabellos, traje, y lo que parecía más extraño era que se elevaba, que parecía su estatura gigantesca, y al mirarle todos atónitos y asombrados, EL, descendiendo á

la tierra (no encuentro otra frase), murmuró con ternura:—¿Veis como me engrandezco? pues así creceréis vosotros.

»El anciano que le acompañaba le suplicó que entrara en su casa para tomar algún alimento, pues mucho debía ser su cansancio. EL aceptó diciendo:—Demos fuerzas al cuerpo, que de ese modo daremos después fuerzas al espíritu; y volviéndose á mí añadió: Entra tú también y siéntate aquí, por ser la última vez que estarás junto á mí en la tierra.

»Muchos fueron los que se sentaron en torno de la mesa, yo me senté junto á EL; gran número de hombres y mujeres se quedaron en pié dentro y fuera de la casa. Mientras la conversación se generalizaba, yo aproveché la ocasión para decirle á EL:—Os quieren prender muy pronto, he conocido al traidor en la fuente... ¡lo sé todo!

»—Yo también.

»—¿Y qué hareis?

»—Esperar que se cumpla la ley. Y... ¿no le has visto hoy cerca de mí?

»—No, ¡ay! no; ni Dios quiera que le vea.

»—Pues debe estar, porque la hora se acerca; ¿le conocerías?

»—Entre mil que le viera.

»—Pues menos somos aquí dentro, mira bien, á ver si le encuentras.

»—Miré con temor á todos cuantos rodeaban la mesa y le dije gozosa:—No está.

»—Mira bien mujer, si tiene que estar muy cerca.

»Miré de nuevo, y descubrí en un rincón de la habitación á un hombre sentado cubriéndose el rostro con las manos. EL me miró sonriéndose y como si con su voluntad le ordenara que se descubriera, el hombre levantó la cabeza y yo ahogué un grito porque reconocí á Isac.

»—¡Ves como estaba muy cerca!

»—Pero señor, por piedad, libraos de ese miserable. ¡Oh! cuánto le aborrezco, si mi odio puede perseguirle yo le maldeciré eternamente.

»—¿Y por qué? ¿porque él se ha empeñado en ser pobre como tú te empeñaste en ser cruel, cuando á un hombre vendiste y acusaste siendo el acusado un inocente? No maldigas ni odies á nadie, que él, como tú, expiará su culpa; él, como tú, pedirá misericordia, y ni el eco le contestará; él, como tú, será mártir de sí mismo, y en mi seguimiento sufrirá el martirio, como lo sufrirás tú; él, es más perverso que tú, tú pecaste por vanidad, tu belleza te cegó, y te quisiste convencer del poder

de tu hermosura; ¡hermosura fatal que cegó á un hombre jefe de la primera escuela filosófica de este mundo! El, y tú, seguireis mis huellas, y solo mi recuerdo os dará aliento para sufrir el martirio; pero tú siempre me verás, ¡siempre! vivirás para mí, yo seré en tu soledad el único rayo de sol que ilumine tu encierro; que cuando se arrancan las flores y se malogran los frutos, hay que buscar luego sus raíces en las profundidades de las tumbas, que tumbas harán los hombres á la sombra de mi nombre.

»Como EL y yo hablábamos tanto, los demás demostraron sus celos mal reprimidos y EL entonces les dijo poniéndose en pié:

»—No murmureis, esta mujer me pertenece desde la noche de los siglos, como me perteneceis algunos de vosotros, y me seguireis perteneciendo practicando la ley del bien: no murmureis de nadie, que la murmuración es fuego que nunca se extingue su llama, y ¡ay! de los murmuradores. Seguid mi ejemplo, yo no vengo á perder á nadie, vengo á perdonar y á todos perdono.

»Isac entonces se levantó y acercándose á EL le dijo:

»—¿Y á quién habréis de perdonar, si nadie puede haceros daño?

»—A los niños y á los hipócritas; á los niños porque no saben lo que hacen, á los hipócritas porque forjan los eslabones de sus cadenas.

»—¿Y creéis, Señor, (díjole uno), que os harán mal los niños y los hipócritas?

»—De todo habrá, que yo vengo á sembrar, pero no á recoger; y volviéndose á mí me dijo con aquel acento de autoridad que EL solo tenía, y que EL solo hermanaba con la mayor ternura: Tú vete y ve á cumplir tu deber; Arael te espera, con él hay otro desventurado: aquel con quien hablaste en la cueva, al separarte tú le prendieron, te cree la causa de su prisión y te odia, vé á desvanecer su odio (en lo que puedas), que morir odiando es morir de mala muerte; á mi lado ya nada tienes que hacer, y al lado del que te odia puede ser útil tu consejo; vé á cumplir con tu deber y no llores jamás por mí, llora por los vicios de los hombres; no busques mi cuerpo cuando muera, busca mis obras y yo te prometo, que luego, más tarde, mucho después, cuando nuevas civilizaciones saneen la tierra, yo te daré una felicidad que no has conocido aún.

»Extendió su diestra como EL solo la

sabía extender, señalándome la puerta, y yo dominada por su voluntad, sin saber lo que hacía, bajé la cabeza y no sé si anduve, solo me dí cuenta de que existía, cuando me ví entre los árboles; quise buscar el camino de la ciudad para cumplir su mandato visitando á los presos, pero no pude emprender mi marcha, se hizo de noche y tuve que refugiarme en un paraje para descansar; ¡qué noche más horrible!... veía un mar de sangre, veía insondables abismos, ¡qué más abismos que mi existencia!... ¡qué horas tan amargas me aguardaban! *pero luego, más tarde, después, cuando nuevas civilizaciones saneen la tierra,* (EL me lo dijo), gozaré de una felicidad que no he conocido aún.»





XIX

CON la dulce esperanza de sus palabras, aunque pasé una noche espantosa, me levanté animada pensando en un día de felicidad, y aunque para alcanzarla tenían que transcurrir muchos siglos, me hacía cargo que lo que mucho vale mucho cuesta, así es, que emprendí el camino deseando llegar á la ciudad para cumplir la orden del hombre-Dios, visitando á los presos.

»Antes, como era muy justo, fuí á ver al gobernador; éste me recibió con el mayor cariño, le conté todo lo ocurrido y él me dijo sonriendo tristemente:— ¡Si tú vieras cuántas infamias se ponen en juego!... centenares de enfermos curados por EL han sido comprados á buen precio, y éstos declararán que les curaba por medio de sortilegios; mujeres perdidas contarán historias repugnantes y escandalosas, en las cuales EL será el protagonista; todo

cuanto malo, absurdo y cruel puede inventar el hombre, todo se ha inventado para hacer morir á un hombre que dá salud del cuerpo y la vida del alma, ¡qué horror!

»Le hablé al gobernador del jefe de bandidos, preso últimamente, al que tenía orden de visitar.

»—Mujer, ¿qué dices? ¿tú sabes quién es ese hombre? su boca es un cráter de inacabable fuego, es una fiera enfurecida que todo lo rompe, todo lo destroza, los hierros más fuertes en sus manos crujen como una débil caña en manos de mi Abelín; no, no quiero que vayas.

»—EL me lo ha ordenado y tengo que obedecerle.

»—Pero si te odia, si te maldice, si dice que tú le has delatado, (lo que es mentira), pero que él lo cree así.

»—Pues por lo mismo he de ir, donde hay más sombras y más aberraciones es donde hace más falta la luz de la razón.

»El gobernador, viendo mi decisión, ordenó que me acompañaran varios de sus servidores, y me dirigí á la prisión; al compañero de Arael lo tenían separado de los demás presos, porque parecía una fiera rabiosa: rugía como rugen los leones hambrientos, agarrado á los barrotes de una

gran reja, ésta temblaba al impulso de sus violentas sacudidas; uno de los hombres que me acompañaba se acercó á la reja, (pero quedándose á prudente distancia) y le dijo:—Aquí está la mujer que tanto odiais, á la que maldecís constantemente.

»Al oír sus palabras, el preso lanzó una carcajada horrible, el rostro de aquel desventurado se iluminó con una sonrisa aterradora, y como hambrienta hiena que olfatea su presa, acercó su cabeza á la reja diciendo con voz cavernosa:—Acércate, que te quiero destrozar, tanta sangre que he vertido en este mundo, no me ha dejado satisfecho, necesito la tuya para no morir rabiando; por tí me he perdido, por tí me veo enjaulado.

»—Te engañas, (le dije con serenidad), tus delitos sin cuento son los que te han perdido, tus crímenes son la causa de que todo concluya para tí.

»¡Cómo se puso! sus cabellos erizados parecían hilos candentes, su lengua barba se abultó extraordinariamente, y sus ojos, ¡ah! sus ojos pugnaban por salir de sus órbitas; estaba horroroso, amenazador, parecía el genio del mal dominado por el vértigo de la locura.

»—Vengo (le dije), porque EL lo quiere, porque EL quiere que te consuele.

»—Pues se aumenta mi odio hácia tí al saber que EL te envía, porque tu venida es una burla sangrienta. Si EL me ha perdido y tú le has ayudado, ¿qué consuelo me podréis dar? yo era libre, ¿sabes tú lo que es ser libre? ¡ser libre es ver la luz! es correr tanto como se quiere, es luchar y vencer; y aquí estoy sin luz, porque los hachones que ahora me dejan verte, solo iluminan este subterráneo cuando me bajan el alimento, después... la noche me rodea, ¡yo que era el rey del bosque!... pero acércate, estás lejos.

»Mis guardianes me obligaban á estar muy separada de la reja, pero yo quise acercarme á aquel desventurado enloquecido por el dolor; me acerqué más y le miré fijamente; él también me miró y algo debió sentir, porque soltando los barrotes y dejando caer sus brazos hercúleos, dijo con cruel ironía: —¿Y por qué quieres consolarme? ¿no sabes que yo te odio? ¿no sabes que no tengo más sentimiento que no haberte dado muerte en la noche que pasaste en la cueva?

»—Pues por lo mismo que me odias quiero injustificar tu odio y no puedo injustificarlo de otra manera que haciéndote todo el bien posible; devolver bien por mal es el único mandamiento de la ley de Dios:

el bien, es la savia productora que debemos transmitirnos en la eternidad de los tiempos; ahora déjame comenzar mi trabajo, ¿cuándo naciste, te miraron al nacer tu padre y tu madre?

»—No, no; no sé quienes fueron mis padres, ni quiero recordar los comienzos de mi vida, ¡porque fueron más desgraciados mis primeros años!... ¡qué dejo tan amargo me dejaron!... aún saboreo la hiel que bebí entonces!...

»—Pues mira, el abandono en que pasaste tus primeros años, atenúa en gran parte tu delito, nadie te dijo que te hicieras grande, y tú, entregado á tí mismo, quisiste ser grande y lo fuiste por el crimen; se hablaba de tí, y esto halagaba tu feroz vanidad; te ahoga la sangre de los inocentes que por tí han muerto, hoy tu popularidad te abruma y tal vez quisieras desandar lo andado y ser, si posible fuera, un hombre inofensivo.

»—No sé lo que quiero, pero... tienes mal modo de consolar, porque me recuerdas mis crímenes.

»—¿Y qué más consuelo que el reflejo de todo el mal causado, para comenzar á practicar el bien?

»—Esta sí que es buena; ¡comenzar á practicar el bien! ¿y cuándo? si ya estarán

levantando el cadalso donde he de morir?

»—¿Y por qué no esperas la muerte como el principio de otra vida?

»—Nunca he creído más que en la vida de aquí; *ese hombre funesto* que á todos nos ha perdido, consiguió que Arael, nuestro jefe, creyera en sus palabras, y muchas veces, muchas, nos buscaba á todos, nos reunía en torno suyo y nos hablaba de las delicias que se encuentran en la práctica del bien. ¡Qué hermoso estaba cuando hablaba así! todo EL era luz, luz que alumbraba como si EL fuera un Sol; más de una vez, mirándome fijamente me decía: —Cuando dejes este mundo no recuerdes tus crímenes, recuérdame á mí, que moriremos juntos, porque juntos se sacrificarán la virtud y el vicio. Y ahora, ahora que voy á morir, recuerdo sus palabras y siento haberlas escuchado, y maldigo su memoria, y al mismo tiempo no me explico por qué á un hombre como EL lo han de comparar con los asesinos. ¡Ay! matan los grandes porque abusan de su poder, y matan los chicos porque nadie se ocupa de ellos, todos matamos, la igualdad existe en el crimen!...

»—No delires, no delires, las injusticias sociales son hijas de muchas causas que no me puedo explicar.

»—No te las explicas porque tú también has sido de los abandonados y fuiste una mujer perdida como otras muchas, todas creen lo mismo; también en las rameras existe la igualdad, es decir, mientras más te escucho y más te miro, veo que tú ya no eres como las demás, hay en tí un rayo de luz, de aquella luz que á EL le rodea cuando habla de su Dios, y... no quiero conmoverme; vete, vete, que un hombre como yo, se rie de los redentores y de las rameras arrepentidas.

»Hablamos largo rato; el preso, tan pronto blasfemaba y nos maldecía á EL y á mí, como se quedaba meditabundo y murmuraba: Eso de vivir siempre... ya es algo; pero vivir ¿qué alegrías produce? á mí no me ha producido ninguna.

»—Porque has vivido en el crimen.

»Se volvió á exasperar y comprendí que era conveniente dejarle solo; me insultó de nuevo y me dijo que no volviera más, que no volviera á verle nunca, pero al verme marchar, me dijo con febril impaciencia: ¿Volverás mañana? — No; necesitas más tiempo para reflexionar.

»Cuando salí de la prisión, me parecía que había sido víctima de una horrible pesadilla; llegué á mi lugar de reposo y en él encontré al hermoso Abelín; ¡pobre

niño! ¡con qué alegría me tendió sus brazos! ¡con qué afán besó mi rostro marchito!... ¡qué diferencia entre aquel ángel de luz y el hijo del crimen! ¡y los dos eran hijos de Dios!... seguí al niño que ya no me dejó hasta llevarme junto á su madre; ésta me miró atentamente y me reconvino por haber ido á la prisión, diciéndome:— Los miserables no merecen ni el agua que beben, cuanto menos un sacrificio.

»—Pues EL no dice eso, al contrario, dice que los criminales son enfermos gravísimos que necesitan más cuidados y atenciones que ningún otro.

»El gobernador me llamó y me dijo:— ¿No lo sabes? todo está preparado y esta noche lo prenderán.

»Cuando la crisis se espera, se duda, pero ante la realidad, ¡qué horrible es la verdad del hecho!... ¡cuánto se sufre! el gobernador me prometió hacer cuanto pudiera por EL, y esta promesa me reanimó; quería pensar y no podía unir dos pensamientos; mi inteligencia estaba petrificada, maquinalmente me dirigí á mi aposento y me dejé caer en mi lecho como cae la piedra por la ley de gravedad, el peso de mi dolor me hizo caer. Dormí toda la noche, sin recordar nada; ¡qué bien!...

»Al día siguiente supe que EL aún es-

taba libre, y mi alegría fué inmensa; recibí aviso que el preso quería verme y acudí á su llamamiento; cuando llegué á la prisión ¡qué diferencia del día anterior! aquel infeliz ya no rugía, lloraba en silencio; al verme me dijo:—Mírame, tus ojos son luz en mi lóbrega soledad; tú no te ves tu luz, pero la tienes; todo cuanto te he maldecido, hoy quiero llorar contigo, no tengo á nadie más que á tí, necesito saber que mi condenación no será eterna.

»El llanto á veces habla más que todos los oradores del universo, porque el que llora empieza á sentir; aquel desgraciado me conmovió profundamente, cuando me pidió que le quisiera. Yo le prometí compadecer sus penas, pero él no tuvo bastante con mi compasión, quiso más, mucho más; y como hay mentiras piadosas le dije:—¿Quieres que te quiera como una madre á su hijo?

»—Sí; ámame como las madres aman á sus hijos y yo te seguiré en la eternidad.

»Me estremecí ante semejante promesa, porque aquel desventurado me hacía el mismo efecto que si fuera para mí una horrible y espantosa pesadilla; pero había que endulzar los últimos momentos de aquel desgraciado, y le hablé con entusiasmo de la continuidad de la vida, del

mucho bien que podría hacer en sus existencias sucesivas; le hablé de EL, de sus trabajos de redención, de su serenidad esperando la muerte, y él á su vez, me habló largamente del hombre-Dios, me contó sus predicaciones, sus paternales consejos, todo, todo, y hablando áquel infelíz parecía que se despojaba de su repulsiva fealdad, porque aquel hombre era muy feo, pero hablando de EL parecía otro. Al final me dijo acércate bien á la reja, el hueco que deja este barroto roto, me permitirá darte un beso en la frente, tus ojos ya los tengo aquí dentro, puesto que tengo su luz, pero necesito otro ambiente, y éste lo tendré dándote un beso.

»Mis guardianes y los suyos se opusieron á que yo me acercara tanto, yo también, (lo confieso), tuve miedo, porque nunca he creído en las conversiones rápidas, y más hechas por mí; titubeé algunos momentos, y él me dijo:—¿Te acuerdas la noche que pasaste en la cueva?

»—Sí que me acuerdo.

»—¿Y qué te sucedió?

»—Nada, nadie se acercó á mí; sola me dejaron sobre un montón de hierba seca.

»—Pues cuenta que los hombres allí reunidos no respetaban ni á sus madres, pero dieron palabra y la cumplieron de no

acercarse á tí; pues palabra te doy de no hacerte el menor daño, ¡cómo quieres que enturbie la última gota de agua que beberé en este mundo!...

»Verdaderamente conmovida, rechazando á los que me rodeaban, me acerqué á la reja cuanto pude, apoyé mi cabeza en el hueco y los labios de él buscaron mi frente, sus labios de fuego se apoyaron en ella y un beso ardiente y prolongado sació la sed de aquel infeliz, que me dijo con satisfacción inmensa:—Este beso, será nuestro lazo en la eternidad; yo me sacrificaré por tí, yo te amaré tanto como te he odiado y seré tu hijo en lo eterno.





XX

DESPUÉS de aquel acto me fuí con una impresión muy distinta de las otras impresiones que me había causado aquel pobre sér. Aquel beso tan expresivo, tan apasionado, dado por un hombre que parecía una fiera enjaulada, ¡cuántas ideas hizo surgir en mi mente! ¡cuántas!... ¡Cuántos hombres habían comprado mis caricias! ¡cuántos libertinos habían deseado mi cuerpo! y sólo dos hombres que han vivido fuera de la ley, son los que al besar mi frente han sentido un placer inmenso, despojado de todas las impurezas; ¡dos besos sin lascivia! ¡dos besos prometiendo amarme en la eternidad! aquellos desgraciados, ¿serían quizás mis deudos de mañana? ¡quién sabe!... ¿no merecería yo tener otra familia? aunque bien considerado, ¿quién era yo para desdeñar á aquellos infortunados? ¿Cómo había vivido? antes de hastiarme el placer, ¿qué papel había yo

representado en la sociedad? ¿y qué era yo en la actualidad? ¿qué familia tenía? ¡ninguna! ¿con qué derecho rechazaba mi espíritu la oferta cariñosa de aquellos dos seres que juraban amarme en la eternidad? ¿qué orgullo tan infundado me hacía creer que yo era digna de otra compañía mejor? ¿sería yo también ingrata? ¿se me había desarrollado un defecto que en mí no conocía antes? ¿ó es que siempre lo había sido y mi bajeza de sentimiento no me había dejado conocer mi flaqueza? Me perdía en un mar de conjeturas; tan pronto me veía muy pequeña, como me consideraba muy grande, y luchando conmigo misma, recorrí el camino que me separaba de mi aposento; cuando entré en él, involuntariamente miré el mueble donde estaba guardado mi traje de gala, recordé mis noches del pasado y murmuré con desaliento: Con todas mis joyas y mis adornos no conseguí el amor de ningún hombre; hoy, con mi humilde traje, con mi rostro marchito, con mis ojos nublados por el llanto, dos hombres arrepentidos de sus crímenes han jurado amarme en la eternidad; es preferible la humildad y la pobreza, si en ella se encuentran los gérmenes de la futura felicidad; ¡ser amada!... ¡vivir en otro sér! ¡en uno solo! y de aquél recibir el

aliento y la vida, ¡qué hermoso será vivir así!... Y pensando en un mañana más risueño me dejé caer en mi lecho; allí descansó mi cuerpo, ¿descansó también mi espíritu? no; en mi sueño anduve muy aprisa, y llegué hasta el fondo de un lugar encantador, una llanura inmensa y allá lejos, altos montes cubiertos de verdor, ¡cuánta vegetación! ¡cuánta belleza!... ¡cuánta lozanía! ¡qué árboles tan frondosos! ¡qué arbustos tan floridos! ¡qué enramadas tan encantadoras! al pie de una de ellas me senté y le ví venir á EL, ¡al ídolo de mi alma! ¡al amado de mi corazón! ¡qué distinto de cuando le veía en la tierra! tenía una envoltura que no puedo describir; su ropaje parecía un conjunto de trofeos, de símbolos, de alegorías de todas las edades; sus ojos brillaban más que nunca, sus cabellos agitados suavemente despedían chispas diamantinas. Yo, al verle, exclamé gozosa: Llega, llega, amado de mi alma, llega que te espero, llega para mí sola, tus ojos tienen el brillo de los soles, mis ojos todas las dulzuras del amor, ¡la luz y el amor! ¡qué unión más hermosa!

»Seguí mirando y ví que no venía solo, una muchedumbre inmensa le seguía, conforme se iba EL acercando, ¡qué fragan-

cia en las flores!... ¡qué frondosidad en los árboles!

»EL se detuvo cerca de mí, diciendo con dulce autoridad:—Acercaos, que aquí es mi despedida; joven me creéis y no lo soy, porque he asistido al despertar de muchas humanidades; no corráis que no llegarán primero al reino de la felicidad los que atropellen á los otros para llegar antes.

»¡Qué hermoso golpe de vista presentaba la llanura! ¡qué oleadas de gente! ¡qué conjunto de trajes tan extraños y tan diversos! todos querían estar cerca de EL, que los miraba sonriéndose bondadosamente, diciéndoles:—Dejad, que para todos habrá lugar; yo también quise acercarme, pero no pude moverme ni separarme de la enramada; esto me contrarió profundamente; yo quería estar muy cerquita de EL, como estaban otros, y EL á media voz, sin mirar el punto donde yo estaba, me dijo:—Calla y no murmures, eterna descontenta, que ya me oirás; su reproche me sonrojó, ¡cómo leía en mi pensamiento!... traté de moverme y al ver que podía levantarme me tranquilicé; EL, paseó sus miradas sobre la multitud y con ellas impuso silencio, entonces dijo:—Yo he venido á la tierra no á promover la

guerra, sino á implantar la paz. Yo hablo con Dios porque empiezo á comprender su grandeza; nuestro Padre es amor, Dios único nos ha creado para amar, y se va hacia EL trabajando, amando, progresando; no verán á nuestro Padre los que quieran vengarse y levanten altares á los dioses; no estarán con EL en el reino de los cielos los que turban la paz de los trabajadores sencillos que están limpios de corazón. ¡Hijos míos! ¡hijos míos! hoy me despidó de vosotros porque ha llegado mi hora; no me compadeczáis que yo no he venido entre vosotros para despertar vuestra compasión hacia mí, sino para que aprendáis á compadeceros los unos de los otros.

»La semilla que yo he sembrado se confundirá con la semilla del orgullo, del lujo y de la vanidad; pero á pesar de todo, pasará el tiempo, mas no pasarán mis palabras; allí donde hagáis el bien, allí mis palabras resonarán.

»Llévanos contigo, dijeron muchos, EL movió la cabeza como diciendo: ¡es imposible! y mirando al cielo exclamó:—Se acerca mi hora, que á algunos les parecerá terrible, esta mi hora en lo humano significará el advenimiento de otra edad.

»Los que más me amáis sufriréis el martirio, que nunca perdona el pasado al pre-

sente, si éste trae aparejado el progreso y con él la libertad.

»Me despido de vosotros diciéndoos que no sé que haya odiado á nadie ni causado daño á ningún sér de la creación, no me he ocupado más que de probaros que Dios es grande, único é inmutable; he procurado enseñaros cómo se resiste el dolor, porque saber sufrir es la ciencia de vivir; cuando yo deje la tierra no me elevéis monumentos, consagrađme vuestros recuerdos, pero que éstos no se manifiesten más que en vuestra mente, sin olvidar jamás que todos los regeneradores no llegarán al puerto de la felicidad, si no han cifrado todos sus desvelos en hacer que los hombres se amen los unos á los otros; no os apuréis por mi suplicio, apuraos por vuestra ignorancia, que es la ignorancia la que en todas las épocas se ha ocupado en levantar cadalsos.

»Habló largamente sobre las evoluciones de las humanidades, yo logré acercarme más á El, y EL me dijo:—Tu cuerpo descansa, tu espíritu está aquí temeroso de perderme pronto, después de haber dejado la tierra no busques mi cuerpo, busca mis obras, y vosotros, hijos míos, marchad tranquilos, que el reinado de la justicia hará de la tierra un paraíso, volved á

vuestros hogares, y recordad siempre que Dios es amor.

»La multitud se fué alejando y yo también, más no pude resistir al deseo de verle otra vez, y me volví para mirarle; le ví sentado en un ribazo y parecía que la tierra era su solio, le miré más y más, y escuché que hablaba con las flores y con las ramas; me sorprendió oírle hablar y EL, leyendo en mi pensamiento, me dijo con melancolía:—Sí, les hablo á las plantas que son más dóciles que los hombres, ellas dan sus perfumes, da tú el perfume de tus buenas obras.

.....

»Me desperté alegre y satisfecha, recordando perfectamente cuanto había visto y oído, salí á los jardines donde Abelín me aguardaba, que al verme gritó:—¡Gracias á los dioses que estás aquí!... y me abrazó tan estrechamente y me dió tantos y tantos besos, que al ver aquel niño tan hermoso y tan expresivo, dije: ¡qué bueno será en la tierra tener un hijo! y correspondí con largueza á las caricias de Abelín.

»Vino á turbar mi inocente felicidad el gobernador, que muy demudado y casi convulso, me dijo:—Llegó el momento, está preso.

»—¿Desde cuándo?

»—Desde ayer al anochecer.

»—¿Y qué ha sucedido? ¿se ha promovido transtorno?

»—No; El ha dicho: llegó mi tiempo, me doy por preso.

»—¿Y en dónde está?

»—Aquí, en las prisiones de este palacio.

»—¿Y qué haré yo ahora?

»—Eso digo yo; ¿qué haré ahora? estoy loco ¡prender á un hombre que vive entre los que sufren! ¡que consuela á los padres afligidos! ¡que sana á los enfermos!...

»Nos separamos y yo seguí divagando por los jardines, diciéndome á mí misma: ¡qué calma la mía! ¡ya no me muevo!... mi cuerpo me pesa, parece que arrastro una montaña de plomo; me acosté y dormí; dormí, sí, pero mi sueño no me tranquilizó.

»—Al día siguiente me dijo el gobernador: ¿quieres verle?

»—No, no; y me escondí entre arbustos en flor; ¡cuánto lloré! mi razón flaqueaba, y en mi delirio les decía á las flores: ¿por qué no cerráis vuestras corolas? ¿por qué seguís exhalando vuestro perfume? ¿no sabéis que El va á morir? ¡cielos! ¿por qué ostentáis vuestra belleza? ¿por qué no os cubrís con negros nubarrones? ¿no sabéis que EL va á dejar la tierra?

»Sentí pasos y ví pasar á muchos hombres de armas, grandes sacerdotes, altos empleados, entre ellos el gobernador, que me miró como diciendo: éste no es tu lugar. Tiene razón, dije yo, yo que puedo entrar en el templo sin que me vean, allí debía haber ido para enterarme de lo que pasaba. ¿Dónde está mi humanidad? ¿dónde mi voluntad? ¿dónde mi energía? quise andar y no pude, pero redoblé mis fuerzas y anduve, llegué cerca del templo y me pareció oír una voz que gritaba: que entre el reo; miré y nada ví, quise correr y caí desfallecida hiriéndome la cabeza, de la cual brotó mucha sangre, porque la herida fué muy honda.

»Se enteró el gobernador de mi caída y vino en seguida á verme, diciéndome:— No te conozco, ahora que debías estar más fuerte que nunca, ahora te encuentran medio muerta en los jardines, ahora que necesito de tí, es cuando más solo me dejas. Los sacerdotes quieren su muerte, hay sacerdote que él mismo le mataría, yo he procurado ganar tiempo y otro tribunal le juzgará: el Consejo Supremo.

»—¿Y si le condenan á muerte, dónde morirá?

»—No hables de muerte, mujer, que me dejas la muerte en el alma; yo agitaré la

tierra y la tierra dirá que matarán á un inocente.

»Las palabras del gobernador me dieron nueva vida, ¡qué hermosa es la esperanza! por ella se renace y se lucha, pero mi cabeza herida no me dejó por entonces luchar; tuve que resignarme á un completo reposo, en el cual pasé algunos días, hasta que por orden del médico, sostenida por dos esclavas, salí á pasear por los jardines. Cuando ví mi rostro en el cristal de una fuente me asombré: había envejecido diez años; mirándome en el agua estuve un corto rato, quería andar y oí una vocecita que me decía:—No vayas aprisa que nada tienes que hacer.

»¡Dios mío! ¡que soñando le vea! y efectivamente, aquella noche le ví rodeado del populacho comprado que le insultaba; EL estaba sereno y tranquilo aunque le amenazaban con pegarle; yo en mi sueño contuve á un miserable que acercó su mano á su mejilla, y EL me dijo:—Vete á despertar tu cuerpo; cumplí su mandato, mas lo cumplí perdiendo la razón; la ciencia se declaró impotente creyendo que mi locura era incurable...»



XXI

CUÁNTO sufrí durante mi delirio ¡qué vértigos! ¡qué arrebatos! ¡qué ataques tan violentos de desesperación!... porque yo veía cuanto estaba sucediendo sin salir de mi aposento, quería hablar y no podía, y tal era mi turbación, que no llegaba á comprender si estaba despierta ó estaba dormida, si soñaba ó era la realidad lo que veía; lo único que sabía era que sufría horriblemente, que dentro de mi cabeza parecía que tenía un yunque donde herreros incansables daban fuertes martillazos para dar nueva forma á la cavidad de mi cerebro; otras veces creía que plomo derritido llenaba por completo mi cabeza y que se derramaba copiosamente por mis ojos y mis oídos; veía en torno de mi lecho al gobernador, á su esposa, al anciano médico que en otra ocasión tanto bien le procuró á mi cuerpo, veía en todos ellos un dolor sincero, sentían en realidad mi horrible

padecimiento, y su tierna compasión me consolaba, me daba fuerzas para seguir sufriendo. No estaba sola ni abandonada, decían que era una lástima que me muriera ó que me quedase loca, porque yo era muy útil á la humanidad curando á los enfermos y propagando la buena nueva. Aquellas almas generosas corriendo un velo sobre mi pasado, solo se ocupaban de mis buenas obras; la madre agradecida recordaba la curación de su hijo, de su hermoso Abelín y las palabras sinceras de aquella mujer ¡cuánto bien me hacía! miraba mi cuerpo desplomado y me decía á mí misma: Necesito mi organismo, no quiero perderlo, no; de ninguna manera, pero cuando más decidida estaba á dominar mi atroz dolencia, le veía á EL rodeado de una muchedumbre enemiga que gozaba viéndole entre sayones; escuchaba un murmullo amenazador, unido á gritos ahogados, á sollozos comprimidos; adivinaba, más que veía, una tempestad que amenazaba destruir una parte de la tierra, y EL, sereno y tranquilo, caminaba lentamente como si le abrumara, á pesar suyo, el enorme peso de la iniquidad humana. Yo al verle le dije:—Me voy contigo, no te dejo más. EL se sonrió melancólicamente y me dijo con voz muy débil:—No vengas,

cuida de tu cuerpo, que mucho reposo necesita; y como sus palabras eran mandatos para mí, me acerqué más á mi cuerpo decidida á conservarlo á todo trance. Ya no ví nada extraordinario, me concreté á observar á mis enfermeros, que de todo hablaban menos de EL, lo que aumentaba mi dolorosa ansiedad, mi febril impaciencia, preguntándome continuamente: ¿qué le acontecerá? ¿qué harán con EL?... Al fin la ciencia, unida á mi deseo de vivir, triunfó, venciendo á mi terrible enfermedad; el anciano médico hizo prodigios, no me abandonó un solo momento, y sonrió gozoso cuando me vió levantada, débil, pero tranquila.

»El gobernador me reconvino con dulzura diciéndome: cuando más te necesito, cuando más útil me puedes ser, con tus delirios, con tus locuras, me dejas solo para luchar contra innumerables contrariedades y penosísimos deberes, que no siempre en las alturas del poder se vive gozoso y satisfecho. Te considero no como á una mujer, si no como á un amigo leal dispuesto á secundar mis planes; prepárate, pues, para marchar inmediatamente, irás bien acompañada por dos de mis mejores servidores, los que no te abandonarán y permanecerán contigo en el punto á donde irás.

»—¿Y qué he de hacer allí?

»—Ya lo verás, en cuanto veas á la persona que allí se encuentra, comprenderás por qué te he obligado á salir de aquí.

»Sin perder momento me puse en camino hasta llegar á un punto donde había una casucha miserable, medio arruinada, y en el único aposento cuyas paredes se sostenían en pié, encontré á una mujer que al verme se arrojó en mis brazos lanzando uno de esos gritos que lanzan las madres cuando ven á un hijo al borde de la tumba, ¡qué grito el de aquella madre sin ventura!... debió resonar de mundo en mundo, nunca he oído otro igual; el dolor de aquella mujer era tan inmenso, tan profundo, que se puede decir que eran todos los dolores formando un solo dolor, era esposa sin esposo, madre sin hijo, mujer sin hogar, para ella no había en la tierra un árbol que le prestara sombra; al verme se aumentó su sobresalto, yo traté de consolarla diciéndole que EL estaba muy tranquilo, que todo iba bien, pero ella rechazando mis caricias, me dijo con amargura:

»—No mientas, mujer, no mientas, no digas que todo va bien, que tú lo sabrás como yo.

»—¿El qué?

»—Que ya están arreglando el lugar del sacrificio.

»—¡Ah! no, ¡eso es imposible!

»—No, no es imposible, yo siento en mi corazón todos los martillazos que dan en aquel paraje.

»Había otra mujer en compañía de aquella madre sin ventura, y entre las dos procuramos tranquilizarla, pero todo fué en vano, todo, y más se aumentó su pena cuando vino un emisario del gobernador con la órden que inmediatamente nos trasladáramos á otro punto donde estaríamos mucho mejor.

»Nos pusimos en camino; la madre de EL iba apoyada en mi brazo; desgraciadamente encontramos á un hombre que mirándola fijamente dijo en mal hora, ¡infeliz madre!... bastaron aquellas palabras para que ella, deshaciéndose de mi brazo se tamboleara como si quisiera retroceder y cayó al suelo causándose mucho daño; yo no caí, lo que hice fué improvisar una especie de camilla con ramas de árboles, donde colocamos á la infeliz madre que no podía andar, víctima en aquellos momentos de uno de esos seres ignorantes que gozan en dar malas nuevas, cuando no son capaces de dar satisfacciones.

»Llegamos á una hermosa llanura, pero

llanura que á mí me pareció lugar pedregoso surcado de abismos, porque todo lo veía á través de mi dolor; en aquel paraje se alzaba una gran casa de campo, entramos en ella y allí encontré á muchas de mis antiguas compañeras, de aquellas infelices que yo separé de la senda del vicio. ¡Cuánto se alegraron de verme! todas me rodearon. Yo deseaba hablar con ellas, pero antes colocamos cuidadosamente á la madre de EL en un lecho; la infeliz no podía moverse, no tenía ningún miembro fracturado, pero el dolor de su alma trituraba todos sus huesos. La dejé al cuidado de varias mujeres y yo pregunté á una de mis compañeras: — ¿Qué sabes? ¿van á matarle?

»—Sí, sí; me contestó en voz muy baja, en estos momentos dicen que se consumará el sacrificio.

»—¡Ah! pues yo quiero verlo, si no despierta, dormida, y me fuí á un bosquecillo cercano seguida de mi compañera á la que dije: — Quiero dormir mi cuerpo, y luché por dormir pero fué en vano; comprendí que una fuerza extraña luchaba con mi voluntad, me declaré vencida y exclamé con amargura:— EL no quiere que le vea, si soy la última en saber su muerte, seré la primera en buscar su cuerpo;

al fin me dormí, pero no veía nada, pedí fuerzas, lucidez, ¡todo inútil!

»Pasaron dos días, y el emisario del gobernador me dijo á solas:—Ya todo concluyó, ha sufrido mucho, pero ha perdonado á todos sus enemigos, y aún ha hecho más, ha curado á uno de sus más crueles acusadores que estaba paralítico, al pasar por delante de su casa le vió á la puerta y deteniéndose le dijo:—¡Levántate y anda! y ven á ver lo que hacen los hombres del pasado con un hombre del porvenir. Muchos han llorado, muchos, que siempre se llora tarde el bien de la humanidad.

»La madre de EL, postrada en el lecho del dolor, adivinaba, presentía que el sacrificio se había consumado, pero como todos guardaban un piadoso silencio sobre lo ocurrido, y su cuerpo, debilitado y lastimado gravemente por la caída, no la permitía moverse, permaneció acostada acompañada por buenas mujeres que se disputaban el velar su sueño y adivinar sus menores deseos. Yo, que sabedora de todo temía cometer una indiscreción, sin despedirme de nadie, acompañada del emisario del gobernador regresé á la ciudad cuyos muros me parecieron más negros que nunca, las casas las creía nidos de

víboras, y las ventanas abiertas me parecían las bocas de los calumniadores vomitando infamias.

»Al entrar en mi aposento pensé mucho en EL, diciendo:—¡Aquí le he visto en mis visiones! ¡aquí le he visto y ya no le veré!... necia afirmación la mía, porque en aquel momento sin estar dormida, ví que mi estancia se iluminaba, que desaparecían sus paredes y que una atmósfera azulada todo lo invadía, y en el fondo de aquel cielo improvisado le ví á EL sonriente, más hermoso que nunca, que extendiendo su diestra me dijo con dulzura: Ve, y sigue mis huellas en el dolor, que mañana las seguirás en mi gloria; ve al lugar donde me sacrificaron que allí me volverás á ver.

»—Iré, señor, iré, para besar los rastros de tu sangre.

»Al terminar mis palabras, sin haber visto la desaparición de cuanto contemplaba, ví de nuevo las paredes de mi aposento.

»El gobernador me llamó y acudí á su llamamiento, le conté lo que había visto, y él me dijo con tristeza:—Los grandes infames siempre pueden más que los hombres de bien. Los sacerdotes, los altos dignatarios del Estado, las harapientas mu-

chedumbres compradas á buen precio, todos han formado un pacto para condenar á un inocente; la religión, principalmente, ha sido la autora de tan horrible crimen, pero su homicidio ha sido inútil, los dioses caerán, y caerán con tal estrépito que se romperán en mil pedazos, y las piedras de los altares no teniendo que sostener á los ídolos, ellas solas rodarán al abismo del olvido; mi conciencia está tranquila, un padre agradecido ha demostrado su agradecimiento, evitándole al inocente reo todas las humillaciones y los insultos de aquellos que, sumisos á mis órdenes, le hubieran martirizado sin piedad á mi más leve indicación. He procurado que su infeliz madre estuviera lejos del lugar del suplicio lo mismo que tú, que tanto le has amado y aún le amas. Leo tu intención en tus ojos, sé á dónde quieres ir, libre eres, adivino el plan de tu nueva vida, sígueme en buen hora, y acuérdate siempre que aquí dejas verdaderos amigos; mi esposa te quiere porque le devolviste su hijo, yo te quiero porque me has hecho pensar y conocer mis yerros, por tí he renacido á una nueva vida y quizá no esté lejano el día en que públicamente adore á tu Dios.

»Cuánto lloró Abelín al despedirme, ¡pobre niño! entonces no me reconvino, pa-

recía que él comprendía que algo grande y doloroso me separaba de él, ¡con qué fijeza me miró! ¡qué hermoso estaba! sin darme cuenta del por que, pensé en EL, y al niño y al hombre los uní en mi pensamiento; el hombre había cumplido su misión en la tierra, el niño aún tenía que cumplirla, ¿llegaría á ser tan grande como EL? ¡quién sabe! Abelín era muy bueno, amaba el bien sobre todas las cosas de la tierra, y en su corta edad ya era libertador de todas las aves prisioneras, el mediador con su padre para que no azotaran á los culpables y á los esclavos, era un alma todo amor, y el amor es la redención del hombre.

»Antes de partir, me detuve algunos momentos en mi estancia, puerto de salvación en mis horas de agonía, involuntariamente miré el mueble que guardaba mi traje de gala, allí lo dejé, era el ultimo vestigio de la mujer mundana: jamás cubriría ya mi cuerpo con sedas ni brocados, que otras eran mis aspiraciones y otros mis deseos; dí un adiós á todo cuanto quedaba en aquel aposento, y acompañada, por orden del gobernador, de algunos hombres de armas, me dirigí al lugar del suplicio; durante el camino me fueron diciendo mis acompañantes: Aquí se detuvo el mártir, allá se sonrió, más lejos habló á la muchedumbre;

yo escuchaba con místico recogimiento cuanto aquellos hombres me decían, hasta me parecía que era una profanación ir por el mismo camino que cruzó el hombre-Dios; al fin llegamos al lugar donde se realizó la sentencia; mis acompañantes se dispersaron y cada uno buscó una peña donde reposar; yo me senté algo separada de ellos y pensando en EL, dije: aquí te espero, cúmpleme tu promesa. Miré fijamente y á poco le ví venir, pero muy poquito, á poco; era el mismo, con sus hermosos ojos, con su lengua cabellera, con su sencilla túnica como la que usaba en la tierra, tal como le ví en la fuente, era el hombre sin el menor aparato de su grandeza divina, se fué aproximando hasta que llegó junto á mí. Yo, temiendo que se desvaneciera la visión, ni me atrevía á respirar, inmóvil, abriendo los ojos cuando podía, me preparé á escucharle, pues le ví mover los labios, y habló al fin diciéndome: —Aquí estoy; en la tierra tenéis el mal de creer que se muere; mujer, mírame bien, no muere el hombre porque le asesinen; el hombre queda porque quedan sus obras, porque subsisten sus ideales, que á través de los siglos florecen y dan fruto. Tú has venido á este lugar para borrar con tu llanto el rastro de sangre que debió dejar mi

cuerpo, y te asombra y te maravilla porque no ves sangre por ninguna parte, mírame bien y la verás sobre mí, pero esta sangre que tú ves en mi cuerpo no es la mía, es la sangre que verterán mis verdugos cuando mañana defiendan mis ideas y mueran por ellas. Mira, mujer, levántate, me han insultado, porque no saben lo que dicen, me han calumniado porque no me conocen, me han dado muerte porque ignoran que el hombre no muere; no les guardes rencor á mis verdugos, no les odies ni les tengas mala voluntad, porque ellos han hecho lo que tú has hecho otras veces, también por tí murió un hombre inocente de todo pecado; no tenía otra culpa que amar á la humanidad como yo la he amado. Levántate, vé y dile al mundo que me has visto, que me has oído, dile á los que me seguirán que cuando me necesiten irá con ellos y con ellos trabajaré, que no he muerto porque viven mis obras, porque desde la noche de los siglos vengo trabajando en el engrandecimiento de la humanidad y seguiré trabajando eternamente porque eterna es la vida, eterno el amor de Dios y eterna su sabiduría.

»Esto dijo el hombre-Dios, y con la misma lentitud que se fué aproximando á mí, con la misma lentitud se alejó sonriendo

como sonríen los mártires, contentos de sus hechos, gozosos por su sacrificio.

»Pregunté á mis acompañantes si habían visto al mártir, y varios de ellos renegaron y blasfemaron por haberse dormido con sueño extraño, durante el cual habían visto ríos de sangre, montañas de fuego y muchedumbres degolladas. Me acusaron de haberles embrujado puesto que durmieron contra su voluntad, y yo les dije: volved á la ciudad que ya no os necesito, y decidles á todos cuantos encontréis que ha resucitado el hombre-Dios.

»Cuando me quedé sola, me sentí ágil y fuerte, y hablando conmigo misma exclamé: Esta noche descansaré en el primer pueblecillo que encuentre, allí preguntaré sobre su muerte, me darán detalles de su cruel suplicio y entonces yo les diré lo que EL me ha dicho, y evocando su recuerdo curaré enfermos, daré creencias á los desesperados, les hablaré de los cielos á los desvalidos, haré de la noche día, y todas las horas, todas, las emplearé en practicar el bien, no quiero perder un solo segundo; y entoncés oí la voz de EL que me decía: Dios dá el tiempo para que se curen sus hijos que se han hecho daño, no corras tanto, mujer, que el tiempo es una tela con

hilos tan delgados, que se rompen fácilmente si el urdidor no trabaja muy despacio, y pierde el tiempo todo aquel que trabaja muy aprisa.»





XXII

DESPUÉS de un descanso breve, como si hubiese pasado por una crisis beneficiosa, por una de esas crisis violentas que resucitan á un muerto, parecía que las fuerzas de mi cuerpo renacían con más vigor que nunca, y mi entendimiento, como si entonces comenzara á funcionar, no recordaba mi horrible pasado, una nueva vida me brindaba sus anchos caminos y sus dilatados horizontes, lo único que recordaba eran las palabras de EL, *que pierde el tiempo todo aquel que trabaja muy aprisa.*

»Es verdad, me decía á mí misma, yo debo trabajar despacio porque no quiero trabajar en vano; quiero ser grande, quiero ser buena, quiero ser útil á la humanidad; y para conseguirlo he de vivir la vida de la esperanza, la vida del amor universal; practicaré, aunque embrionariamente, las virtudes de los buenos, quien me llame

me encontrará, curaré á los enfermos que reclamen mi auxilio, aconsejaré á los atribulados, consolaré á los desvalidos, acompañaré á los abandonados. ¡Se puede hacer tanto bien!... tanto, que la eternidad con no tener fin, es corto tiempo para desarrollar todas las actividades de un espíritu en bien de sus semejantes; como el alma es amor, pues por amor ha sido creada, el raudal de su ternura es inagotable; en todas las edades el hombre puede ser útil, basta querer serlo y á mí me sobraba la voluntad; con auxiliar tan poderoso pronto me puse en relación con muchos de los que habían seguido al hombre-Dios y habían presenciado su cruento sacrificio, estudiando en ellos los efectos causados por la predicación de *Aquel* que tanto había amado á la humanidad.

»Desgraciadamente eran los menos los que le habían comprendido, la mayoría se habían fanatizado y le adoraban, preguntándome muchos de ellos si yo creía que EL era Dios, á lo que les contestaba: que aquel hombre, comparado con nuestras miserias, con nuestros egoísmos, con nuestra perversidad, efectivamente en parangón con nosotros era un Dios, pero... no era Dios, porque éste era superior á todo lo creado. Dios era la luz, era la savia de

la naturaleza, era el todo viviendo en el todo.

»Siguiendo á la multitud, me dirigí á las orillas de un caudaloso río, donde se celebraban ceremonias religiosas para honrar la memoria de unos héroes que habían muerto matando á los que no adoraban á sus ídolos.

»¡Qué mundo tan triste! para los fanáticos el aplauso, para los hombres virtuosos el desprecio primero, y el martirio después...

»Pensativa y pesarosa seguía á la muchedumbre que acude á todos los lugares donde se celebra algo extraordinario, fuí encontrando á muchos de los míos con los cuales cambiaba miradas de inteligencia; un anciano de lengua barba me dijo con triste acento:

»—Los sacerdotes se creen más grandes que Dios, ¿no lo crees tú así, mujer?

»La voz de aquel hombre, bien ataviado, me hizo estremecer, me parecía que no era aquella la primera vez que aquel hombre me hablaba; él leyó en mi pensamiento y prosiguió diciendo:

»—Tus ojos me dicen que crees lo que yo creo, ¿no me conoces? ¿no me recuerdas? ¿tan cambiado estoy? Es verdad que he sufrido mucho, y el sufrimiento enve-

jece más, mucho más que los años; soy el antiguo dueño de la granja donde comenzó tu redención.

»¡Qué alegría tan inmensa experimenté! aquel hombre me recordaba los días más grandes de mi vida; cuando por mi propio esfuerzo rompí las ligaduras que me unían al vicio y á la holganza y amé el trabajo, el aislamiento y la virtud; él comprendió cuanto por mí pasaba, y me dijo con dulzura:—¿Qué haces aquí? aquí se celebran honras para los que han muerto matando á los débiles y á los indefensos, no presenciemos este acto de injusticia, vámonos más lejos, yo sé donde hay una choza inhabitada y en ella nos resguardaremos de los ardientes rayos del sol.

»Apresuramos el paso, yendo siempre por la orilla del río, hasta llegar al punto indicado por mi compañero que era un cobertizo formado con frondoso ramaje; entramos y sobre haces de hierba seca nos sentamos, ¡qué hermoso panorama se descubriría desde allí! era un lugar deliciosísimo; mi compañero y yo sentimos la dulce influencia de aquel paraje que hablaba al alma, la emoción nos embargaba, hasta que él dijo:—Llora, mujer, llora y hablemos, ¡tenemos tantas cosas que decirnos! ¡hemos sufrido tanto!

»¡Cuánto hablamos! ¡cuánto! él me contó muchos pormenores que yo ignoraba, y yo á mi vez le dí cuenta de otros sucesos que él desconocía por completo. Yo, al verle tan comunicativo, me animé, le conté lo que pensaba hacer, y le dije por último:—Una mujer sola en el mundo, aunque la inspire un redentor, parece una hoja seca impelida por el viento. ¡Estoy tan cansada de vivir sola! me decís que ya no tenéis á nadie en el mundo, yo tampoco, ¿y los demás que trabajaban con vos?

»—Tenemos que trabajar separados porque desde que EL murió, todos sus discípulos riñen, es decir, reñimos continuamente, porque todos quieren ser los primeros; cada uno quiere ser su representante en la Tierra, y esto ocasiona desavenencias, ruidosos altercados y desunión completa.

»—¿Y á EL no le habéis visto? yo sí lo he visto.

»—No, mujer, tú deliras, yo no le he visto, y si EL se apareciera, no sería á una mujer, que al fin y al cabo fué una mujer perdida.

»¡Cuánto me hirieron las palabras de mi compañero!... Me bebí mis lágrimas y ahogué mis sollozos, y él comprendió el daño que me había hecho, diciéndome: No

te aflijas, mujer, no te aflijas, ya sabes que yo digo lo que siento sin idea de ofender ni á tí ni á nadie; pero créeme, no digas á nadie que lo has visto; que eres impostora sin quererlo ser, no lo digas, que serías piedra de escándalo; si á alguien se hubiera presentado, indudablemente yo tenía que ser el preferido, pues por EL sacrificué familia, bienes y cuanto tenía. ¡Qué gloria, mujer, si yo le pudiera ver; pero eso, eso... es imposible!

»Yo, en tanto que mi compañero hablaba, le pedía á EL que se presentara, y efectivamente, se iluminó la choza con una claridad muy distinta de la del día, y apareció EL, ¡qué hermoso estaba! mi compañero palideció, ahogó un grito de asombro y se levantó maquinalmente extendiendo los brazos como si quisiera tocar aquella hermosísima figura; EL sonriéndose dijo: —Aquí estoy, y aquí estoy porque esta vida es mía, y nadie me la puede arrebatar, es el producto de mi trabajo, de mi constancia, de mis esfuerzos en bien de la humanidad; la naturaleza es la servidora de las almas y de ella tomo los elementos necesarios para reconstituir la figura con la cual me habéis conocido ahora.

»—¡Señor! ¡tú eres Dios! y mi compañero se arrodilló ante EL.

»—No, yo soy un hijo de Dios; Dios es el amor supremo, es la ley, es la justicia, es la sabiduría, yo soy uno de sus hijos, levántate, mi fiel amigo, y diles á los que en mí creyeron que no pasen el tiempo pensando quién será el *primero*, que serán los *primeros* los trabajadores de buena voluntad y serán los últimos los perturbadores del amor universal. Mi fiel amigo, acompaña á esa mujer en su peregrinación por la tierra, que ha sufrido mucho y merecedora es ya de encontrar un alma generosa que le preste apoyo.

»Dicho esto desapareció, y mi compañero, absorto, sin saber lo que le pasaba, me miró y me dijo: Tenías razón, mujer, perdona mi ofensa, ven conmigo y yo seré para tí un padre cariñoso, ya no estarás sola, nos aconsejaremos mutuamente y en nombre de EL, haremos cuanto podamos en bien de la humanidad.

»¡Cómo se animó mi alma con tan dulce promesa! Emprendimos la marcha y anduvimos muchos días, ¡con qué entusiasmo predicaba mi compañero! sus palabras eran sentencias y la multitud le escuchaba atentamente cuando él decía:—¡Despierten los pueblos! ¡despierten á la vida de redención! ¡á la vida del trabajo! ¡á la vida del

mutuo sacrificio! ¡á la vida del progreso y del amor!

»Cuando encontrábamos enfermos, si eran hombres él les decía: ¿queréis curaros? pues sanos quedáis porque yo lo quiero y vosotros me ayudáis con vuestro deseo. Y sin imposición de las manos, sólo con mirarles fijamente quedaban curados; si eran mujeres, yo á mi modo las aliviaba y hasta las curaba, y siempre pensando en el bien llegamos á una ciudad donde debíamos reunirnos muchos de los que le siguieron hasta el lugar del sacrificio; entre ellos estaba el anciano médico que me curó, ¡cuánto me alegré de verle! era muy bueno. Nos reunimos, empezó la discusión y uno de los asistentes preguntó:

»—¿Quién será el representante de EL en la tierra?

»—EL ha dicho (dijo mi compañero), que serían los *primeros los trabajadores de buena voluntad, y serían los últimos los perturbadores del amor universal, que serían los primeros los virtuosos y serían los últimos los que pusieran guerra entre pueblo y pueblo.*

»—¿Y á quién ha dicho eso?

»—A esta mujer y á mí, que conmigo va cumpliendo su mandato.

»—¿A vosotros, eh? ¿y los demás no son dignos de oírle?

»—EL ha dicho que acudirá siempre que le llamen: Señor, Señor, yo os pido que vengáis.

»Las palabras de mi compañero causaron diversas impresiones; se miraron unos á otros, y sus miradas revelaban en unos el asombro, en otros el miedo, en los menos el deseo de verle, todos enmudecieron y vieron una niebla luminosa que se deshizo cuando EL apareció; apareció andando, se detuvo en medio de todos (que temblaban la mayor parte), y les dijo sonriendo:—Aquí estoy, miradme bien, aquí estoy, acercaos á mí y ved si soy yo.

»Los más resueltos se acercaron y los más tímidos siguieron su ejemplo; el círculo se estrechó hasta el punto de que le podían tocar perfectamente, y EL abriendo su ancho ropaje, se le vió que debajo llevaba la túnica del sacrificio manchada de sangre; y EL les dijo:—Esta sangre que veis no es mi sangre, es la vuestra, porque aun necesita más sangre la humanidad para regenerarse.

»Todos callaron, yo no me acerqué, y EL dijo:—Acércate, mujer, y no olvides mis palabras, para que la humanidad sienta y crea, hacedle beneficios. Yo volveré

entre vosotros cuando pasen los tiempos prefijados, y volveré, no para buscar á los que me idolatren, sino á los que trabajen en mi nombre; y extendiendo sus brazos formó con ellos un arco iris, el arco luminoso se agrandó rápidamente y mientras contemplábamos aquella maravilla celeste EL desapareció.

»Muy provechosa fué su aparición, porque los ánimos se apaciguaron, los envidiosos calmaron sus rencores al ver que EL no tenía preferidos, que todos le habían visto, que todos habían tocado su túnica del sacrificio. La reunión resultó beneficiosa, se suavizaron asperezas, se acortaron distancias, se habló y se discutió razonablemente, y se decidió al fin que debíamos diseminarnos para seguir la obra comenzada por EL, porque todos juntos seríamos sospechosos para la tranquilidad pública; en parejas de dos y en grupos de tres, se fraccionó aquella gran masa de hombres dispuestos, en su mayoría, á morir defendiendo su causa; íntimos amigos, compañeros de la infancia, parientes muy cercanos, se dieron el último adiós para emprender cada cual su apostolado, su trabajo de redención. Algunas lágrimas se derramaron, que no hay sacrificio que no se bautice con el llanto; todos convinieron

en ir á lejanas tierras, pues en aquellos lugares ya nada teníamos que hacer; EL lo había hecho todo; después de su martirio, aparecíamos todos tan pequeños, que empequeñecíamos su obra; EL era el Sol, y los demás, fuegos fátuos. Dimos un adiós á aquellos lugares que EL había recorrido, y nos dispusimos mi compañero y yo á emprender un largo viaje, y contemplando aquellas montañas y aquellos valles, dijo mi compañero:—Mujer, todo lo que EL dispone está bien dispuesto y estoy contento de tenerte junto á mí porque nos prestaremos aliento mutuamente, y si hemos de ir al sacrificio, ¡qué mayor gloria que morir por EL!

»—No, no; hemos de evitar sacrificios inútiles; EL no quiere que se derrame sangre, EL quiere que instruyamos á la humanidad. EL no quiere que formemos una legión de mártires para que nos adoren después; acordaos de lo que EL dijo: *Yo volveré entre vosotros cuando pasen los tiempos prefijados, y volveré, no para buscar á los que me idolatren, sino á los que trabajen en mi nombre.*

»—Pues también dijo enseñando su túnica manchada de sangre: *Esta sangre que véis no es mi sangre, es la vuestra porque*

aún necesita más sangre la humanidad para regenerarse.

»—Pero al decir esas palabras, ¡cuán triste era su entonación! lamentaba el tris-tísimo estado de la humanidad, que aun necesitará por largo tiempo de verdugos implacables y de víctimas inocentes, y nosotros debemos procurar hacer desaparecer, con racionales enseñanzas, los códigos infamantes que matan sin compasión y conservan, con sus crueles procedimientos, la ignorancia del pueblo. No lo creáis, no; después de su muerte nosotros debemos enseñar su doctrina de amor, de mansedumbre, de tolerancia; yo tengo la intuición que su sacrificio no dará fruto sino después de muchas evoluciones sociales. No seremos nosotros los continuadores de su obra, los que lograremos hacer comprender al pueblo lo que EL valía, no, lo estoy viendo; ahora porque le hemos visto á EL, se han acallado un poco las ambiciones; útil ha sido la separación de los adeptos; pero habrá más de uno que se llamará representante de EL en la tierra. Evitemos el derramamiento de sangre, amigo mío, no queramos herir de frente á los que nos pueden asesinar. Yo no puedo explicar lo que siento, lo que adivino, lo que veo en el porvenir; pero tengo la íntima convic-

ción de que los continuadores de su obra no seremos dignos de EL.

»—Pues yo sí creo que lo seré; mientras EL estuvo en la tierra fuí su amigo fiel. EL lo ha dicho, recuerdo que dijo: *Levántate, mi fiel amigo*, pues fiel seré á su memoria dando mi vida por EL.

»—Dad vuestras enseñanzas y será mejor, dad vuestro ejemplo practicando buenas obras, y no queráis que la humanidad se manche con un crimen más; es necesario hundir los cadalsos, porque mientras éstos se levanten, la humanidad no reconocerá la grandeza de Dios.»





XXIII

Mi compañero y yo fuimos á muchos puntos habitados; él era el que llevaba la palabra y en verdad que por él hablaban otros seres más adelantados, pues no era su educación ni su instrucción la que producía aquel torrente de arrebatadora elocuencia, estaba inspiradísimo, y estaba tan poseído de su papel y tan satisfecho de su misión, que soportaba heroicamente todas las privaciones y molestias de un interminable viaje, no perdonando medio ni ocasión propicia para hablar de *Aquel* que tanto amó á la humanidad.

»Muchos nos brindaron sus hogares para descansar por largo tiempo, otros querían seguirnos en nuestra peregrinación, pero él no quería formar tribu y les decía:—Reuníos en nombre de *Aquel*, pero sin hipocresía, sin intención de lucro, pensad únicamente en amaros (si podéis) y si no os sentís inclinados al bien, no os

reunáis. Son muchos los que piden y pocos los que desean. Son muchos los que nos escuchan y después nos critican. No lo extraño (le decía yo), siempre entre los hombres y las mujeres habrá misterios y debilidades.

»¡Cuánto anduvimos! ¡cuánto! pero nuestro trabajo era fructífero, porque hicimos curaciones asombrosas; él parecía que daba la vida con sus palabras, y yo con la firme voluntad de curar en nombre de EL, devolvía la salud á muchos enfermos y la satisfacción íntima que experimentábamos mi compañero y yo, al ver que nuestros afanes eran coronados con el mayor éxito, nos daba fuerza y resistencia bastante para no desmayar en nuestra empresa, muy en particular á mi compañero, que nunca se encontraba cansado; á mí á veces el cansancio me rendía y le preguntaba á él:—Pero, ¿siempre andaremos?—Siempre, ¡el mundo es tan grande! quiero ver el mar, ¡hace tanto tiempo que no lo veo!... ¿has visto el mar?—No, le decía yo, solo grandes ríos.—¡Ah! pues el mar es hermosísimo, es la imágen de Dios, solo el mar nos habla del infinito, cuando el Sol lo ilumina, cuando la luna se mira en sus aguas, cuando la tempestad ruge, cuando la bonanza sonrío, en todo tiempo

el mar es maravilloso, tiene todos los colores, todas las bellezas, todas las grandezas que el hombre puede soñar, y quiero verlo otra vez, quiero verlo.

»Después de una larga jornada hicimos noche en un pueblo rodeado de montañas, de hondos precipicios, de sombríos bosques y espesos matorrales; era un lugar triste, muy triste, sus habitantes eran hospitalarios y nos dieron albergue con muy buena voluntad; mi compañero y yo descansábamos siempre en habitación separada, y aunque la murmuración se cebaba en nosotros, era bien injustamente, porque aquel hombre estaba tan desprendido de los deleites de la carne, que solo pensaba en hacer prosélitos para que adorasen á nuestro Dios, y yo por mi parte, agostada por el sufrimiento, avergonzada por mis extravíos, tenía tanta sed de consideración social, que gozaba en aquella vida en la cual solo pensaba en EL, en mi Dios, porque para mí era Dios el amor de mis amores; había vivido tan humillada, que el verdadero respeto que me guardaba mi compañero me llenaba de íntima, de profunda satisfacción, y comprendía que gracias á EL, comenzaba á sentir el tranquilo placer de la virtud y las sonrisas maliciosas de los unos y las palabras intenciona-

das de los otros, aunque me mortificaban; como yo sabía del modo que vivía, decía entre mí gozosa: No es verdad, mi conciencia está tranquila, solo le amo á EL, con EL sueño, en EL espero, en EL confío, mi cuerpo se agita en la tierra, pero mi alma está muy lejos de aquí.

Siguiendo la costumbre establecida, mi compañero se acostó en un paraje y yo en otro bastante separado. Me dejé caer sobre un blando montón de hierbas aromáticas y aquel suave perfume me reanimó hasta el punto que, á pesar de sentir un gran cansancio me desvelé por completo y comencé á sentir esos extraños ruidos que se sienten en el campo y sobre todo cerca de los bosques, donde viven tantos seres ocultos entre las malezas y la hojarasca. Me llamó la atención entre tantos ruidos diversos, una especie de gemido hondo, muy hondo, seguido de una hueca carcajada, presté toda mi atención creyendo que era una alucinación de mis sentidos y volví á oír el gemido y la carcajada; me levanté maquinalmente y me acerqué á una pequeña abertura que había en la pared, por la cual ví un pedacito de cielo muy estrellado; como los gemidos continuaban, decidí salir al campo y como mi estancia estaba separada de la parte prin-

cial de la casa y tenía una puerta que daba al camino, sin temor de molestar á nadie, salí decidida á ver quién era el que se quejaba y se reía á la vez, siendo su risa más dolorosa aun que su lamento.

»Mucho me costó orientarme, primero porque no conocía el terreno, segundo porque aunque las estrellas brillaban espléndidamente, no daba su fulgor la luz necesaria para distinguir bien los objetos, y tercero, porque tan pronto se oía el gemido muy cerca, como retumbaba la carcajada muy lejos. Dando vueltas, avanzando y retrocediendo, encontré por fin una vereda defendida por ambos lados por zarzas espinosas en las cuales se desgarraba mi túnica y mis manos; pero avancé por ella porque comprendí que era el camino más recto para encontrar al que tan amargamente se quejaba; oí más cerca aquel grito aterrador y aquella siniestra carcajada, y entré en un bosque segura de encontrar al que buscaba, pensando si sería un loco el que se quejaba y se reía; continuaron los lamentos y yo dije en alta voz:—¿Quién necesita mi auxilio? ¿quién sufre? el que sufra que se acerque; mi voz retumbaba de un modo asombroso, y el eco repetía mis palabras del modo más extraño, porque tan pronto parecían un

murmullo de la brisa como el ronco grito de la tempestad. Yo estaba aturdida de oirme á mí misma, y más me aturdí cuando oí una voz muy cercana que decía: —¿Quién me busca? el que me busca que se vaya, porque yo mato como el rayo, y no quiero matar más.

»Yo seguí avanzando, porque mi carácter aventurero amaba el peligro, lo buscaba, y con la mayor osadía al ver una sombra, (que á mí me pareció gigantesca) dije: Aquí estoy, ¿qué tenéis? ¿por qué os quejáis? la sombra entonces lanzó una carcajada interminable, y sin explicarme el por qué, pensé inmediatamente que la sombra y yo nos conocíamos.

»Esperé á que se calmara, y le dije:

»—¿Habéis perdido la razón?

»—Sí, la he perdido, pero tú me hacías falta, ya te tengo, y ahora no podrás como la otra vez detenerme.

»Aquellas frases fueron un rayo de luz para mi ofuscada inteligencia; recordé entonces á Isac, al miserable que vendió á mi Dios, ¡Dios mío! está loco, ¡infeliz! ¡infeliz!...

»La sombra se adelantó y ví sus ojos que parecían de fuego; verle más de cerca y sentir renacer en mí la ira más terrible y el odio más implacable, fué obra de un

segundo; y dominada por el furor le dije: —Qué, ¿quieres matarme? ¿no te basta haber asesinado al hombre-Dios? ¿al ideal de mi vida? mas no me matarás, no; esperemos al nuevo día, necesitamos vernos para gozar en nuestro exterminio, porque al mirarnos nos destruiremos el uno al otro; matar sin ver es la mitad del goce.

»—Sí, sí; tienes razón, te odio tanto que necesito verte para completar mi obra, esperemos el nuevo día; y comprendí que se dejó caer. Yo no sabía lo que me pasaba; parecía que plomo derretido circulaba velozmente por mis venas, todos mis malos instintos reaparecieron, pensaba únicamente en destruir á aquel miserable, quería vengar la muerte del hombre-Dios y pedía fuerzas hercúleas para destrozarlo; en qué estado estaría mi ánimo, que me dejé caer sobre un montón de zarzas cuyas espinas se clavaban en mi carne y no sentía el menor dolor, no hacía más que mirar al cielo esperando ansiosa que la luz del alba difundiera su dulce claridad; y apenas comenzó á clarear nos levantamos, nos miramos frente á frente y le dije con todo el odio que por él sentía: ¡Maldito!... ¡maldito seas.

»El se acercó á mí con ademán terrible lanzando espantosas amenazas; yo tam-

bién le amenazaba ciega de ira, le miraba y crecía mi furor, retardaba el golpe gozando en el próximo exterminio, y al dar un paso con la idea de estrangular á aquel miserable, me quedé inmóvil, porque oí la voz del adorado de mi alma que me decía: —¡Insensata! ¡insensata! ¿te he dado yo la fuerza para matar? Respétale, que es un infeliz, es un miserable como fuiste tú, no es él el que me ha llevado al sacrificio, es la ignorancia de los hombres, el egoísmo de los poderes, la ambición de los acaparadores, un crimen es solo el resultado de muchos crímenes.

»Las palabras del hombre-Dios las oía perfectamente, y sin embargo, no me conformaba con no matar; la fiera humana estaba hambrienta, y no se saciaba con palabras. Isac estaba inmóvil como yo; parecíamos dos colosos petrificados por una fuerza desconocida. Isac luchaba para avanzar y no podía, diciendo al fin:—Te prometí que hoy sería el último día de tu vida, mas tú estableces algo entre los dos que me detiene y desarma mi brazo: Conozco, sin embargo, que tú y yo tenemos los mismos deseos de destruirnos el uno al otro, esperemos á recobrar nuevas fuerzas, no nos demos por vencidos; sigamos

juntos, que el choque de dos piedras al fin produce fuego.

»Yo quería marcharme y no podía, así es, que desahogué el furor de mi impotencia insultando á Isac con la mayor rabia; él por su parte no perdía el tiempo, sacó á relucir mi pasada vida y parecíamos dos fieras rabiosas; hasta que oí de nuevo la voz de EL, que me decía:—¿Así perdéis el tiempo? ¡desgraciados!... entonces quise andar y me caí, y al caer, ví que Isac caía cerca de mí como herido de un rayo; ví los dos cuerpos llenos de sangre, mezclábase la sangre de Isac con la mía, y sufrí horriblemente al ver que los dos manantiales rojos iban á parar al hueco de una peña, confundida su sangre con la mía ¡qué vergüenza! ¡qué oprobio! ¡qué horror!... la sangre de aquel miserable y la mía componían un licor rojo, ¡se confundía la substancia de nuestra vida!... ¿sería también una nuestra infamia? esta idea me enloquecía, mi sufrimiento era inexplicable hasta tal punto, que luchaba mi espíritu por separarme de aquel lugar hasta que oí la voz de EL que me decía:—Mujer, levántate y no vuelvas á ver ese hombre, eres buena para idolatrar, pero no eres buena para perdonar.

»Tan aturdido y obcecado estaba mi

espíritu, que no lograban sus palabras hacerme comprender mi torpeza; había descendido nuevamente al abismo de todas las más bajas pasiones y no tenía fuerzas para salir de él, necesitaba ver al hombre-Dios y así debió EL comprenderlo porque de pronto se iluminó el espacio y le ví á EL junto á mí, diciéndome:—Mujer, levántate; al mismo tiempo le dió la mano á Isac y le dijo:—Anda, no tengo yo la culpa de que seas tan pequeño, no te suicides, tu crimen no es el más grande que se ha cometido, es un crimen como los demás crímenes.

»Isac y yo nos miramos y él me dijo:—Estoy como atontado, creo que he visto á tu Dios. EL nos separa; mi odio hacia tí no sé por qué se ha entibiado, y mirándome de un modo indefinible se alejó lentamente; al fin desapareció y entonces oí otra vez su horrible carcajada, pero antes que ésta resonara escuché la voz de Isac que me decía desde lejos:—Nos veremos otra vez donde los tormentos no se acaban; el eco repitió sus palabras y después su espantosa carcajada y un grito de agonía, una maldición dirigida no sé á quién y luego... luego un ruido sordo, como si un cuerpo chocara contra las piedras y fuera rebotando hasta llegar al fondo del

abismo. Al creer que habría muerto tuve deseos de verle, encontré heróico su procedimiento y en la perturbación de mis sentidos exclamé; ¡qué hermoso estará!... ¡Ay! ¡con cuánta facilidad descendía mi espíritu! no era digna de que EL velara por mí.

»Resuelta á regresar al punto de donde salí, no sabía qué senda tomar, cuando oí la voz de mi compañero y de otros hombres que me buscaban, los que azuzaban á sus perros para que olfatearan mi rastro. Era la primera vez en mi vida que al perderme me buscaban, y aquella muestra de compasivo interés por parte de mi compañero, me conmovió profundamente. Este, me riñó con aspereza pidiéndome explicaciones de aquella salida tan extemporánea; yo avergonzada de lo ocurrido, dije que había tenido una visión y había visto á un hombre dispuesto á morir y había corrido en su auxilio perdiéndome en la espesura sin poderlo encontrar. Ya le habrán encontrado las fieras, y es muy extraño que no haya sido víctima esa mujer, — dijo uno de aquellos hombres que habían salido en mi busca.

»Mi compañero dispuso que me dieran alimento y me retirara á descansar, porque daba pena verme con la túnica desga-

rrada, manchada de sangre por la mucha que me habían hecho verter las punzantes espinas de las zarzas al clavarse en mi carne. A mí misma me avergonzaba verme en aquel estado tan miserable, diciendo con amargura: ¡Cómo he retrocedido!... Me acosté, y durante mi sueño le dije á EL: perdóname, odio á aquel hombre porque te entregó á tus verdugos, odio á Isac porque te calumnió infamemente, y entonces... no ví á EL como le había visto siempre, oí su misma voz pero se presentó bajo otra figura allá... muy lejos... en lontananza, tan lejos que me costaba mucho trabajo verlo hasta que me fijé mucho, entonces ví muchos arcos iris formando bóvedas y columnas; en aquel templo luminoso había un hombre anciano, más anciano por las penas, que por los años; á sus pies estaba Isac, la figura de aquel hombre era verdaderamente magestuosa, extendió su diestra y con el índice señaló á Isac diciéndome: ¿Tú no perdonas? pues yo sí, yo siempre he perdonado á mis enemigos, por eso á tí te perdoné hace muchos siglos, y siempre resonará mi voz en tus oídos diciendo: ¡te perdono!»



XXIV

REPARADAS mis fuerzas y concluído nuestro trabajo en aquel lugar hospitalario, me dijo mi compañero:—Seguiremos nuestro camino y no quiero que te separes de mí sino las horas indispensables para el reposo; y te advierto que te prohíbo terminantemente que salgas á ninguna hora sin mi permiso, pues con tus caprichos y tus locuras, y tu carácter aventurero, provocas disgustos que te dejan en muy mal estado; agotas tus fuerzas sin recordar que necesitas hacer uso de ellas en bien de tus semejantes.

»Como mi compañero hablaba con sobrada razón, yo enmudecía, y enmudecía por respeto y al mismo tiempo porque en realidad me faltaban las fuerzas en absoluto; notaba en mi cuerpo un cansancio extremado, y en mi alma una pena profundísima, mi encuentro con Isac me había he-

ruido de muerte; la bajeza, la vileza, el ruín proceder de aquel miserable, habían despertado mis malas pasiones, adormecidas por mis propósitos de enmienda. Mas ¡ay! que cuando se ha vivido entre el cieno, éste sube á la superficie en cuanto se arroja sobre su fondo la piedra del odio. ¡Cuánto me avergonzaba el recuerdo de la escena del bosque! cuando ni la voz de EL conseguía calmar mi rabiosa ira ¡qué bien me comprendía EL! era buena para idolatrar, pero no era buena para perdonar: y lo peor del caso era que confusamente, sin poderme dar cuenta de lo que sentía, al decirme EL, que siempre resonaría su voz en mis oídos diciéndome *¡te perdono!* y que ya me había perdonado hacía muchos siglos... ¡Que me había perdonado! prueba innegable que yo le había ofendido á EL, ¡al justo! ¡al bueno!... ¡al sabio!... ¡qué vergüenza!... ¡qué oprobio! ¡qué horror!... y como la carga que más pesa es la de nuestra inferioridad, la de nuestras miserias, había momentos que materialmente no podía dar un paso, ¡me abrumaba el peso de mi infamia! Mi compañero lo comprendía y redoblaba sus paternas atenciones diciéndome:—Trabaja en bien de tus semejantes y verás como se aligera el peso de tu pasado.

»Yo bien quería trabajar, pero... no po-

día. Llegamos á otro punto y fueron tomados nuestros trabajos en gran consideración; especialmente los de mi compañero, porque yo aunque le pedía fuerzas á EL, ni oía su voz, ni le veía, justo castigo á mi perversidad. EL me habló bien alto y desoí su voz; ahora que le llamaba no respondía. Mas... otra sería la causa, porque EL perdonaba siempre; ¿sería que mi cuerpo se preparaba para dejarse caer en la fosa? Mi compañero, en medio de su habitual rudeza me miraba á veces y me decía:—No quiero que te *vayas*, deja, que cuando contemples el mar, te sentirás renacer. ¡Oh! sí, sí; renacerás.

»Tanto afán tenía mi compañero de llegar al término de su viaje, que dejó la propaganda de nuestra doctrina para mejor ocasión, y no descansando más que lo yo necesitaba, avanzamos bastante hasta llegar al pie de una colina; subimos la pequeña altura y mi compañero al ver el mar lanzó un grito de inmensa satisfacción, diciendo: Ya he realizado mis deseos. ¡Gracias á Dios!...

»Yo, por mi parte, miraba y no veía; una espesa niebla cubría mis cansados ojos, mi compañero lo advirtió y mirándome fijamente me dijo:—¡Yo quiero que veas! y un poquito después miré y... ví el mar que

todo me pareció cielo, agua y horizonte; quedé maravillada, y mi compañero entusiasmadísimo me decía:—El mar encierra preciosidades admirables; hay en su fondo vegetaciones que parecen los rizos de los ángeles que deben poblar los cielos.

»Vinieron á encontrarnos dos hombres que abrazaron á mi compañero estrechamente, llorando los tres en silencio; yo también lloré con ellos comprendiendo que lloraban lamentando la muerte del hombre-Dios.

»Me llevaron á una casita situada á la orilla del mar, aquella casita parecía el emblema de la poesía: Habló mi compañero contando lo acontecido á raíz de la muerte del hombre-Dios; las divisiones y las rencillas entre sus adeptos por ver quién sería el *primero*; demostró lo útil que sería unirse para trabajar y no para reñir por obtener honores mundanos; sus oyentes estuvieron conformes con él, y todos juraron ser fieles á la memoria del hombre-Dios. Yo mientras tanto miraba el mar y al chocar las olas contra las peñas me decía á mí misma:—¿Ves? ahí dentro también hay dolores; esas gotas son otras voces del infinito contando la historia de las generaciones; ahí dentro deben haberse desarrollado escenas terribles, se habrán

vengado antiguos odios ¡si ahí nos hubiéramos encontrado Isac y yo!... ¡qué horror!

»Nos quedamos en aquella poética casita; yo no pude dormir escuchando el continuo rumor de las olas; al fin abrí una ventana y miré el sol al brotar del agua, ¡qué hermoso espectáculo! me parecía contemplar el arco iris de otras veces, gozaba y sufría, temía y esperaba; ante tanta grandeza me miraba y no sabía encontrarme; el átomo de mi individualidad, desaparecía ante mi vista contemplando el mar y el cielo; ¡qué es una partícula ante el infinito! Salí á la orilla y al contar á mi compañero mi desvelamiento, me dijo él:—¡No, no: no puede dormirse cuando por primera vez se oye hablar al mar.

»Nos hicieron ir á visitar muchos enfermos, y entre todos recuerdo á una anciana, dulce y tranquila, que me miró, se sonrió con ternura, y me dijo:

»—Yo te conozco.

»—¿Sí? ¿Dónde me habéis visto?

»—En mis sueños.

»—¿Sí?...

»—Sí, sí; y muchas veces tú corrías... corrías... ibas en busca de agua.

»—¿Dónde?

»—A una fuente escondida entre peñas y follaje.

»—¿Y no visteis nada más?

»—Sí, en la fuente ví á aquel hombre tan hermoso, que luego pasó por aquí. EL te hablaba, ¿verdad que le quieres mucho? yo también le quiero, ¡era tan bueno!

»Las palabras de aquella mujer ¡cuánto bien me hicieron! Ellas me recordaron los días más felices de mi vida, los días que pasé separada de los hombres, en contacto con la naturaleza, viendo á mi salvador y escuchando su voz divina. Miré á la anciana y ¡qué hermosa me pareció en su tranquila vejez! si yo hubiera tenido una madre como ella... ¡quién pudiera decirle madre mía!

»¿Me curó ella ó la curé yo? porque las dos juntitas estábamos muy bien; ella me decía:—No te fatigues, soy muy viejecita y me iré pronto del mundo; á tí también te conviene irte, tu cuerpo está muy abatido y más abatida aun tu alma, porque por esta vez no has vivido. Yo sí, tengo una prole numerosísima; tú cuando vuelvas también la tendrás, porque necesitas flores para tu alma. Tú no has amado ni te han amado, por eso no has vivido; y definió la anciana el amor de un modo maravilloso; hablando de las inefables dulzuras que proporciona la familia; cerró los ojos y pensé que había muerto; mas no

murió, abrió nuevamente los ojos, me miró y me dijo:—No tengas miedo, no me puedo ir sin ver á mi numerosa prole, ya vienen todos ¡benditos sean! y la anciana se incorporó sonriente para recibir á su gran familia. ¡Qué cuadro tan hermoso! hombres, mujeres y niños todos rodearon á la anciana y ella los bendijo dulcemente; todos lloraban al mirarla y ella les decía:—No lloréis, ya he cumplido con mi deber, fuí buena hija, honrada esposa y madre diligente; jamás deseé salir de este lugar, aquí adoré á Dios sirviendo á mi familia, ella era mi mundo, mi única felicidad; no me lloréis, no mueren los que aman, y yo... he amado mucho. No os fatiguéis, no me podéis curar, sólo el hombre-Dios haría lo que no podéis hacer vosotros. Mas... ya he vivido bastante, todos os amáis, he sembrado entre vosotros el amor y ha florecido; mirad ¡qué florecitas tan preciosas! y señalaba á un enjambre de niños que la miraban y trataban de subir á su lecho, ¡qué cuadro tan hermoso! todos sus hijos la rodearon, la miraron, consultaron entre sí, mientras la anciana, cogiendo mi diestra me decía al oído: La paz y la familia darán consuelo á tu espíritu; no tardarás en seguirme, aquí ya no tienes nada que hacer, las dos hemos cumplido

el plazo, tú serás mañana lo que yo he sido por esta vez; *la paz y la familia darán consuelo á tu espíritu*. Me apretó la mano y luego suavemente, sin la menor fatiga, dibujándose en sus labios una sonrisa dulcísima, se durmió para no despertar en la tierra. Su gran familia rodeó el cadáver y todos la fueron besando con religioso respeto.

»Hay momentos que no se pueden describir; aquel cuadro imponente y conmovedor me impresionó profundamente, y ante aquella mujer, ¡qué pequeña me ví! ¡qué pequeña, Dios mío!... parecía un ángel dormido; aquella mujer no había odiado, yo en cambio... ¡qué horror! ¡qué contraste! recordé la escena del bosque y me avergoncé ante el cuerpo de la anciana.

»Dejé con pena aquel lugar encantador y aquellas gentes tan buenas que adoraban al hombre-Dios; mi compañero los admiraba por su inmensa fe, y oía la voz de EL que nos decía:—No quiero humanidades que me adoren, quiero generaciones que trabajen en mi nombre. Yo le dije á mi compañero lo que EL decía y el primero replicó: Para todo habrá tiempo, los hombres antes de pensar adoran, porque es mucho más fácil creer que saber, ahora han cambiado de ídolos, algo es algo.

»Seguimos nuestra marcha y llegamos á un punto muy agreste, muy triste; sus moradores la mayoría estaban enfermos ¡qué mal me encontraba yo allí! ¡tenía un miedo! mi compañero me reprendió diciendo: Aquí, aquí es donde nosotros hacemos falta, los lugares tranquilos convidan á la meditación, al goce íntimo, y ni tú ni yo estamos preparados para esas dulzuras; al contrario, hemos de vivir entre espinas que hieren, pero enseñan á cumplir tu deber; y por obedecerle entré en un casucho, donde una mujer de mediana edad rugía con la mayor desesperación sin poder mover más que la lengua ¡qué repulsiva me fué aquella infeliz! Abandonada de todos, en medio de la mayor suciedad, sobre un lecho de inmundicias estaba aquella desventurada, á la que yo no podía mirar, ¡imposible! Mi compañero comprendió mi repugnancia y me dijo por lo bajo: Aquí, aquí, aquí has de trabajar y pedir.—No puedo.—Sí puedes; quiere y podrás; y dando media vuelta se alejó y yo me quedé con la mujer paralítica, y venciendo mi repugnancia la dije:

»—¿Sufrís mucho?

»—Muchísimo.

»—Quiero curaros.

»—Pues hazlo y si me curas, te segui-

ré, pero antes te diré que he matado á todos mis hijos.

»—¿Por qué?

»—Porque para mi género de vida me estorbaban.

»—Y si yo os curara y de nuevo fuérais madre, ¿querriais á vuestro hijo?

»—No, no he nacido para ser madre, pero si me curas te seguiré para aprender á ser buena.

»—No, conmigo no podéis venir.

»—Pues me iré á otro punto, aquí odio y me odian, aquí desprecio y me desprecian.

»Interesada ya por aquella miserable criatura, le dije: ¡levántate, mujer! y emplea bien tus fuerzas.

»Levantóse la mujer y más que un grito, lanzó un ahullido, diciéndome:—¡Qué maravilla has hecho!

»—Yo no te he curado, te ha curado EL. Aquel que hizo tanto bien en la tierra y que murió siendo inocente.

»—¡Ah! me haces recordar que por aquí pasó, yo le tiré piedras y EL dijo: Los brazos que tiran esas piedras, quedarán sin movimiento, y solo en mi nombre te curarán después.

»—Quedaste paralizada porque tu conciencia fué la que te paralizó, las fuerzas

mal empleadas se inutilizan. La mujer me miró moviendo la cabeza en señal de duda diciéndome:—Te prometo que mis fuerzas ya no las emplearé en el mal, no sé adorar á tu Dios, pero ya no le insultaré.

»De allí pasamos á un pueblecillo insalubre donde sus escasos habitantes eran víctimas de horribles fiebres, por lo pantanoso del terreno. Yo dije á una mujer: ¿Y por qué no abandonáis este lugar infecto?

»—Porque aquí somos tablas de salvación para los náufragos; en la embocadura del río hay siempre continua marejada; el mar oculta entre sus olas y sus espumas un mónstruo insaciable que se traga las embarcaciones, y si algún tripulante ó navegante se salva, encuentra en nuestros tristes hogares un momento de reposo y un guía que lo lleve á otro punto mejor. Por aquí pasó EL, en el instante que se desarrolló una espantosa tempestad, había un buque que zozobraba y le pedimos á EL que salvara la embarcación y EL nos dijo:—¿Tenéis fe? ¿tenéis fe en mí? pues todos mirad al mar, miramos y EL extendió los brazos sobre las olas enfurecidas diciendo:—Paso, paso, sálvense los que fluctúan y ¡se salvaron los náufragos! y EL nos dijo: Los que viven sufriendo por ser útiles á sus hermanos, tendrán salud

eterna; por eso nosotros no abandonamos este lugar, porque salvar la vida de un hombre proporciona un placer tan inmenso, que hay que pagarlo á gran precio.

»Desde allí, desde aquel rincón hospitalario, nos dirigimos á un punto del cual me dijo mi compañero que era el peor paraje de cuantos habíamos visitado, porque sus habitantes, si bien tenían el cuerpo sano, tenían lepra en el alma; recorreremos inmensas llanuras bañadas por las olas salobres, allí todo es amargo y entre manantiales de hiel, veremos lo que nos sucede y del modo que salimos.»





XXV

MI compañero tenía razón, el lugar donde llegamos estaba poblado por gente sana de cuerpo, y enferma, muy enferma del alma; abundaban de tal manera los *manantiales de hiel*, que apenas si se encontraba una fuente de agua pura. Mi compañero no se arredró por eso, habló mucho y muy bien sobre la misión que desempeñó en la tierra el hombre-Dios, efectuó también curaciones asombrosas, y yo hice lo que pude, que ya muy poco podía; mi espíritu languidecía por momentos, el medio ambiente que me rodeaba, era tan nocivo á mi cuerpo y á mi alma, que aunque yo quería luchar y vencer, en la lucha quedaba vencida. Allí había muchísimos adoradores del hombre-Dios, se reunían con frecuencia para discutir sobre las enseñanzas del mártir, y ¿creéis que alguna vez estuvieron conformes en sus opiniones los unos con los otros? viviríais engañados

si tal creyérais; allí reinaba siempre la más intolerante divergencia, solo sobre un asunto pensaban todos de igual manera, en quién sería el *primero*; todos querían serlo, todos alegaban méritos que no tenían, todos mentían descaradamente queriendo hacer creer á los otros que el hombre-Dios les había dado instrucciones y órdenes terminantes para hacer prevalecer su voluntad.

»Nuestra llegada les contrarió muchísimo; todos nos miraban de reojo, á mí en particular, y no perdonaban medio ni ocasión para zaherirme cruelmente, diciendo que las mujeres ya tenían bastante con la rueca y el huso, y fuera de sus trabajos domésticos en todas partes hacían estorbo y servían de piedra de escándalo.

»Mucho me hirieron las palabras de aquellos hombres, y más me lastimaron cuando me dijeron que si yo curaba era por mediación del genio del mal, porque el hombre-Dios no era posible que inspirara á una pecadora como yo. ¡Cuánto lloré, Dios mío!... mi compañero se impacientaba con mi tristeza y me decía:—Ya te dije que este lugar era un nido de vívoras, compadécelos, porque los de su ralea son muy dignos de compasión.

»Mi compañero hacía todo lo posible por

convencerme y persuadirme que las injurias siempre se deben perdonar. Yo les perdonaba á mis enemigos de buen grado, pero no podía mirarles cara á cara, me aterrorizaban; ¡eran tantos!... ¡y es tan triste para una mujer verse despreciada de todos!... porque hasta mi compañero, con todo y ser muy bueno para mí, dado la rudeza de su caracter, ó que á veces se contagiaba, es lo cierto que sin él darse cuenta, también me hería en el alma á la vez que me lastimaban los demás; pero cuando conocía su torpeza, no sabía que hacerse para consolarme y al verme morir poco á poco, me decía con el mayor cariño: —No quiero que te mueras, aún llegaremos á la fuente y allí descansaremos; allí en aquel paraje de tan dulces recuerdos para tí, fijaremos nuestra residencia en aquella Granja donde cada piedra es un libro abierto para tí, allí viviremos; yo también necesito reposo. Yo le agradecía muchísimo sus frases de consuelo, pero comprendía perfectamente que yo no vería más aquellos sitios tan deliciosos; estábamos muy lejos de aquellos parajes, nos separaba una distancia inmensa y era del todo imposible que yo pudiera recorrerla, ¿cómo? si apenas podía moverme, y lo que más tristeza me daba, que durante mi sue-

ño nada veía, y despierta mucho menos; yo bien llamaba al *amor de mis amores*, pero éste no acudía á mi llamamiento; estaba sola, completamente sola, y aquella soledad era mi muerte.

»Mi compañero, probando por todos los medios el volverme á la vida, recurrió á las mujeres que suelen ser más generosas que los hombres si se sabe despertar su sentimiento, reunió á muchas para que me escucharan porque él quería que yo les dijera cómo murió el hombre-Dios. Todo preparado y bien dispuestos los ánimos, me presenté en el sitio donde estaban reunidas las mujeres, me recibieron muy bien, y allí hablé de la esperanza que encierra la juventud, les referí el martirio del hombre-Dios, llegué á estar hasta elocuente, porque veía que me escuchaban con agrado; les pinté mis tristezas, mi desaliento, mis presentimientos de mi próxima muerte y el grato recuerdo que de ellas me llevaría á los cielos, si es que los cielos se abrían para mí.

»Al hablar me reanimé, me parecía que había vuelto á los hermosos días de mi despertar; me conmoví profundamente al despedirme de ellas prometiéndoles que si mi salud lo permitía, nos reuniríamos con frecuencia.

»Muchas demostraron que deseaban oírme nuevamente, pero una de ellas de edad mediana me miraba sin pestañear, como si quisiera reconocermé; tanto y tanto me miró, que aunque yo apenas veía, por efecto de mi abatimiento, me llegó á preocupar su insistencia; la miré también pareciéndome que aquella mirada escrutadora no era aquella la primera vez que se fijaba en mí; sentí como si me hirieran por la espalda, volví la cabeza y á nadie ví, porque confundí el recuerdo del pasado con un dolor físico; la mujer entre tanto no cesaba de mirarme hasta que al fin hizo un ademán como si se dijera á sí misma: sí que es ella; y de su hallazgo hizo partícipe á la que tenía junto; ésta hizo un movimiento de asombro, me miró con desprecio, y así como el fuego corre presuroso incendiando un bosque y de árbol en árbol va sembrando la muerte, de igual manera el fuego inacabable de la murmuración, corrió velozmente dando la vuelta al gran círculo de mujeres que me rodeaban, y aunque ninguna habló, todas me dijeron con sus ojos que me despreciaban y todas se alejaron haciendo contorsiones y ademanes, como si se hubiesen sentido acometidas por la enfermedad del asco, hasta el

punto que algunas escupieron al pasar junto á mí.

»Yo no sabía lo que me pasaba; solo me preguntaba á mí misma quién era aquella mujer que me había reconocido; sentí nuevamente que me herían por la espalda, me volví á mirar y entonces en mi mente ví... lo que no hubiera querido ver. Allá lejos, muy lejos, una casa muy grande, donde había un lupanar, la dueña de aquel bazar de carne humana era la mujer que mirándome con tanta fijeza me había reconocido, y había dicho con sus ojos: *sí que es ella*, y en verdad que yo había sido primero una de sus esclavas, después la que le arrebaté sus mujeres más hermosas para llevarlas á la Granja despojadas de sus galas y de sus vicios; mi redención había perjudicado en gran manera á aquella mujer, y me juró un odio á muerte, odio que no se había extinguido, porque sus ojos me lo dijeron, y aunque allí ya no ejercía su infamante tráfico, y parecía una mujer respetable como si nunca hubiera salido de su hogar, lo cierto es, que aprovechó la ocasión para vengarse de mí, diciendo sin duda lo que yo había sido; yo en cambio, ni á mi compañero dije lo que había sido ella; ¿para qué? me bastaba con el recuerdo de mi infamia, y

éste, no sería menos amargo por sacar á relucir la infamia de otro; cada cual tiene bastante con su propia carga y á mí me sobraba con la mía.

»Mi compañero no podía comprender aquel cambio tan repentino; en breves segundos corrió de boca en boca que yo había sido una ramera, y la humanidad es tan miserable que, aunque la conversión de una mujer la llegue á convertir en un modelo de virtud, se recuerdan con afán sus vicios para disminuir sus virtudes; el mal se acepta siempre, sin la menor objeción, en cambio para creer en la virtud se amontonan tantas dudas, tantas... que se concluye por no creer en ella.

»Mi compañero llegó á asustarse, y me dijo muy contrariado: Tenemos que irnos, dícese que tú has sido... lo que has sido en realidad, que tú y yo juntos simbolizamos la prostitución, que somos unos farsantes y unos impostores, y piedras de escándalo para las gentes honradas. Yo entonces, no pude menos que sonreírme con amargura porque la mujer que dió el grito de alarma y me señaló con el dedo, había sido más culpable que yo, había representado en la comedia humana el papel más odioso y más repugnante, pero me callé, no aumenté mi baja con una delación, devoré

en silencio mi profunda pena, y apoyada en el hombro de mi compañero, porque no podía sostenerme por mí sola, salimos de aquella población donde apuré hasta las heces el cáliz de la amargura, porque al ponernos en marcha los mismos adoradores del hombre-Dios, los que reñían continuamente por saber quién sería el primero, todos entonces quisieron ser también los primeros en arrojarnos piedras; las mujeres que para una obra buena les estorbaban, para hacer el mal las llamaron en su ayuda y todos de común acuerdo nos fueron persiguiendo un gran trecho, hasta que lo escabroso del camino les estorbó el paso; una de las piedras dió en el blanco abriéndome tal brecha en la cabeza que derramé abundante sangre; al sentir brotar mi sangre tuve un momento de místico regocijo; yo también sufría como EL, yo también era mártir en la tierra, aquella herida me acercaba á EL, aquel dolor inmenso de mi alma me purificaba porque yo había perdonado con mi silencio á la mujer que había promovido aquella serie de atropellos.

»Llegamos á otro pueblo, y como las malas noticias han tenido siempre alas y han volado más que todas vuestras águilas, allí también sabían que yo no había sido

honrada, pero una mujer de las más respetables de aquel lugar salió á mi encuentro diciéndome:—Si aquí vivimos para salvar á los náufragos que zozobran en la embocadura del río, justo es también que salvemos á los náufragos que se hunden en el mar de la miseria humana; ven conmigo mujer, y á mucha honra tendré si te mueres en mi casa; y efectivamente me cedió su mejor lecho, y ella y sus hijas se disputaban por velar mi sueño. Mi compañero estaba afectadísimo, no eran para su rudo carácter aquellas tristezas, no podía ver morir, así es que huía de mí, llevando la muerte en el alma porque en verdad me quería como si hubiera sido su hija, y tanto me quería que me reconvenía por mis pasados extravíos, lamentando amargamente que los hubiera tenido. Mis enfermeras me cuidaban muy bien, pero yo cada día me sentía peor; la ingratitud de los adoradores del hombre-Dios me hirió de muerte, no por ser yo el objeto de sus iras, sino por ver realizadas las profecías de Aquel, que confiaba á los siglos lo que sus adeptos no realizarían jamás. Entregaba su obra en manos del progreso realizado por muchas generaciones, no por aquellos que le decían: ¡Señor! ¡señor! llévanos á tu reino.

»El desencanto, la muerte de mi espe-

ranza mató mi cuerpo; mi organismo se descomponía rápidamente, yo comprendía que debía estar desfiguradísima, me veía en los ojos de los otros que me miraban, diciéndome su asombro que me moría. Al fin, mujer, quise ver mi semblante y me ví en un espejismo, quedándome satisfecha de mí misma, porque ya no había en mí ni rastro de lo que fuí; no quedaba nada de aquella mujer perdida que muchos hombres encontraron hermosa; mi rostro pálido y demacrado no conservaba el menor vestigio de su belleza, y sin ser una muerta, mejor dicho, una moribunda repugnante, no había en mí ni la más leve sombra de lo que había sido, todo se había borrado en mi cuerpo... faltaba que también se borrara en mi alma.

»Comprendí que me iba, por el murmullo de muchas voces juntas, por el hálito de los que se acercaban y me miraban para conocer en mis ojos el estado de mi cuerpo, y entonces le llamé á EL diciéndole: ¿Cómo acercándose mi muerte no vienes? ¿quieres que me vaya con tanto desconsuelo? ¿tú también serás ingrato?... Muchas veces le llamé, pero... no vino. Mi lecho lo hice acercar á una gran ventana desde la cual se veía el mar. ¡Con qué afán miré aquel espejo de los cielos! mirando,

mirando sin cesar, abriendo mucho los ojos, para ver mejor, sentí como si una brisa perfumada trajese hasta mí aromas y esencias de muchas flores; oí como el piar de muchos pajaritos, escuché, escuché con atención, y entre aquel murmullo me pareció que decían muchas voces, por fin, ¡murió! Al oír esto quise hablar y no pude, sentí que con sumo cuidado me cerraron los ojos, y entonces ví todo lo que me rodeaba; mi compañero me miraba en silencio sin derramar una lágrima, muchas mujeres se ocupaban en envolver mi cuerpo con un lienzo muy blanco, y yo decía entre mí: ¿pero, habré muerto? no puede ser, si yo lo veo todo á través de mis ojos cerrados; ¿si me enterrarán viva? aunque no, me parece que he muerto, porque veo mi cuerpo más blanco que el lienzo que lo envuelve, en el cual no hay un átomo de vida; mi rostro no dice nada, inmovilidad completa; luego ví que anocheció y tuve mucho miedo, mucho; pensé en EL y le dije: ¿Por qué me has abandonado, amor mío? no te veo, ¿por qué no vienes?... después, me pareció que me separaba de algo, no sé de que me separaba, pero me sentí más lijera, y anduve mucho, muchísimo; ¿andar? no, volaba y volaba mi pensamiento al impulso de mi voluntad; ¿flotaba

mi inteligencia? sí que flotaba; haciendo muchos esfuerzos llegué á ver una débil claridad que inundaba el horizonte, lo suficiente para que se destacara en el fondo del cielo una montaña; quise subir á su cumbre y al llegar más cerca ví que no había mole macisa, no podía subir por parte alguna porque la montaña no existía, era la montaña de mis ilusiones que se deshacía al soplo de la realidad; ante aquel desengaño me quedé muy perpleja, porque ya no ví mi cuerpo, comprendía que estaba muy lejos de él y de cuantos me habían rodeado en mi lecho de muerte; pero ¿dónde estaba? y entonces oí una voz que me dijo con bastante sequedad:—Ya has muerto, prepárate para nuevos trabajos.— ¡Nuevos trabajos! dije yo, ¿y en dónde?... ¿con quién? yo tengo mucho miedo, ¡estoy tan sola!... y al decir esto, una aurora espléndida, el horizonte, ¡era de día! ¡el día de la eternidad! ¡el día del infinito! ¡el día del ajuste de cuentas! ¡el día eterno de las almas! ¡qué hermoso día! pero estaba sola, no tenía á quien decirle el goce y el dolor de mi alma, y con la soledad, el día se hace noche; ¡sola! ¡qué horror! y pensando en mi desventura miraba el cielo iluminado con rojos celajes; éstos fueron cambiando de color, hasta formar múltiples arco

iris y bajo aquellos arcos luminosos, lejos, muy lejos, ví la figura de Antulio, de aquel hombre que llegó á la ancianidad por las penas y no por los años; le ví magestuoso y sereno que extendiendo su diestra como si me señalara su nuevo camino, me decía con firmeza á la vez que con ternura:— Lucha, trabaja y cumple con tu deber.»





XXVI

EL relato de la existencia que acabo de contaros, ha producido en los terrenales diversas impresiones, ha sido aceptada por unos con el más vivo interés y rechazada por otros con disgusto y desvío, encontrando poca hilación en los acontecimientos y truncada la narración en sus episodios más interesantes; lo que en verdad no es extraño, porque en la relación de mi historia, los personajes que figuran en ella, no están bien delineados porque no era mi objeto hablar de ellos, mi único propósito era relatar la historia de mi espíritu; sus caídas, sus ascensiones, sus estacionamientos, sus éxtasis, sus delirios, sus vértigos, todo lo concerniente á mi YO; por eso al ocuparme de los demás, aunque alguno de ellos haya sido considerado por la humanidad como un espíritu superior, como no era mi ánimo relatar su historia, sino la mía, por eso no he sido fiel cronis-

ta de todos los hechos de *éste* ni de *aquél* y no he referido más que los actos que más me impresionaron y más influencia ejercieron en mi porvenir.

»En la tierra, por apasionamiento de los unos, por estrechez de miras de los otros, por desconocimiento de los más, de que la verdad de hoy suele ser el sofisma de mañana, y que sólo hay una verdad eterna, la verdad del infinito, en la tierra, repito, que tanto os fijáis en las figuras y no en las enseñanzas, el relato de mi historia ha promovido disturbios entre vosotros que, Dios sabe, no estaba en mi ánimo promoverlos.

»No vengo á engañaros, hago un trabajo muy mío, soy una flor que nace sola, yo os la brindo; si la queréis, aspirad su perfume, y sino, dejadla, que su esencia por eso no dejará de llenar el espacio y de unirse á otros aromas, que no hay alma que no tenga su fragancia, ¿qué son las almas? son las *siemprevivas* de los jardines del universo; no hay alma sin esencia, porque no hay alma sin amor.

»Entremos de lleno en otra encarnación, en ella no hay nada nuevo, es una relación sencilla de una vida tranquila, pero que sirve de enlace entre la existencia que he referido y la que contaré des-

pués; hay encarnaciones de espera, de reposo relativo, sin esos momentos de descanso, el espíritu no podría continuar su eterno viaje.

»Antes de relatar mi nueva existencia, permitidme que contemple un espejismo, que mire el espacio donde permanecí no sé cuánto tiempo; allí no hay horas, allí el tiempo no tiene medida, allí no hay ni *ocazos* ni *auroras*, el día es eterno: ¡eterno!... la noche la lleva el espíritu en sí mismo, la sombra es propiedad de cada uno.

»Después de ver á Antulio bajo las arcadas luminosas de los múltiples *arco-iris*, después de escuchar sus palabras—*lucha, trabaja y cumple con tu deber*,—me quedé sola, ¡sola! ¡sola!... sí, sola; porque ver allá lejos... muy lejos figuras confusas, yo creo que se aumenta la soledad. No sé el tiempo que permanecí sin saber dónde dirigirme, porque en el espacio no hay ni arriba ni abajo, ni esta dirección ni aquella, todo es un mar de luz. Yo me desesperaba, corría, volaba, volaba diciendo: quiero llegar á un punto sea cual sea; con la velocidad de mi carrera, mi sér irradiaba luz; una luz que no se confundía con la otra luz, me alegraba ver mi propia luz, pero me entristecía al mismo tiempo ver-

me sola, ¡siempre sola! así estuve mucho tiempo, mucho. Yo preguntaba: ¿dónde están los que me quisieron? y al hacer esta pregunta veía á lo lejos legiones de espíritus; ¿por qué no se acercan? amigos ó enemigos quiero verlos; y entonces... se aumentó la luz del espacio y ví más cerca á muchos enemigos que me amenazaban con su implacable odio; en cambio, otros espíritus se postraban ante mí pidiéndome luz para vivir ¡qué contraste! los unos odiándome, los otros adorándome como á una divinidad; aquello era la continuación de muchas historias en las cuales, indudablemente, yo había desempeñado muy distintos papeles. Ya veía muchos espíritus, pero también me encontraba sola, porque ninguno de ellos permanecía á mi lado; al fin me fijé en un grupo de espíritus que me fueron muy simpáticos, huyeron como los demás y á aquellos los seguí y los ví penetrar en la atmósfera de la tierra; tras de mí venían otros espíritus que me decían al pasar:—Prepárate para luchar, ¡anda! ¡anda!... y entre tanta confusión me encontraba mal, tan mal, que recordaba la tierra con placer, y decía: Allí se trabaja, quiero ir á la tierra, quiero ir, y otra vez ví la tierra, ¡qué hermosa me pareció! quise verla más de cerca, y... ¡qué bellas me

parecieron sus flores, me fijé en un lugar donde la vegetación era hermosísima, encantadora! Entonces recordé las lecciones de Antulio sobre todos los ramos del saber humano, y por primera vez me encontré bien; después de haber dejado la tierra estudié mucho en aquellos manantiales, otros tantos libros escritos por la mano de Dios mismo, y allí leía mi alma con avidez recordando al hombre que me enseñó á leer en ellos; mas ¡ay! que al recordarle recordaba mi caída, ¡cuánta luz y cuánta sombra!...

»Llegó un momento que ví á dos terrenales reñir por una mujer; eran dos hombres fuertes y hermosos, me inspiraron interés y dije á uno de ellos:—No mates; el hombre se estremeció, porque era médium y me oyó perfectamente, y luego dirigiéndome al otro, añadí:—Los hombres no deben asesinarse, deben amarse; los dos me oyeron, y uno de ellos tiró el arma homicida y se marchó á buen paso, y el otro lloró diciendo:—Esa mujer no será ni para aquél ni para mí. Será para tí, le dije, ella te quiere, quiérela tú; y dominado por mi voluntad fué en busca de la mujer amada. Yo fuí con él, me gustó mucho ella, era muy hermosa y sobre todo muy buena, escuché con placer sus juramentos de

amor, y más tarde legalizaron sus amores ¡qué bien, cuando se enlazan dos espíritus á la par que los cuerpos! ¡qué unión tan hermosa!... yo me encantaba contemplando aquel nido de amores; no sabía separarme de allí, espiaba sus besos, sus caricias, quería sorprender sus más íntimos secretos, quería adivinar sus menores deseos, quería ser carne de su carne, y hueso de sus huesos, y sentí como si se aflojaran los lazos que me unían al espacio, como si descendiera de una altura inmensa y fuera rodando sin hacerme daño hasta llegar... no sé á donde.

»No recuerdo nada durante la formación de mi sér, pero después de nacer, miraba á mi madre y su mirada magnética me adormecía, ¡cuánto me quería mi madre! mi padre también, pero mi madre era un delirio lo que sentía por mí y yo por ella ¡cuántas caricias ¡cuántos desvelos! ¡cuántos temores, si las dolencias de la niñez se apoderaba de mí; el médico de mis padres, (que era un sabio) se reía bondadosamente de tantos extremos y hasta prohibía que me besaran con tanta exaltación, porque me impresionaban demasiado, pero... ¡eran tan jóvenes!, se querían tanto, que su amor hecho carne, despertaba en ellos la exaltación divina del amor. Yo era obra suya,

la personificación de sus besos, la luz de sus ojos la encontraban en los míos, que eran grandes, lumínicos, tenía ojos de iluminada y todos decían: los ojos de esta niña no tienen semejanza con los ojos de otros niños; tuve más hermanos y éstos ya no tuvieron en sus ojos la magia que había en los míos.

»Tuve el defecto de ser muy celosa; mi primer hermano lo recibí muy mal, estaba tan sedienta de cariño que todo lo quería para mí.

»Crecí entre aromas y flores, siendo el encanto de mi familia, el sabio médico de mis padres se encargó de mi educación, y llegó á quererme tanto que no podíamos pasar el uno sin el otro; él me decía siempre: — Abre los ojos, mírame fijamente que en tus ojos hay algo escrito que yo quiero descifrar ¡Qué bien nos entendíamos los dos! ¡Cuánto me hablaba de Dios! del Dios de mis amores, y me decía:— Hay que buscar á Dios en todo cuanto palpita en el universo.

»Cuando me hablaba de Dios ¡cuánto se entusiasmaba mi espíritu! mis padres adoraban á los dioses, y el médico á un solo Dios.

»Mi madre adoraba á los dioses y yo le decía: Para alumbrar el mundo hay un

solo Sol, de igual manera un solo Dios ilumina el orbe, yo á Dios le veo, ¡qué hermoso es!—¿Ves á Dios? (decía mi madre con asombro) ¿y cómo es? ¿qué figura tiene?—No lo puedo definir, es luz, ¡todo luz! es amor ¡todo amor! no veo, no encuentro su semblante, y siento su aliento que me acaricia, que me da vida.

»Mi madre movía la cabeza, como si dudara del equilibrio de mi razón, y yo me sonreía persuadida que estaba en la verdad, que Dios era, porque la vida daba fe de su existencia.

»Llegó la primavera y se hicieron grandes fiestas religiosas, fiestas primaverales en las cuales todas las jóvenes tomaban parte, vestidas de blanco y coronadas de flores, iban al templo á ofrecer á los dioses las ofrendas de la primavera de su vida. Yo no quise ir al templo y mis padres apelaron al ruego, después me amenazaron, todo fué inútil, hasta mi maestro, el sabio médico, me dijo que transigiera. No; les dije á todos, si me obligáis á ir, mi cuerpo estará en el templo, pero mi alma se habrá separado de él buscando á su Dios.

»Ante la firmeza de mi voluntad me dejaron tranquila, se fueron mis padres y mis hermanos y yo me quedé sola con mis

flores y mis libros, y los libros y las flores me decían que adorara á un solo Dios.

»Ocho días duraron las fiestas religiosas; durante ese tiempo estudié con afán la historia de los dioses y me convencí que la suma de las bondades de los dioses formaban un solo Dios.

»Volvió mi familia cansada y enferma, y yo le decía á mi madre:—Créeme á mí, no hay más que un Dios, y éste, no impone á sus hijos, ni peregrinaciones ni sacrificios, ni ofrendas, ni jornadas violentas, ni nada que altere su salud y su tranquilidad. Dios es la ley inmutable, es la vida en su eterno desarrollo y desenvolvimiento, ¿necesita el águila para remontarse al cielo, rezos ni plegarias? no; vuela porque la vida la lleva en sus alas; ¿las flores del bosque necesitan de vuestras oraciones para abrir sus corolas y embalsamar el ambiente? no; dan sus perfumes y ostentan sus colores porque en sus raíces tienen los componentes de su vida y de su belleza; ¿y Dios, que es alma de cuanto existe, necesitará de vuestras religiosas protestas para colmaros de beneficios? Os dió el beneficio de la vida eterna y en esa vida están todos los goces, todas las actividades, todos los progresos, todos los perfeccionamientos del espíritu.

»Cuando yo hablaba, mi madre enmudecía, y mi maestro me miraba y decía á los demás:—¡Cuánto hay dentro de esa cabeza! dará sus frutos y muy sazonados, ya lo veréis.

»Llegué á la edad de los amores, muchos hombres me pidieron á mi padre; yo imperturbable, les decía á todos que no; mi madre me aconsejaba que no me fiara de mi juventud, porque ésta, á semejanza de las rosas, se agostaba rápidamente, pero yo le decía:—Quiero casarme como te casaste tú, muy enamorada, ¿ya no te acuerdas de tus primeras horas de amor? yo sí, y yo pronunciaba aquella afirmación sin saber en verdad lo que decía.

»Mi maestro no encontraba tampoco ningún hombre digno de mí, encargándome siempre que no me uniera con ningún hombre que adorase á los dioses, sinó que adorase á un solo Dios, para que me conceptuase como uno de sus ángeles.

»Yo no me impacientaba, me veía tan amada de todos, que no soñaba con nuevos amores, pero mi maestro encontró lo que él deseaba: un hombre que amase á un solo Dios, reuniendo juventud, distinción, talento y mediana riqueza; loco de contento me presentó su protegido, al verle, dije entre mí: este es el mío; y mi preten-

diente al verme exclamó: ¡esta es la mía! Nos miramos y nos entendimos enseguida. —¿Amáis á los dioses? le pregunté, y él me contestó.—No; amo al Dios que vino á sacrificarse por la humanidad.

»—¿Qué decís? Dios no vino á la tierra, Dios radica en la naturaleza, el Dios único es la sonrisa eterna de su obra, no puede personalizarse, no hay mundo que pueda contener su gloria.

»Seguímos discutiendo acaloradamente hasta que oí una voz que me decía:—No seas temeraria, todo es cuestión de nombre y de comprensión, no extrañes que crean que fué un Dios el que habló á los hombres en nombre del autor de la naturaleza, no quieras recojer antes de sembrar.

»Con tan saludables instrucciones, dulcifiqué mi lenguaje; mi adorador estaba embelesado, y estrechando mi diestra murmuró: dejemos á los dioses, ¿estamos entendidos? — Sí; le dije yo, hace mucho tiempo que os esperaba.—El mismo quizá, (replicó él sonriéndose), que yo soñaba con una mujer, con una mujer que llevase en sus ojos la promesa de un eterno amor; nos miramos y la unión de nuestras almas fué un hecho, ¡qué hermoso es el amor! para el amor no hay noche, ¡todo es día! ¡pero es tan breve el día del amor!...»



XXVII

DIJE al terminar el capítulo anterior que era muy breve el día del amor, más en verdad yo puedo decir que en aquella existencia, mi día de amor no tuvo ocaso; tan sedienta estaba mi alma de felicidad, que sin el agua del placer no hubiera podido permanecer en la tierra; hay crisis en la vida del espíritu, que es preciso, es indispensable un cordial de amor para proseguir más tarde con la lucha comenzada.

»Mi prometido al estrechar mi mano entre las suyas, se puede decir que formamos una alianza eterna; nos encadenamos el uno al otro con cadenas de flores. Nuestras relaciones fueron siguiendo, y eran mis días una serie no interrumpida de dulcísimos ensueños. ¡Es tan hermoso hacer el programa de la vida usando el lápiz de la esperanza!... Nuestras relaciones fueron un poema de amor, de ese amor que entreabre los cielos de la felicidad.

»Eramos tan felices, que á veces á él y á mí, nos preocupaba la idea, de si después de casados seríamos tan felices, si teniendo prole se aumentaría ó se disminuiría nuestra felicidad, porque era ésta tan inmensa, que nos parecía imposible que pudiera ser duradera.

»Concluyeron nuestras relaciones con el matrimonio; dicha ceremonia fué un verdadero acontecimiento en la ciudad; amigos y enemigos de mi familia, todos acudieron para vernos con nuestras mejores galas coronados de flores; coronados he dicho mal, envueltos materialmente en una red de flores, pisando hojas de rosa y cayendo sobre nuestras cabezas una lluvia de florecitas blancas cuyo perfume embalsamaba el ambiente; al vernos pasar, las gentes murmuraban:—Pronto se acabará tanta dicha, tanta dicha es un insulto á los dioses, solo éstos tienen derecho á una imperturbable felicidad; los que nos amaban, nos auguraban días de gloria, y éstos fueron inspirados profetas, porque si dichosa había sido con mis padres, con mis hermanos y con el sabio médico que me sirvió de maestro, al entrar de lleno en la vida de la mujer casada, mi ventura se aumentó extraordinariamente, con siete hijos que fueron llegando uno tras otro,

mediando únicamente el tiempo marcado por la naturaleza para su completo desarrollo. Cada vez que venía un nuevo vástago, mi compañero sonreía gozoso, y se aumentaba su amor hacia mí, demostrando en delicadísimas atenciones que yo sabía apreciar debidamente, lo mismo que mis padres que compartían con mi esposo el amor que me profesaban, y en cuanto á mis hijos, querían á sus abuelos más que á sus padres. Era mi morada un nido de amor, se adivinaban los pensamientos los unos á los otros, no había necesidad de hablar, bastaba mirarse para comprenderse; mis hermanos me querían tanto, que cuando me casé, el mayor de ellos se emocionó tanto que se puso enfermo, el exceso de la alegría también hace daño; cada vez que yo daba á luz era para mi familia un día de gloria, todos rivalizaban en hacerme presentes, á cual más delicados, y como sabían mi afición á las flores, las más raras y las más hermosas adornaban mis habitaciones. ¡Todo me sonreía! ¡todo!... pero como las leyes naturales por nada ni por nadie se truncan, la muerte se presentó en mi hogar y extendió su diestra sobre mi madre; ésta se estremeció de espanto, quiso en un abrazo despedirse de sus deudos, y... faltándole las fuerzas para acariciar á

sus hijos se quedó muerta; mi padre, que siempre había sido dichoso, al perder á la compañera de su vida se encontró tan solo... ¡tanto! que á pesar de mis cuidados y del cariño de mis nietos, sin exhalar una queja, sin molestar á nadie, fué languideciendo hasta el punto que cerró los ojos sin estertor, sin agonía, se apagó la lámpara de aquella vida tranquila y honrada al faltarle la esencia del amor, que había vigorizado su existencia.

»Yo era feliz con mi esposo, feliz con mis hijos, feliz con mis padres, y al perderlos ¡cuánto sufrí! enfermé, y enfermé moralmente; el anciano médico que había sido mi profesor y continuaba siéndolo de mis hijos mayores, y era el maestro y el consejero de toda mi familia, hizo prodigios para devolverme á la vida, diciéndome con la mayor ternura: ¿quieres morir? ¿y tus hijos? ¿y todos los que te aman? yo espero de tí... no sé lo que espero, pero tengo la íntima convicción, que he de recibir de tí revelaciones admirables. ¿Cómo? ¿de qué manera? lo ignoro, no lo adivino, pero leo en tus ojos algo que no me explico; hay en ellos extraños resplandores, hay promesas de dulzuras inexplicables, hay, no sé lo que hay, pero estoy seguro que no me engaño; tú no eres una vulga-

ridad, hay en tí una atracción y un sentimiento que no he visto en ninguna mujer; tú hablas de los cielos sin hablar, tú revelas lo desconocido en el fondo de tus ojos. ¡Ah!, tus ojos son dos páginas del infinito y quiero leer en ellas.

»Las palabras del anciano me reanimaban y luchaba enérgicamente para combatir mi debilidad física; mi esposo, por su parte, procuraba distraerme, era afortunado en sus empresas, y sin ser rico, rodeaba á su familia de todas las comodidades posibles siendo yo su obligado consejero, pues todo lo consultaba conmigo. Una tarde cerca ya de anochecer, contándome sus planes y sus esperanzas me decía:—No quiero que mueras ¿qué sería de mí sin tí? yo le oía, y (cosa extraña), no le hacía caso, miraba las plantas que me rodeaban (pues estaba en el campo) como si en ellas quisiera encontrar la solución de los más árduos problemas, hasta que al fin ví como si se abriera la tierra, y al abrirse, ví planicies cubiertas de verdor rodeadas de profundos abismos; de uno de ellos ví salir á mis padres que se buscaban el uno al otro llamando á sus dioses, para que éstos con su poder divino los unieran de nuevo. Yo al verles tan claramente, les dije: qué ¿no me véis á mí? ¿no sabéis que muero por

vosotros?... yo os llamo, venid á mí que os quiero con toda mi alma, venid á mí que os amo sobre todas las cosas; mis padres oyeron mis palabras y así como mi padre inmediatamente atraído por mi voz se acercó á mí, mi madre al oirme retrocedió, quiso huir sin saber por dónde, se asomaba al borde de todos los abismos y ninguno le parecía bastante hondo para arrojarse, y... cosa extraña, perdió su envoltura de mujer y adquirió la de un hombre velludo y repugnante, pero á pesar de aquel disfraz, yo adivinaba que aquel ser era mi madre y le decía:—Seas como seas, te quiero junto á mí, pero el espíritu de mi madre no acudió á mi llamamiento, se perdió en las entrañas de la tierra en tanto que mi padre me abrazaba tiernamente.

»Me dió un accidente y creyó mi esposo que había muerto; vino el anciano médico y su fuerza magnética me devolvió á la vida, preguntándome.—¿Qué tienes? ¿nos quieres matar á todos?—No, (le dije) no es la muerte la que me rodea, es que tenía dos flores aquí y he perdido una; mi padre está aquí, mi madre ha huído y se ha transformado y yo quiero tenerla junto á mí.

»Desde entonces siempre veía á mi padre junto á mí tranquilo y sonriente; yo hablaba con él, y el anciano médico me decía

con acento suplicante. Por Dios, hija mía, no pierdas la razón. — No temáis, replicaba yo, estoy más cuerda que nunca, aunque veo lo que nadie ve; ¿no decíais que en mis ojos encontrábais un algo extraño? pues ese algo será que veo á los muertos, y los veo como viven, como luchan, como sufren, lo que no puedo comprender es la transformación de mi madre.

»El médico, entusiasmadísimo, me decía: yo espero mucho de tus ojos, quiero que hablemos solos, que nadie te distraiga para que mires al infinito; tú tienes que ver muchas cosas, yo lo sé, alguien me lo dice, dame detalles minuciosos de cuánto veas. Yo queriendo complacerle entré en mi cuarto de estudio, me senté cómodamente, apoyé los codos sobre mi mesa y mi frente en mis manos y esperé: No tuve que esperar mucho tiempo, los muros que me rodeaban cayeron sin estrépito, y ví campos hermosísimos y montes admirables que parecían sus simas de transparente cristal; y allá lejos una inmensa llanura cuya superficie plateada formaba ondulaciones, era el mar! el mar en calma, ¡qué maravilloso me pareció!.. Yo iba diciendole á mi compañero cuánto veía y él con afán creciente me preguntaba ¿y no ves á nadie? mira bien, abre los ojos, pero mis ojos se

cerraron y ví como mi madre huía de mí ¡con qué velocidad! ¡qué modo de poner tierra por medio! es decir, tierra no es la frase, espacio, mucho espacio; yo también volaba tras ella, quería que volviera junto á mí, y quedó mi organismo inerte, mis brazos cayeron á lo largo de mi cuerpo y mi cabeza buscó apoyo en el alto espaldar del sillón que ocupaba; mi anciano compañero se asustó muchísimo, más yo le dije:—No me muero, no; llegaré á ser muy anciana; me lo dicen, es decir, yo comprendo que me hablan, sin oír frase alguna.

»Quedé un rato en silencio mirando como los montes y el mar se unían, y entre olas de luz, ví al hombre-Dios, y le dije á mi compañero: Aquí está nuestro Dios, es alma de almas, es amor de amores. ¡Ah! también se transforma como el espíritu de mi madre; ¡qué hermoso está! es un joven, casi un niño, apacenta corderillos, todos le rodean y él los acaricia. ¡Ay! ahora es un viejo, rodeado de libros, de hornillos, de crisoles, parece un sabio, un mago, un adivino, ¡qué figura tan magestuosa!... todo se desvanece y veo un templo formado por árboles cuyas copas se pierden en los cielos, unas piedras toscas sirven de altares y aparece EL, es el Sumo Sacer-

dote; ¡qué imponente! ¡qué grave! ¡qué severo!... luego... ¡Ay! los árboles que forman el templo han sido destruidos por los rayos; ¡qué desolación! los sacerdotes huyen atemorizados, y el Sumo Sacerdote contempla con melancólica serenidad la tremenda catástrofe, descende una nube de fuego que le sirve de sudario al gran sacerdote. Ahora veo una populosa ciudad, es el emporio del arte y de la belleza; en una gran plaza rodeada de artísticos y grandiosos edificios, una multitud inmensa contempla un estrado donde hablan y discuten muchos sabios; allí está EL, es un filósofo eminente, todos le aclaman como el soberano del saber, la juventud estudiosa le llama su maestro. ¡Cuánta luz hay en sus ojos! ¡cuánto fuego en sus palabras! es el símbolo de la sabiduría humana, su ciencia le hará inmortal. ¡Ay! ¡ahora parece un Dios! de sus manos brotan mundos, ¡qué hermosísimo está! ¡qué cabeza tan admirable! ¡qué cabellera tan magnífica!... es la figura más arrogante y más hermosa que ha pisado la tierra. Las multitudes le siguen ávidas de escuchar su palabra divina, habla para todos, pero me mira fijamente y dice:—El amor hace transformaciones y la ciencia las utiliza. Ya que tanto has visto, oye ahora las har-

monías universales; ¡qué concierto! ¡qué armonías! ¡todo canta! ¡todo habla! todo expresa sentimiento y amor. No puedo describir lo que escucho, no puedo... ¡qué lástima que no podáis oír lo que oigo yo!

»Mi compañero gozaba tanto con mis descripciones, que no le hacía falta oír, y solo se preocupaba en dictarme preguntas, diciéndome:—Dile si volverá á la tierra, que aquí hay muchas guerras y muchas calamidades; y mientras el médico hablaba desapareció mi Dios, y ví muchos espíritus luchando desesperadamente ¡qué odios tan implacables! ¡qué procedimientos tan crueles!... al fin vencieron los menos agitando un signo de redención, y al saberlo el médico exclamó:—Sea el amor y el martirio los que triunfen sobre la ferocidad humana; y al hablar el médico, ví venir sobre él un torbellino luminoso que le rodeó por completo, y entre aquellas ráfagas luminosas ví un rostro sonriente en cuyos ojos se leía:—¡Hijo mío! ¡yo te bendigo!

»El médico cayó desmayado y yo le dije: Despertemos los dos: él recobró el conocimiento, pero yo no pude abrir los ojos. ¡Dios mío!, (exclamé) ¿me quedaré así? ¡Dios mío! ¡Dios mío! vuélveme á la vida real; y entonces ví un caminito estrecho, al final de aquella senda tortuosa había una

fuente que arrojaba copiosamente su líquido espumoso; junto á la fuente había una mujer con el vestido descompuesto y el semblante macilento; quise reconocerla, pero atrajo mi atención un hombre odioso, miserable, un sér maldito, el desgraciado Isac que hablaba con ella, se acercaba, se separaba y al separarse se reía horriblemente; yo le llamé y le dije: Por infame que hayas sido, si es que has sido mi madre, ven á mí, no sé porqué mi madre ha perdido su hermosa envoltura y se ha cubierto con tu maldito ropaje, misterio es éste, que ahora no puedo descifrar, pero si has sido mi madre ven á mí; y el espíritu de Isac lloraba y corría impulsado por la desesperación, pero á pesar de la distancia le veía perfectamente, y separado de él el hermoso rostro de mi madre, la llamé y me dijo:—No me llares más, trabajo para tí, más no te quiero, como espíritu cumplo una ley y nada más; y cuando se alejó me dijo:—Ádiós, hasta otro tiempo; en negro, muy negro volveré á tu lado, en negro te seré útil, como ahora te lo he sido en blanco, y se cubrió su rostro con una nube mientras allá lejos, muy lejos, se agigantaba la figura de Isac, sin poder yo comprender por qué se había interpuesto entre mi madre y yo.

»Quise abrir los ojos, pero me fué imposible y entonces grité verdaderamente acongojada:—¡Dios mío! ¡abridme los ojos! esperé y oí una voz que me decía:—«Despierta, cumple tus deberes en tu actual existencia, haz que todos crean en un solo Dios, ama á Dios que de Dios hemos de hacer las obras.» Quedé como muerta y luego desperté muy lentamente; el médico se puso contentísimo cuando me vió con los ojos abiertos:—¿No recuerdas lo que has visto?—No, no lo recuerdo.—Pues se ha cumplido mi profecía, tus ojos ven el infinito y las maravillas que ves dejan algo en tus ojos tan bello, tan atractivo, tan encantador, que si tú contaras á las multitudes lo que ves, las muchedumbres te adorarían de rodillas; vive, vive para mi ciencia, tus ojos son astros que necesito verlos siempre abiertos.»





XXVIII

DESPUÉS de aquella crisis, el anciano médico hizo cuanto pudo por vigorizar mi organismo, porque quedaba tan débil después de mis *contemplaciones ó videncias*, que pasaban muchos días antes de volver á mi estado normal, y necesitaba todos los auxilios de la ciencia para volver á ser una mujer activa, cuidadosa de sus hijos y de su casa; y tantos eran los estragos que en mí causaba el *mirar al infinito*, que el mismo médico, que tanto deseaba saber *algo del más allá*, era el primero que me prohibía que me entregara á la contemplación, teniendo á mi cargo tantos deberes que cumplir, porque mis hijos me querían tanto, que no se contentaban con las atenciones que les prestaban otros parientes y las personas dedicadas á su servicio, era necesario que yo me cuidara de ellos en todo y por todo; no les bastaba la vigilancia de su padre, querían la mía; mi esposo se reía y

me decía:—Desengáñate, las madres tienen que ser como los manantiales, nunca se ha de agotar su cariño y su paciencia, y en verdad que el compañero de mi vida tenía razón, porque cuando una madre quiere cumplir con su deber, no vive ni descansa haciendo de la noche día.

»Entre mis hijos había uno muy triste, necesitaba de muchísimo cariño; una vez de las que se puso enfermo me dijo:—Tú puedes curarme, no cumples bien conmigo, puedes hacer mucho más de lo que haces, me miras como á un niño enfermo, y no es eso lo que yo quiero.

»—¿Pues qué quieres?

»—Quiero alma, quiero calor, quiero vida, mírame bien, pero mírame con el alma.

»—Es que las madres siempre miran con el alma.

»—Bueno, ya lo sé, es que no me explico bien, ó que tú no quieres entenderme; deseo que me mires así... así... como tú miras algunas veces, que parece que salen de tus ojos raudales de salud.

»—No sé lo que quieres decir, pero si deseo tienes tú de sanar, más deseo tengo yo de que sanes; ¿quieres curarte? pues curado estás; y miré á mi hijo de una manera que el niño se estremeció, lanzó un grito de alegría y... cosa extraña, se curó

rápidamente, y mejor dicho, instantáneamente y desde entonces siempre me decía mi hijo: quiéreme mucho ¿oyes? no me olvides, veo tus ojos en todas partes, en todas, y mirándolos parece que mi ser se vigoriza.

»Mis otros hijos se encelaron y tuve que consagrarme á todos ellos, prodigándoles todos mis cuidados para evitar disgustos domésticos, que son los de peores consecuencias por ser lo más cercanos y los más continuos.

»Fueron creciendo mis hijos, y eran buenos y hermosos, uno de ellos después de corta enfermedad murió, y su muerte me impresionó de tal manera, que más y más me aficioné á mis hijos, y estaba celosa de todos ellos. Mi esposo también los quería mucho, pero su predilecta era yo; llegamos á la ancianidad, envejecimos juntos, nuestros cuerpos perdieron sus atractivos juveniles, pero quedó el calor de nuestras almas, el perfume de nuestros sentimientos. ¡Qué existencia tan feliz fué aquella!

»Enfermó gravemente uno de mis hijos, y también me dijo:—¡Mírame, madre mía! le miré... y se puso bueno; la ciencia médica se asombró al ver que yo le curé y desde entonces todos al enfermar me de-

cían: ¡mírame, madre mía! Mas ¡ay! no siempre mi maternal deseo se realizaba, porque perdí á otro hijo y... ¡qué doloroso es perder al que ha vivido dentro de nuestro ser! ¡se quiere tanto á los hijos!... no hay explicación posible para decir lo que una madre siente cuando contempla á su hijo sin movimiento, le parece á una un sarcasmo horrible que brille el sol y que canten las aves; que las flores abran sus corolas y exhalen sus perfumes. Mi hijo al despedirse de mí, me estrechó la mano diciéndome:—Tienes que ser más buena aún, y eso que eres muy buena; pero tú ¡puedes hacer tanto bien!...

»Yo entonces desconocía la potencia curativa que había en mí, y como no siempre conseguía salvar de la muerte al que sufría, eso me desalentaba muchísimo, y eso que curé á muchos niños con solo la imposición de mis manos sobre su frente y sus hombros.

»Pasó algún tiempo, y el primer hijo que reclamó mis cuidados para curarse, que se había hecho un arrogante mozo, vino á decirme muy agitado:—Madre mía, me han insultado hablándome mal de tí, y hoy he matado al calumniador.

»—¿Le has muerto?

»—Sí: no volverá á insultarte.

»—Pero has hecho muy mal, nadie tiene derecho á la vida de otro.

»—Tampoco nadie tiene derecho á insultarte, madre mía.

»Gravísimo disgusto originó el violento arranque de mi hijo; éste enfermó de tristeza, mas al fin todo se arregló por tener mi esposo muchas y muy buenas relaciones, y después de dudas y temores se consiguió el destierro para el vengador de mi honra. Antes de irse mi hijo, una tarde estaba yo muy acongojada pensando que por mí, mi hijo se había convertido en un asesino y exclamando: ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡por mí se ha vertido sangre!... ¡qué horror!...y temblando de espanto me quedé dormida y ví un ancho campo lleno de plantas con flores que tenían manchas rojas, y allá lejos, muy lejos, oí una voz que decía:—La sangre que se vierte por defender á una madre honra al que la vierte.

»Aquellas palabras no me consolaron, estaba muy triste, miraba al cielo, y el horizonte se cubrió de una claridad vivísima, no se veía el sol, pero se le adivinaba; ví también un camino arenoso y caminando por él á una mujer débil y andrajosa, iba muy despacio, y un hombre de mala catadura la seguía muy de cerca riéndose de la

infeliz que andaba con mucha dificultad, la mujer tropezó y cayó, y el hombre aumentó sus insultos y su risa, y yo indignada le dije:—¿Hasta cayéndose te ríes? El hombre se acercó á mí, y quise reconocerle, me miró con desprecio y dijo irónicamente:—Ba, ba; ¿desde cuándo defiendes á los desvalidos? ¿no sabes que esa mujer es muy mala? y yo repliqué:—Y ¿quién eres tú para juzgarla? ¿con qué derecho la insultas y te ríes?—Con el mío, ya verás como la pisaré si no se levanta aprisa; y unió la acción á la palabra, pero yo de un salto me coloqué junto á la mujer caída y la levanté instantáneamente diciéndole:—Ven conmigo, yo te salvaré, y la cogí en mis brazos y sin pesarme la carga corrí, corrí mucho huyendo de aquel miserable cuya risa repetía el eco. Después no anduve, tendí el vuelo siempre con aquella mujer en mis brazos... subí alto, muy alto; sentí una sacudida violentísima y me desperté sin saber lo que hacía; llamé á mi hijo, á mi defensor, y al verle, le dije maquinalmente:

»¡Cuánto te quiero hijo mío! ¡cuánto!... me quedé mirándole y le ví transformarse en aquella mujer débil y andrajosa que había visto en mi sueño, ¡era ella! sí; ¡era ella! y era él mi hijo amadísimo; mi defen-

sor, mi vengador, ¡dos en uno, y uno en dos! yo no comprendía entonces el significado capitalísimo de aquellas transformaciones, pero me llamaban extraordinariamente la atención.

»Mi hijo marchó al destierro, se fué muy lejos, pero se fué contento de su obra, y yo me quedé con mi numerosa familia, triste porque me faltaba uno de sus miembros, pero contenta al verle libre de asechanza.

»Tras un dolor viene un pesar, como un destello del primero, y el anciano médico, mi maestro, mi padre intelectual, me llamó á su lado porque se sintió morir; acudí á su llamamiento y... ¡qué viejecito lo encontré! en pocos días había envejecido cien años; al verme sonrió gozoso diciéndome:—Mírame, hija mía, mírame, llega el momento que más te necesito, me voy de este mundo sin obtener la certeza que yo he deseado; y habló largamente de sus dudas sobre la otra vida; me conmoví profundamente al escucharle y mirándole con fiijeza, ví despierta lo que otras veces había visto dormida y le dije:—Maestro, veo mucho:—Pues habla, habla.

»Veo muchos hombres, muchos, de diversos países, con trajes y armaduras muy distintas en la forma, todos le miran, y algunos con mucho cariño, y entre ellos

hay una mujer que llora y rie á la vez, porque lo que desea lo conseguirá.

»—¿Cómo es su figura? me preguntó con ansiedad el moribundo.

»La detallé minuciosamente sin omitir el menor gesto y él exclamó gozoso:—Esa es mi madre, no cabe duda, ¡es ella! y se acerca ¿verdad? siento mucho frío, y ahora un dulce calor.

»—Sí, sí; calor quiero que sintáis, porque habéis estudiado mucho, habéis sido muy útil á la humanidad y debéis iros entre flores y armonías; y para que os forméis una idea de la transformación que sufriréis, escuchadme: y repitiendo fielmente lo que me iba dictando un espíritu, que sostenía al moribundo como sostiene la madre á su hijo enfermo, hablé largo rato y él me decía:—¡Qué lástima! ¡cuánto tiempo hemos perdido!... ¡habla, habla hija mía! y yo le hablaba del desprendimiento de las almas, de su despertar en el espacio, y él decía—¡Oh!, ¡gracias!, ¡gracias!, veo que mi organismo desata sus lazos, mi madre me espera, no te muevas, tú, no; escúchame: Dios vino al mundo á curar á los incrédulos; yo he sido muy ingrato, mucho, Dios es amor, y yo no he reconocido su ternura que palpita en cuanto vive, ¡cuánto tiempo he perdido!... la ciencia... qué mal

comprendida está. Mírame, hija mía, mírame... y se quedó dormido. Abrió de nuevo los ojos, me miró y me dijo:—Adiós, cúidate mucho de tus ojos, mucho, que ves con ellos lo que los sabios no saben ver; y se durmió para despertar quizá en los brazos de su madre.

»Si mucho había sentido la pérdida de mis hijos y la de mis padres, la de mi anciano amigo no lo fué menos, ¡había sido tan bueno para mí y para todos!... que no solo me consolé de su ausencia recibiendo en mis brazos al hijo de uno de mis hijos, ¡qué hermoso me pareció aquel niño!... era una carita formada con las hojas de las azucenas y las rosas... pero... de pronto en vez de aquella carita sonrosada ví un rostro venerable que quise reconocer, yo le había visto, ¿dónde? ¿cuándo? no lo recordaba; después me pareció ver una lluvia de flores que cayendo sobre mis rodillas perfumó el ambiente, miré á mi nietecito y ví su carita de nieve y rosa, y al verle de nuevo tan precioso, murmuré:— ¡Gracias, Dios mío!, me dais más de lo que he merecido.»





XXIX

POR un espacio de tiempo estuve satisfecha de la vida; con mis nietecitos disfrutaba muchísimo, ¡me querían tanto!... todos se desvivían por mí, especialmente el primero; aquel tenía por mí un verdadero delirio, su cuna había sido mis brazos, jamás conciliaba el sueño sino apoyaba su hermosa cabeza en mi pecho; era un espíritu amorosísimo, y tan amoroso como fuerte y despierto, era una inteligencia tan desarrollada que asombraban á propios y extraños sus agudezas y sus razonadas observaciones; pero como todo no se puede poseer, su envoltura material era verdaderamente raquítica, tanto, que sin ser deforme, sin tener inservible ninguno de sus miembros, sin tener protuberancias ni en el pecho, ni en la espalda, como su hermosa cabeza tenía completo desarrollo y el resto de su cuerpo no, parecía lo que no era, y muchos decían:

¡Qué jiboso tan extraño! no se le vé la joroba. Yo sufría mucho al ver que con los años crecía su inteligencia, pero no su envoltura material, y tanto me preocupaba su debilidad física, que un día me dije á mí misma: — Tanto como quiero á mi Ebrain y que inútil le es mi cariño, pues yo he curado á muchos niños, es verdad que entonces era jóven, pero por probar nada se pierde; no diré á nadie mi buen propósito para que no se rían de mí, pero Dios que ve mi buena voluntad, quizá me ayude en mi obra; y comencé á poner en práctica mi plan; todos los días me llevaba á Ebrain á paseo, y en el campo, en un bosquecillo, sin que Ebrain se diese cuenta de lo que yo hacía, apoyaba mis manos sobre su frente, sobre sus hombros, le miraba fijamente y el niño, insensiblemente se fué acostumbrando á mis pases magnéticos, y me decía con infantil alborozo:— Mírame, abuelita, mírame así, con esa fijezá, ¿eh? no te distraigas, no mires á nadie más que á mí, porque tus ojos me dan la vida, siento en todo mi ser una sensación más extraña, parece como si me estiraran los brazos y las piernas, y como si el pecho me lo abrieran, pero sin hacerme daño; mírame, abuelita, mírame, y Ebrain abría sus hermosos ojos y me miraba de

tal modo, que no se sabía quién magnetizaba á quién, si era él á mí, ó era yo á él, porque yo sentía correr la sangre por mis venas mucho más aprisa que de ordinario, y Ebrain á su vez saltaba gozoso y corría sediento de vida, diciéndome:—Me siento más fuerte, si continúo así cuando llegue á ser hombre ¡cuántas cosas grandes haré! y las haré, sí, ya verás abuelita qué valiente seré y qué arrojado. Yo predicaré como predicó *Aquel*, diciendo que no había más que un solo Dios y un solo bien.

»Yo á veces al ver al niño tan entusiasmado, me arrepentía de mi obra y decía: ¿Si haré un mal creyendo hacer un bien? ¿si arrojaré á la lucha una víctima más? débil y raquítico no se hubiera separado de mí, y ahora que se va desarrollando y robusteciendo, ya sueña con tender el vuelo y ser mártir de su idea; porque yo á mis nietos siempre les hablaba de un *solo Dios y de un solo bien*. Entre mis hijos había adoradores del Dios único, y fanáticos idólatras de los Dioses, pero como todos me querían tanto, ninguno se oponía á que yo inculcara en sus hijos mis ideas religiosas, y yo me complacía en contar á mis nietos cuanto sabía de la historia de *Aquel* que murió perdonando y compadeciendo á sus verdugos. Todos mis nietos

eran espíritus despiertos, muy dispuestos á pelear por implantar el culto de su Dios, especialmente Ebrain; éste, hasta en sus juegos de niño demostraba sus inclinaciones, siempre pronunciaba discursos enumerando las virtudes del hombre-Dios.

»Sea que la naturaleza en sus sabias leyes ejerció su benéfica influencia sobre mi Ebrain, sea que mi plan curativo lo apliqué á tiempo, es lo cierto, que el niño raquítico, endeble y enfermizo, se desarrolló, y sin llegar á ser un Goliat, fué lo bastante robusto para luchar con ventaja siempre que se presentaba la ocasión de hacer valer sus fuerzas en juegos peligrosos, en cacerías y en otros ejercicios propios para el desarrollo y esparcimiento de la juventud.

»Yo estaba contenta de mi obra, obra que pasó desapercibida para todos menos para Ebrain y yo; el primero siempre me decía: ¡Cuánto te debo abuelita mía! ¡cuánto te debo! por tí seré grande, ya lo verás. Sé que unos cuantos hombres inspirados por el mismo Dios, van á emprender un largo viaje para difundir en otros pueblos la nueva religión, y yo me quiero ir con ellos, tengo sueños reveladores, veo la figura de Aquel que murió perdonando á sus asesinos: ¡qué hermoso es, abuela mía!

tiene unos ojos que se parecen á los tuyos, cuando EL mira parece que de sus ojos brotan raudales de amor y de vida; ¡qué hermoso es, abuela mía!

»Como el cariño en la tierra es tan egoísta, al oír á mi nieto me arrepentí de mi obra, ¡iba á perderle! ¡y era tan bueno! ¡tan cariñoso! ¡tan expresivo! ¡tan servicial! tan amigo de dirimir contiendas, que era el pacificador entre sus hermanos, parientes y amigos; y tenía una inteligencia tan bien equilibrada, que en todas las cuestiones estaba siempre en el justo medio, de todo sabía lo bastante sin hacer alarde de su perfecto conocimiento de las cosas, era un genio sin orgullo ni vanidad; tenía todas las buenas cualidades que puede tener un hombre en la tierra, así es, que sus deseos de marchar fueron combatidos por toda la familia, pero él se impuso á todos con su dulzura, con la magia de su palabra, con lo razonado de sus argumentos, y dirigiéndose á mí, me dijo:—Mírame bien, ¡abuelita mía! ¡quiero llevarme tu recuerdo bendito, quiero que la luz de tus ojos inunde mi sér! Yo hice cuanto pude por disuadirle, pero todo fué en vano, y entonces le dije que el que convence y consuela es el que practica la ley de Dios. Mucho le hablé, mucho le aconsejé, y Ebrain me escuchó

con religioso silencio, después se postró ante mí y me pidió mi bendición. ¡Con qué emoción apoyé mis manos temblorosas sobre su sedosa cabellera!... ¡qué mirada la suya cuando me dijo sin hablar: ¡¡adiós!!...

»Cuánto sentí su marcha, ¡cuánto! yo no tenía consuelo, siempre le veía en mi pensamiento, ¡siempre! Mi esposo en tanto se desvelaba por mí, y me decía cuando me veía muy triste: ¿Te acuerdas? ¿te acuerdas? tú antes veías muchas cosas y te consolabas viéndolas, ¿por qué no miras á ver si ves? Es preciso que busques todos los medios para vivir, porque yo te necesito mucho, mucho, ¡qué sería de mí sin tí! nuestros hijos me aman, es verdad, pero en tí encuentro yo el complemento de mi vida. ¡Ah! no, no; yo no quiero que te mueras.

»Hay confesiones de amor que se necesitan más en los últimos años de la vida que en los floridos días de la juventud; ser amado al borde de la tumba, es la mejor preparación para una muerte tranquila; cuando todos los atractivos físicos se acaban, es cuando las palabras de amor resueñan en los oídos como una música divina; cuando el espíritu no tiene que hacer uso de su cuerpo para goces fugaces, es cuando se vislumbran nuevos horizontes donde

brilla el sol de la eternidad; por eso las palabras de mi esposo me sirvieron de inefable consuelo, ¡ser amada! ¡ser indispensable para la vida del padre de mis hijos! ¡Oh! yo debía vivir, y vivir sin tristezas, sin vacilaciones, sin melancolía, vivir para dar aliento, vivir para ser un rayo luminoso inundando de luz el paraíso de mi hogar. Sí, sí; era preciso vivir; y si antes pudiera ver á mi nieto, si yo viera á Ebrain ¡qué felicidad!... ¿y por qué no he de verle? no es capricho ni antojo, es necesidad perentoria; mi esposo me reclama, yo reclamo á mi nieto. ¡Qué es la vida sino una série de reclamaciones? y dicho y hecho: llamé á mi esposo y sentada junto á él como niña mimosa, dije con imperio:—¡Quiero ver! y ví... Me quedé como estática mirando al fondo del salón donde nos hallábamos, y ví que se desarrollaba en torno mío una envolvente nebulosa, que yo iba rompiendo cada vez que una nube quería estrechar el círculo en que me encontraba, y con tanta energía iba yo rasgando velos y brumas, diciendo:—Quiero ver á mi nieto, quiero ver á mi Ebrain, al amado de mi corazón, ¡al encanto de mi vida! quiero ver la realidad por horrible que ésta sea; y ví á lo lejos un punto habitado que creí reconocer; me fuí acercando y ví una gran ciu-

dad, un poblado inmenso fortificado por graníticas murallas, por sombrías fortalezas, por torres gigantescas que les preguntaban á las nubes los secretos de la creación; fuera de las murallas había campos fértiles cruzados por arroyos cristalinos y en las márgenes de los arroyos había mucha gente que reposaba á la sombra de árboles floridos y hablaban todos á la vez; quise escuchar y me fué fácil oír; los unos hablaban de *buenas doctrinas* que practicaban unos hombres que venían de lejanas tierras; los otros se mofaban y se reían y decían que todo era una farsa, que los embaucadores pronto serían juzgados, que el tribunal se reuniría en la plaza para que todos oyeran la sentencia.

»¡Ay! dije entre mí, entre esos condenados estará mi nieto, mi amado Ebrain; ahora más que nunca quiero verle, y con la fuerza de mi voluntad entré en la ciudad y me interné por sus calles hasta llegar á una plaza grandísima, de una extensión inmensa, rodeada de grandiosos edificios con escalinatas de mármol y esbeltas columnas de jaspe y estátuas de alabastro y cuanto bello encierra el arte en sus aplicaciones arquitectónicas y escultóricas. ¡Qué plaza aquella! parecía que allí se habían dado cita todas las maravillas del mundo y todas

habían acudido llamadas por el arte y la belleza.

»Una masa compacta la llenaba en toda su extensión; sólo en el centro había un ancho círculo que custodiaban hombres de armas, porque en él se alzaba un estrado tapizado de púrpura donde debían subir los jueces para juzgar á los *perturbadores del pueblo*; entre aquellos *perturbadores* estaba mi Ebrain, aquel niño raquítico que pasó su infancia entre la vida y la muerte. ¡Ay! ¿porqué me hice cómplice de su desarrollo? quise enmendar la plana á la naturaleza y, ¡qué caro pagaba mi osadía!

»Mientras más miraba la plaza, más me persuadía que no era aquella la primera vez que yo entraba en ella; traté de colocarme en el mejor sitio y ví venir muchos hombres de armas que rodeaban á unos cuantos hombres jóvenes y hermosos, entre todos sobresalía mi Ebrain, no precisamente por su estatura, sino por su belleza, por su cabeza verdaderamente artística, por sus ojos de iluminado, por la dulce sonrisa que entreabría sus labios, por algo que no tiene nombre pero que le hacía superior á los demás; y tanto es así, que sus compañeros, quizá sin darse cuenta, le concedían tal superioridad que ninguno iba á su lado, todos le seguían y él sólo avanzaba

tranquilo y sereno, mirando á la muchedumbre y á los sacerdotes que en el estrado le esperaban para juzgarle.

»Ante sus jueces se detuvieron los acusados y un sacerdote preguntó á mi Ebrain por qué predicaba un nuevo credo. La frente de mi nieto se nubló y yo reuniendo todas mis fuerzas me acerqué á él, y mi espíritu invisible para la multitud le abrazó cariñosamente, le envolvió con el fluído de su amor, y entonces mi nieto, como si despertara de un penoso letargo, se irguió con magestad y habló admirablemente; habló mucho de Dios pero ¡qué conceptos tan sublimes! su elocuencia era verdaderamente arrebatadora, hasta los sacerdotes á pesar suyo le escuchaban absortos y se miraban entre sí comunicándose su asombro y su admiración; cuando mi Ebrain hablaba, tenía tal resonancia su voz, que en toda la plaza se oían sus palabras, reinando tal silencio en la multitud, que una bandada de palomas que cruzó el espacio, se percibió perfectamente el leve ruído que produjeron sus alas al perderse en la inmensidad. Hablaba la verdad y la verdad se impone siempre.

»Después de mi nieto hablaron sus compañeros, y uno de ellos, tanto quiso decir, se emocionó de tal manera, que cayó como

herido del rayo, y ante aquel incidente inesperado, el tribunal no dictó sentencia y mandó retirar á los presos.

»Yo los seguí y los ví entrar en una fortaleza; los encerraron á cada uno en su calabozo y yo entré en el de Ebrain, ¡pobre hijo mío!... ¡como pensaba en mí! que poco sabía él que mi espíritu le abrazaba y le daba aliento para luchar; abrazada á él grité:—¡Dios mío! quiero libertar á mi nieto, me lo dísteis para mí, ¡es mío!; ¡Dios mío! necesito fuerzas, dádmelas como me las dísteis otras veces. Yo os quiero, yo os amo, yo nunca os olvido, auxiliadme para prestar auxilio á los míos; ¡piedad, piedad para Ebrain! ¡piedad para mí! Mi nieto se quedó dormido sonriendo como deben sonreír los ángeles y yo salí de la prisión impulsada por una fuerza superior, se dilató la atmósfera que me envolvía, y ví á muchos seres queridos que me saludaban amorosamente, otros espíritus ni me miraban siquiera, seguían su camino, y yo, dirigiéndome á todos aquellos que me querían escuchar les decía: ¡Quiero ser grande! y tú ¡alma de mi alma, que veo sin ver, que te llevo conmigo, que estás en mí como estoy en tí, que eres mi Dios! escucha mi ruego: ¡¡¡Quiero ser grande!!!... Resonó mi voz y la repitió el eco; las legiones de es-

píritus desaparecieron y me encontré sola, y ví lejos, muy lejos, campos hermosísimos, pléyades de jóvenes bellísimas recogían flores y formaban ramos artísticos que entregaban á muchos sabios que á corta distancia de ellas rodeaban á un hombre hermoso que todos aclamaban; era una figura magestuosa que sonreía con la bondad inefable y que para todos tenía una frase cariñosa. ¡Cuánto decía la frente de aquel hombre! su menor palabra era escuchada con avidez por sus jóvenes discípulos que se disputaban el estar á su lado para respirar su aliento; aquella juventud estudiosa no le quería como á un sabio, le adoraba como á un Dios; de pronto, una mujer joven y bella se abrió paso entre ellos y acercándose al sabio con ademán triunfante dejó sobre sus sienes una corona de laurel y rosas blancas; yo al ver á aquella mujer lancé un grito horrible y quise abalanzarme á ella; ¡qué fea me pareció! y eso que era muy hermosa, pero me detuve porque oí la voz de aquel hombre que le decía:— Por si algún día eres cruel para mí, y envenenas mi existencia ¡yo te perdono!!

»Al oír aquellas palabras quise decir á aquella mujer: ¡¡maldita seas!!... pero rayos de sol me detuvieron y quedé rodeada de múltiples *arco iris* y oí de nuevo la voz

de aquel hombre que me decía:— Sí, *yo te perdono*, ¿por qué te empeñas en maldecir?...

»Se fueron estrechando los anillos luminosos y después... después desperté y me encontré rodeada de mi familia que lloraba en torno mío; mi esposo parecía un cadáver, creyó que mi espíritu se había ido para no volver, tantas horas estuve como muerta sin dar la menor señal de vida, y como él era el que me había aconsejado que mirara al infinito, su desconsuelo era mayor todavía que el de los demás, porque se creía causa inocente de mi muerte; cuando ví aquel dolor tan verdadero, me alegré de haber muerto algunas horas para resucitar en la gloria, porque ser amada como yo lo fuí en aquella existencia, es vivir en los cielos, gozando de las bienaventuranzas eternas.»





XXX

TRANSCURRIÓ el tiempo y llegaron noticias ciertas sobre el paradero de mi nieto y de sus compañeros, sentenciados todos á muerte por difundir la luz de la verdad, por decir que no había más que *un solo Dios y un solo bien*. Los padres de mi nieto, de mi hermoso Ebrain, del amado de mi corazón, se impresionaron tan profundamente, se desesperaron de tal modo, que cayeron enfermos con tanta gravedad, que los médicos dudaron de poderlos salvar. ¡Pobres padres! ¡cuánto lloraron! ¡cuánto lamentaron que su Ebrain hubiese salido de su estado de raquitismo y endebles!; mi esposo estaba aterrado, me miraba con tanto desconsuelo que me inspiraba inmensa compasión y toda la familia llegó al extremo de la consternación. Yo por mi parte no sabía lo que me pasaba, porque eran múltiples mis dolores: quería á mi Ebrain más que á todos los seres que me

rodeaban, le amaba con delirio, y como él era también superior á los demás, se hacía querer; ¿qué digo yo querer? se hacía adorar, por eso tanto trabajé para que se robusteciera y se desarrollara, porque quería que tuviera todas las perfecciones. Mas ¡ay! que con mi amor le había conducido á la muerte; toda aquella tragedia ¡era obra mía! Si hubiera permanecido raquíptico Ebrain, no se hubiera lanzado á la lucha de la propaganda; y aunque mi familia ignoraba la parte que yo había tomado en su crecimiento y desarrollo, sabía muy bien que yo había despertado en su mente sus ideas de redención y de libertad, y aunque no lo estuvieran, á mí me parecía que todos me miraban con enojo y prevención, y era que el enojo y la prevención la llevaba yo en mi espíritu, porque sentía el tormento de la duda, y la duda enjendraba el remordimiento. ¿Había hecho bien despertando en mi Ebrain su amor á un solo Dios? ¿había cumplido con mi deber desarrollando y educando á un gran propagandista de la verdad? ¿qué pesaba más en la balanza de la vida, una familia numerosísima que le adoraba, y que creía morir al perderle, ó la humanidad embrutecida y fanatizada que necesitaba mártires para despertar de su penoso letargo? El amor universal me ha-

cía inclinar el platillo de la balanza que contenía el embrutecimiento y la ignorancia de la humanidad, y el amor íntimo, el amor egoísta, el amor que lo quiere todo para sí, ese me acusaba cruelmente y me hacía sentir los horrores del remordimiento.

»¡Qué lucha tan terrible sostuvo mi alma! Un espíritu que á sí mismo se hace el pró y la contra, es un condenado del infierno, ¡cuánto sufrí entonces!.. Sólo uno de mis nietos comprendía mi tortura, y sin decirme nada sobre la batalla que sostenía mi espíritu, mirándome fijamente me decía: Desengáñate abuelita, los héroes nacen, no se hacen, no; mira yo tengo un plan admirable para salvarlos á todos pero... no me atrevo á resolver nada, y estoy tan convencido como Ebrain de que no hay más que *un solo Dios* como no hay más que *un solo bien*.

»Mucho me consolaban las palabras de mi nieto, caían como bálsamo bendito sobre mi triturado corazón, porque al mismo tiempo, en el fondo de mi conciencia, allá lejos, muy lejos, sin querer yo alegrarme, sentía una satisfacción inmensa de dar á mi Dios lo que yo más amaba en la tierra. Yo creía necesario el sacrificio para que la redención de la humanidad fuera un

hecho sobre mis afectos terrenales; sobre el amor de mi numerosa familia, había en el fondo de mi alma otro amor más grande, más puro, más inmenso, mi amor al hombre-Dios; en mis sueños, en mis arrobamientos, en mi éxtasis, yo vivía de otra vida, confusos recuerdos se agitaban en mi mente, y al volver á la vida real, quedaban en mi imaginación imborrables vestigios del ayer, por eso eran tan encontrados mis pensamientos, porque mi espíritu servía á dos causas distintas á la vez. Hablando de un solo Dios, refiriendo el martirio del que vino á redimir al mundo, servía á la causa de mi redención, al amor de mis amores, al sér á quien yo estaba unida desde la noche de los siglos, al que yo amaba porque tenía necesidad de amarle, porque su generosidad me encadenaba á EL, y creándome una familia dulce y armónica, dando á sus miembros una parte de mi ser, dividiéndome por ellos, asegurando su felicidad con mis desvelos, con mis atenciones, con mis delirios, también servía á la causa del progreso formando una familia modelo y en medio de aquel amor, de aquella armonía, de aquellos goces purísimos, yo misma arrojaba el fantasma de un muerto adorado, al que yo había ayudado á crecer y había mecido su cuna entonando mis himnos

á Dios. No; no es posible transmitir al papel mis sentimientos, hay luchas en la vida que no tienen explicación.

»El dolor se enseñoreó de mi hogar, mi esposo se abrazaba á mí y lloraba como un niño, diciéndome:—Por Dios, ¡no te vayas tú también! ¡no me dejes! ¡no me dejes! yo te necesito para morir tranquilo.

»Mis hijos y mis nietos parecían sombras, nadie hablaba en la casa; una tarde salí sola, me escapé y me fuí al campo, á unos sembrados que pertenecían á uno de mis hijos. ¡Qué triste lo encontré todo! hasta las plantas parecían que estaban de duelo, porque se inclinaban mustias y ajadas; el cielo se cubrió de nubes y todo parecía que lloraba en torno mío, y era porque yo todo lo miraba á través de mis lágrimas; me senté sobre una piedra y como si me ayudaran á caer, me fuí resbalando y me desmayé sin sentir la menor fatiga, ¿cuánto tiempo estuve allí? mucho, según la medida de la tierra, y únicamente el necesario para ver lo que ví.

»Mi espíritu ansioso de ver, deseando saber la verdad con todos sus detalles, se fué al lugar donde debía derramarse sangre inocente por la intolerancia y el orgullo de los grandes; llegué á la misma ciudad donde los había visto anteriormente, busqué á

los sentenciados y no los encontré, quise preguntar y nadie hablaba de ellos; triste y desconsolada abandoné la ciudad y me quedé sin saber dónde dirigirme, elevé entonces mis ruegos á Dios, y pedí con tanto dolor, que sentí como si el viento se encargara de transportarme en sus alas; porque inmediatamente contemplé otra gran ciudad, dominé sus torres y ví el hormiguero de sus casas y de sus palacios, quise bajar al fondo de aquel abismo de pasiones, (pues no otra cosa son las grandes ciudades) y oí una voz que me decía:—Será muy amargo lo que verás.—No importa, repliqué, quiero ver á Ebrain; y descendí muy hondo, me encontré en una extensa llanura invadida por numerosos grupos que se iban aumentando hasta que formaron una masa compacta. Todos hablaban á la vez; ¡qué confusión! ¡qué ruido!... sonaron trompetas, parecía que anunciaban la muerte; aparecieron muchos hombres de armas, unos á pié y otros á caballo, y todos robeaban á los sentenciados que caminaban lentamente; al primero que ví fué á mi nieto, á mi Ebrain, al amado de mi corazón, tan hermoso y tan arrogante como siempre, llevando en sus grandes ojos los resplandores de los cielos; le seguían sus compañeros y otros acusados

entre los que figuraban mujeres y niños. ¡Pobrecitos! ¡todos iban á morir!... ¡Cuántas víctimas! ¡cuánta sangre inocente derramada por las absurdas religiones!

»En medio de aquel campo se levantaba un tablado cubierto con paños negros, en él estaban los jueces y ante ellos se detuvieron los acusados, que escucharon en silencio la lectura de la sentencia, por la cual los más *culpables* morirían inmediatamente.

»Mi Ebrain fué el primero que se arrojó apoyando su hermosa cabeza sobre una especie de tajo y sobre aquellos cabellos que habían sido mi encanto, cayó una masa de hierro que aplastó por completo el cráneo que había encerrado tan sublimes pensamientos. Olas de sangre brotaron de aquella cabeza triturada, olas rojizas que se transformaban en rayos luminosos que esparcían brillantes fosforescencias, parecía la aplastada cabeza una catarata de luz; agua luminosa brotaba de ella, que esparcía una lluvia de oro, y entre aquellas fosforescencias ví á mi nieto que me decía:—¡Abuelita mía! matan ahí el cuerpo, pero no el alma, y mi Ebrain se remontó alejándose del lugar del suplicio; yo le seguí y él volviéndose á mí, con la magia de sus ojos, con la ternura de su sonrisa, con sus brazos ex-

tendidos hacia mi cabeza, me llevó al punto donde estaba mi cuerpo dormido, y allí me dijo:—¡Abuelita mía! no me llores, yo estoy contigo como hace mucho tiempo, y no te abandonaré; recoge tu cuerpo que aun haces falta en la tierra; yo voy á despojarme de las miserias terrenas para seguir la obra comenzada. ¡Adiós, abuelita mía! ¡nunca te dejaré! ¡te debo tanto!...

»Mi familia notando mi falta me buscó hasta encontrarme, y mi esposo, más apesadumbrado que nadie, me dijo al verme con los ojos abiertos: ¡Por Dios te pido no te mueras!...

»Mi familia, pasada la terrible crisis de la muerte de Ebrain se fué tranquilizando, y al tranquilizarse volvió sus ojos á mí, y me devolvió con creces todas las caricias que me había rehusado en el paroxismo de su desesperación. Había también otra causa, como mi familia era muy notable, la muerte de Ebrain llamó muchísimo la atención, hombres doctos estudiaron las enseñanzas del hombre-Dios y se afiliaron á la nueva religión; el heroísmo de mi nieto sirvió de ejemplo, y lo que al pronto pareció una deshonra á mi familia, fué un poco más tarde un timbre de gloria, y aquella gloria venía á reflejar sobre mis blancos cabellos, porque yo era la primera que ha-

bía roto los viejos moldes de la religión pagana, y la que había instruído á mis nietos para que adoraran á un solo Dios. Muchas cosas se reunieron para que mis últimos días fueran (no días de felicidad), pero sí de paz y entrañable amor. Todos los míos se propusieron alargarme la vida, pero mi alma estaba muy triste, no podía resignarse con la ausencia de Ebrain, y en mis diálogos con las flores siempre les decía:— He perdido una flor cuya esencia era mi vida.

»Enfermó mi esposo de vejez, y como una luz que se apaga, así se acabó su tranquila existencia, teniendo mis manos entre las suyas, sonriéndose como un bienaventurado, diciéndome:—Quiero esperarte en el espacio para ir contigo.

»Alma hermosa, agena á los rencores de la vida, no vivió más que para mí, yo fui su Dios, y él mi sombra protectora, mi defensa, mi apoyo, mi escudo, el esposo por mí soñado y no encontrado hasta entences, el aliado fiel para sostenerme en mi empresa. Mucho bien le debí, aún le soy deudora de muchas horas de felicidad, ¡bendita sea el alma generosa que dió á mi espíritu tantas horas de plácido solaz!

»Después de su muerte, me encontré muy sola; y durante algún tiempo tuve

sueños de sangre y de horror, al despertarme me entristecía y decía á mis nietos:— ¡Maldita tierra!, la ponzoña de las religiones todo lo envenena, ¡hasta los sueños!...

»Mis hijos y mis nietos me trataron tan bien, me miraron tanto, que llegué á mecer la cuna de mis biznietos, pequeños ángeles que no querían más cuna que mis brazos.

»Entre mis nietos hubo algunos que siguieron la carrera de las armas, y uno de ellos, muy parecido á Ebrain, me decía muchas veces:— ¡Abuelita mía! triunfa el hombre-Dios, y la muerte de Ebrain no ha sido estéril, jóvenes de la nobleza han seguido sus gloriosas huellas, yo trabajo en el ejército y legiones enteras ya son mías, hasta el rey, abuelita mía, hasta el rey se viene á nuestro bando, y muchos sacerdotes también; lucharemos pero venceremos.

»Sí; sí; venceréis, (le decía yo) pero, ¡qué bueno sería el triunfo sin derramamiento de sangre! ser la humanidad una sola familia con un solo Dios!... pero un Dios sin odios, sin castigos, sin cadalsos, sin ejércitos fraticidas, ¡qué hermoso sueño!...

»Los ideales de mi Dios triunfaban, los dioses se hundían para no levantarse en mucho tiempo, y apesar de mi vejez, me réanimaba y decía: No me importa vivir en

este estado de inutilidad, si al morir oigo decir en torno mío que mi Dios es comprendido, y todos dicen que no hay más que *un solo Dios y un solo bien*.

»Por mucho que me cuidaban los míos, mi organismo se fué debilitando hasta el punto que los médicos me rodearon no sabiendo qué hacer conmigo, y yo les dije: La ciencia enseña que todo tiene su fin, mejor dicho, su transformación; me quedé dormida y todos creyeron que no me despertaría, pero desperté para despedirme de mi familia, para recibir los besos de mis hijos, de mis nietos y de sus pequeños hijos; estos últimos invadieron mi lecho, todos querían ver y besar á la abuelita, para todos tuve una frase y una caricia diciéndoles en último término: Adiós, pensad en mí por la redención!

»Acompañando á mi cadáver, fueron los aplausos y las censuras, unos celebraron mis actos, otros me acusaron por la muerte de Ebrain, y por el destierro de uno de mis hijos que mató á un calumniador de su madre, pero fueron más los amigos que los enemigos los que acudieron á mi entierro y fuí sinceramente llorada por los míos; yo en tanto decía separándome de mi cuerpo: ¡Dios mío! ¿dónde están mis espíritus queridos? no quiero estar sola, no; si he de

volver con una cruz, dádmela pronto ¡Dios mío! ¡Dios de mi alma! ¡Dios de mi amor!... y corrí mucho huyendo de la soledad, hasta que me detuve en un punto para mí muy querido, en la fuente!... todo allí estaba verde y hermoso, ¡las mismas enramadas! ¡las mismas piedras! y el agua de la salud brotando de ellas! Allí estaba EL, el alma de mis sueños, el hombre Dios, al verme me dijo:—Fuente de vida has encontrado aquí, y fuente de vida volverás á encontrar, ahora has venido á reparar, después vendrás á conquistar, y serás piedra de escándalo para los que quieran comerciar y engañar con mi religión»



ÍNDICE

| | <u>Páginas</u> |
|-----------------|----------------|
| XV. | 5 |
| XVI.. . . . | 19 |
| XVII. | 35 |
| XVIII. | 53 |
| XIX.. . . . | 67 |
| XX. | 79 |
| XXI.. . . . | 89 |
| XXII. | 103 |
| XXIII. | 117 |
| XXIV. | 129 |
| XXV. | 141 |
| XXVI. | 155 |
| XXVII.. . . . | 167 |
| XXVIII. | 179 |
| XXIX. | 189 |
| XXX. | 203 |

CARBONELL y ESTEVA S. en C.

EDITORES

RAMBLA DE CATALUÑA, 118
BARCELONA

Pesetas

Cristianismo y Espiritismo

- Dos voluminosos tomos. Cada uno. . . 1'50
Los dos tomos en uno, en plancha. . . 4

Ramos de Violetas

- Van publicados 5 tomos. Cada uno. . . 1
En tela y plancha á 4 colores. 2

Misterios del Alma

- Encuadernado en rústica. 1
Encuadernado en tela y plancha. 2

La Psicología de las Religiones

- Encuadernado en rústica. 1
Encuadernado en tela y plancha. 2

El Colectivismo

Integral Revolucionario

- Dos voluminosos tomos. Cada uno. . . 1'50
Los dos tomos en uno, en plancha. . . 4'50

Representantes de la Casa:

REPÚBLICA CUBANA: D. Adolfo Garcia, Real,
10, **MANZANILLO.**

MÉJICO: D. Sixto Valderrama, 2.^a de Benito Jua-
rez, 205, **CÓRDOBA.**